



ELISABETH

Receptora de la medalla de honor de Cristo

ELISABETH

Receptora de la medalla de honor de Cristo

YATES

HGES



KEN YATES

E L I S A B E T H

Receptora de la medalla de honor de Cristo

K E N Y A T E S

Grace Evangelical Society
Denton, Texas 76210

Elisabeth:
Receptora de la medalla de honor de Cristo

Derechos de autor © 2023 Grace Evangelical Society
P.O. Box 1308, Denton, TX 76202
Impreso en EE. UU.

Título en inglés:
Elisabeth: Christ's Medal of Honor Recipient
© 2022 Yates, Ken W., 1958-

Las solicitudes de información deben dirigirse a:
ges@faithalone.org, www.faithalone.org

Traductor: Óscar Pellús Ruiz

Foto de portada: Elisabeth como dama de honor
en la boda de su hermana Kathryn

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro
puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso previo
del editor, excepto lo dispuesto según la ley de derechos de
autor de EE. UU.

A menos que se señale lo contrario, todas las citas bíblicas
son tomadas de la Versión Reina Valera 1960
© 1960 Sociedades Bíblicas Unidas en América Latina

E L I S A B E T H

Receptora de la medalla de honor de Cristo

K E N Y A T E S

Grace Evangelical Society
Denton, Texas 76210
www.FaithAlone.org

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Elisabeth era más feliz cuando formaba parte de un grupo. Creció en una familia de militares y se mudó muchas veces en su vida. Así pues, conoció a muchos grupos diferentes de amigos.

Estos amigos eran una fuente de gran alegría para ella. Ya fuera jugando a vestirse, organizando una obra de teatro, participando en un juego, quedándose a dormir fuera de casa, asistiendo a fiestas, participando en cooperativas de educación en casa, o dando un paseo en su silla, siempre la incluían como parte del grupo. Cuando estaba con ellos, se sentía exactamente así.

Como padre, realmente valoraba a todos esos amigos. Quiero expresarles mi agradecimiento y reconocimiento. Son muchos los que me vienen a la mente: la familia Yates; los primos y primos segundos de la familia Naillieux; y las familias Tarvin, Marr, Herbert, Ohnesorge, Andree, Lockhart, Butler, Hoyt, Kovache, Uyeno, Livingston, Cornett, Todd, Usher, Naething, Gunter y Felicity.

A veces, tuve la tentación de pensar que todas estas personas simplemente estaban siendo amables. Tras reflexionar sobre ello, me di cuenta de que también se beneficiaron de su relación con Elisabeth. Podía verlo en sus rostros, y no me cabe duda de que eran conscientes de lo mismo.

Otra situación en la que Elisabeth se sentía especialmente feliz era cuando estaba en la iglesia. En mi etapa en el ejército, esas iglesias eran casi siempre capillas militares. Cuando su familia dejó de formar parte del ejército, asistió a dos iglesias “civiles”. Estas iglesias también la recibieron con los brazos abiertos. Hay demasiadas personas a las que dar las gracias, así que me limitaré a mencionar a un representante de cada una de ellas. Gracias, Alice y Eise. Aquellos que fueron parte de estas iglesias entenderán por qué estas mujeres fueron elegidas como sus representantes.

Soy consciente de que el paso del tiempo puede haberme hecho olvidar a otras personas que deberían ser mencionadas. Sabéis quiénes sois. A todos los que hicisteis de Elisabeth parte de vuestra vida, en cualquier forma, nuestra familia quiere daros las gracias.

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a Choop, Chaurchen,
Bange y Kit. Espero con impaciencia el día en que
el Capitán vuelva a reunir al equipo
(Hebreos 2:10).

También está dedicado a Eli (Hebreos 4:14-16).

ÍNDICE

1. Introducción	1
2. Un año después	3
3. ¿Quién pecó, Señor?	21
4. ¿Una eternidad comunista?	37
5. Su gracia basta.....	49
6. Ver cómo ocurre un milagro	61
7. ¿Cómo lo hizo?	67
8. El fruto del Espíritu	75
9. Los bienaventurados	79
10. Bienaventurados los pobres en el espíritu.....	85
11. Bienaventurados los que tienen hambre de justicia	93
12. Bienaventurados los pacificadores misericordiosos	97
13. El amor: La cualidad que falta	105
14. ¿Cómo puedo servir a los demás?.....	111
15. Por favor, basta de fotos de vacaciones	117
16. 14 de julio de 2020	125
17. Bienvenida a casa	133
18. Grandeza en el reino de Cristo.....	143
19. ¿Quién es esa majestuosa mujer sentada allí?	153
20. Homenaje de una hermana.....	159
21. Conclusión	163

Elisabeth

CAPÍTULO UNO

Introducción

Para muchas personas y en muchas culturas, el nombre de Job es prácticamente sinónimo de sufrimiento. Fue un hombre que perdió a sus numerosos hijos, su riqueza y su salud. Sus amigos más cercanos le abandonaron, acusándole de cosas que él no había hecho. Incluso su esposa se volvió contra él.

Pocas personas en la historia pueden entender por lo que pasó. Pero cuando leemos lo que padeció, podemos entender por qué sentía que la vida de un hombre es corta y se caracteriza por las adversidades. En medio de sus sufrimientos, dijo:

“El hombre nacido de mujer,
Corto de días, y hastiado de sinsabores,
Sale como una flor y es cortado,
Y huye como la sombra y no permanece”
(Job 14:1-2)

La mayoría de nosotros no hemos sufrido tanto como Job, pero cuanto más vivamos, más de acuerdo estaremos con lo que nos dice. En el Antiguo Testamento se convirtió en un ejemplo para otros. En él, Dios nos enseñó ciertas cosas sobre las pruebas. Santiago, que escribió más de dos mil años más tarde, afirmó que incluso hoy todos podemos aprender lecciones de la vida de Job (Santiago 5:11).

Aunque podemos aprender mucho de Job sobre el tema del sufrimiento, la llegada y el ejemplo de Jesucristo nos han proporcionado enseñanzas aún más profundas. Podríamos decir que Job era como una luz nocturna en una habitación oscura, iluminando la verdad acerca de las dificultades en la vida del pueblo de Dios.

Cristo, sin embargo, es como el sol del mediodía en un día sin nubes, iluminándolo todo.

En las páginas del Nuevo Testamento, en Cristo y en su enseñanza, se nos muestra claramente lo que Dios quiere que veamos sobre el sufrimiento. Jesús fue el Maestro por excelencia.

Por la gracia de Dios, podemos aprender las lecciones que el Maestro nos enseñó en su propia vida y observarlas en las vidas de los demás cuando pasan por pruebas. Cuando lo hacemos, es absolutamente correcto decir que lo estamos viendo a *Él* en los demás.

A veces, incluso somos afortunados de ver estas cosas en aquellos que están cerca de nosotros, personas a las que vemos todos los días. En mi vida, una de esas personas fue Elisabeth, a quien yo llamaba Libby. De esto trata este libro.

CAPÍTULO DOS

Un año después

14 de julio de 2021. Hoy hace exactamente un año que Libby murió. Tenía treinta y cinco años. Era mi hija. Mi esposa Pam, nuestras tres hijas: Emily, Amy, Kathryn, y yo, fuimos a cenar al restaurante favorito de Libby en su memoria.

La camarera nos preguntó si estábamos celebrando algo y ninguno de nosotros supo exactamente cómo responder, así que cambiamos de tema, en parte porque no queríamos hacerla sentir mal por la pregunta, o incómoda al escuchar la respuesta, y en parte porque no sabíamos qué decir. ¿Estábamos allí para celebrar su vida? ¿Estábamos allí para sentirnos tristes por nuestra pérdida y por lo mucho que la echábamos de menos? Pero también creo que no le contamos a la camarera el motivo de nuestra presencia porque queríamos recordar a Libby como familia de una manera privada.

Esa noche, sin embargo, me fui a casa y empecé a escribir este libro. Tengo la firme convicción de que hay personas que podrían beneficiarse de conocer mejor la vida de Libby.

Para quienes lean este libro, quizá lo primero que deban saber sobre ella es que, si la hubieran conocido, no la habrían llamado Libby. Ese era un apodo familiar. Su verdadero nombre era Elisabeth. Cuando era más joven, todo el mundo la llamaba Libby. Pero cuando tenía unos veinte años, pidió a sus hermanas, a su madre y a mí que dejáramos de llamarla así porque sentía que la hacía parecer una niña pequeña.

Creo que se le ocurrió la idea al ver una de sus películas favoritas, *Anne de los Tejados Verdes*. Es la divertida historia de una joven huérfana que es adoptada por un hermano y una hermana

mayores, ambos solteros, sin hijos y en busca de ayuda en la granja que administraban juntos.

En cierto momento, la parlanchina niña le pregunta a su madre adoptiva si podría hacerle un favor y asegurarse de escribir su nombre como “Ann con una e”. La niña continúa hablando sobre cómo “Ann” es demasiado soso, pero “Ann” con una “e” (Anne) es mucho más elegante.

Libby era como Ann en la película. Hasta cierto punto, se enorgullecía del hecho de que su verdadero nombre se escribiera con “s” en lugar de “z”. Le explicaba a la gente que en las biblias antiguas, como la versión King James, lo escribían así. Para ella, Elisabeth era un nombre elegante, mucho más que Libby.

La madre adoptiva en la película pensaba que eso eran sandeces y le dijo a Ann que no veía ninguna razón para hacer lo que le pedía. Después de todo, Ann era un nombre lindo y digno, además de práctico.

Encuentro algo de consuelo en esa disputa ficticia. En uno de los muchos errores como padres que mi mujer y yo cometimos durante la vida de Libby, le dijimos que la familia no empezaría a llamarla Elisabeth. No iba a ocurrir. Siempre sería Libby para nosotros. Su madre y yo le dijimos que siempre sería nuestra niña, así que no importaba lo más mínimo que el nombre Libby la hiciera sonar como tal.

Sin embargo, llegamos a un acuerdo. Le dijimos que, a partir de ese momento, pediríamos a las personas que no eran de la familia que la llamaran Elisabeth. Estuvo de acuerdo en que era una solución aceptable. A nuestro favor, a partir de entonces, toda la familia la presentó a los demás como Elisabeth. No obstante, les recordamos que nosotros la llamaríamos Libby, para evitar confusiones. Ella nunca lo dijo, pero sé que le encantaba ese acuerdo.

Para honrar dicho acuerdo, me referiré a ella como “Elisabeth” mientras escribo este libro. Al fin y al cabo, quienes lean estas páginas serán en su mayoría personas que no son de la familia. De hecho, la mayoría probablemente serán personas que nunca la conocieron. Estoy bastante seguro de que Elisabeth habría sonreído ante esta concesión por mi parte.

Para comprender lo que se dirá sobre Elisabeth en este libro, hay otro aspecto importante que debes saber sobre ella, además de cómo la habrías llamado. Elisabeth tenía parálisis cerebral.

La parálisis cerebral afecta a quienes la padecen de muchas maneras distintas y tiene diversos niveles de gravedad. Puede afectar a la capacidad de hablar. Puede afectar a distintas partes del cuerpo. Su impacto puede ser leve, grave o moderado. La enfermedad también suele provocar diversas discapacidades mentales. Por último, una persona puede padecer la enfermedad desde el nacimiento o en cualquier momento de su vida.

En el caso de Elisabeth, ella sufrió una lesión cerebral al nacer, por lo que tuvo parálisis cerebral toda su vida. Su efecto más evidente fue que perdió la mayor parte del uso de sus cuatro extremidades. Nunca pudo andar y solo podía utilizar los brazos y las manos de forma muy limitada. Le resultaba muy difícil sentarse erguida, ya que la parálisis cerebral le impedía tener suficiente fuerza en el tronco.

Como consecuencia, dependió de los demás toda su vida. No podía valerse por sí misma de ninguna manera. Si alguien le preparaba ciertos alimentos que se comen con las manos, ella podía comerlos, aunque con gran dificultad. Pero no podía vestirse, asearse, ir al baño, meterse en la cama ni levantarse sola. Nunca dio un solo paso, sino que tuvo que usar una silla de ruedas toda su vida. En determinadas circunstancias podía usar una silla de ruedas eléctrica, pero la mayor parte del tiempo utilizaba una manual que empujaba un familiar o amigo.

Afortunadamente, la parálisis cerebral no le afectó la voz. Podía hablar con claridad y, como *Anne de los Tejados Verdes*, le encantaba hacerlo. Hablaba de las películas que había visto o de los libros que había escuchado en formato de audio. Las historias de la Biblia e incluso la política eran algunos de sus temas favoritos para hablar con otras personas. Era fácil mantener una conversación con ella.

De hecho, en esos momentos, a veces era muy fácil olvidar que la parálisis cerebral le había dejado también ciertas dificultades de aprendizaje. Elisabeth solo podía leer lentamente y con gran dificultad. La debilidad de sus ojos contribuía a esa situación. Cosas que otros dan por sentado, como calcular el precio de algo o cuánto cambio te darían de un billete de veinte dólares si un artículo cuesta diez, estaban fuera de su capacidad de comprensión. No podía resolver ni el más sencillo de los problemas matemáticos. Lo mismo podía decirse de cosas como la geografía. Podía decirte en qué estado se encontraba, pero no podía mostrarte en un mapa dónde estaba ese estado.

Un aspecto interesante de sus discapacidades físicas y mentales era su sentido del humor y su capacidad para desenvolverse en determinadas situaciones sociales. No siempre entendía el sarcasmo y a menudo daba por sentado que la gente hablaba en serio cuando solo estaba bromeando. En muchas ocasiones, sus hermanas, su madre y yo le recordábamos que no tenía sentido del humor y le explicábamos que su interlocutor no hablaba en serio.

Del mismo modo, Elisabeth no siempre sabía si era apropiado decir ciertas cosas. Nunca hubiera querido herir los sentimientos de alguien diciendo algo equivocado, y hubiera sido devastador para ella si lo hubiera hecho. Nunca sabré con qué frecuencia sucedía eso, pero sé que muchas veces optaba por guardar silencio, simplemente para evitar el riesgo de decir algo inapropiado y herir a alguien.

En estas situaciones sociales tampoco quería parecer, según sus propias palabras, “tonta”. Era consciente de que no siempre entendía los matices de lo que estaba pasando y se callaba para no dejar que los demás descubrieran su “secreto”. Si había una broma que solo un grupo reducido de personas podía entender, ella preferiría que los demás pensaran que también la entendía.

En pocas palabras, mi hija Elisabeth vivió una vida llena de dificultades. Los que no padecemos parálisis cerebral no podemos saber lo difíciles que eran ciertas cosas para ella. Llegué a darme cuenta de que la enfermedad le causaba más dolor y malestar del que nuestra familia era consciente. Ella simplemente aceptaba esas cosas como parte de su vida.

Por otro lado, había aspectos tristes de su vida que todos los que la conocían podían comprender. Nunca tendría una primera cita ni se casaría. A pesar de que dijo que le habría encantado ser madre, eso nunca llegaría a ser una realidad para ella. La experiencia universitaria estaría fuera de su alcance, al igual que tener un trabajo y, finalmente, convertirse en una adulta independiente, abriéndose camino en el mundo por su cuenta. No estoy completamente seguro de cómo asimilaba su situación mientras veía a sus hermanas, otros parientes y amigos experimentar todas estas cosas. Nunca la oí expresar resentimiento o celos.

Lo cierto es que sabía que siempre dependería de su familia para que la cuidara. Mientras que la mayoría podría ver una situación así y pensar lo duro que fue para la familia, es fácil pasar por alto lo duro que fue para una persona como Elisabeth. No es exagerado decir que fue más duro para ella, incluso en esta faceta.

Durante varios años, Elisabeth asistió a un campamento de verano en Missouri llamado *Camp Barnabas*, que acoge a cientos de niños con un amplio rango de discapacidades físicas y mentales. Los líderes adultos de las cabañas supervisan entre diez y doce campistas cada uno, y a cada campista se le asigna también al menos

un joven ayudante, estudiante de secundaria o universitario, para que lo asista en lo que necesite. Los campistas y sus ayudantes participan en todo tipo de actividades juntos. El objetivo del campamento es proporcionar una experiencia de campamento de verano en la que los campistas no queden excluidos de nada de lo que ofrecen, desde toboganes acuáticos hasta piragüismo y tiro con arco. A Elisabeth le encantaba ir al campamento, dado que en muchas ocasiones su enfermedad le impedía participar en las actividades que realizaban aquellos a su alrededor. (Como nota al margen, no puedo expresar lo agradecidos que estamos mi familia y yo con el *Camp Barnabas*).

A los campistas les encanta charlar en sus literas antes de dormir cada noche. Es una ocasión ideal para que los adolescentes, que entienden las dificultades de los demás, puedan hablar sobre ello en grupo. Es fácil imaginar lo abiertos que pueden ser entre ellos, en comparación con aquellos que no entienden su situación.

Un año, la “mamá” de la cabaña de Elisabeth me dijo que, mientras escuchaba a los chicos conversar, tenían algo en común: todos decían que desearían no ser una carga tan pesada para aquellos que los querían. En otras palabras, estos niños lidiaban con otra dificultad que a menudo no querían compartir ni siquiera con los más cercanos.

Es desolador darse cuenta de que, además de las dificultades obvias a las que se enfrentaba Elisabeth, había otras que no eran tan evidentes. Con los años, por ejemplo, me di cuenta de que había muchas cosas que damos por sentado y que ella no podía hacer. Si por la noche estaba en una postura incómoda en la cama, no podía cambiar su cuerpo a otra más cómoda. También me dijo en varias ocasiones que le gustaría que las personas que no la conocían hablaran directamente con ella en lugar de hacerlo conmigo, o con su madre, o con sus hermanas para conocerla, ¡aunque estuviera allí mismo! Ella decía: “Ven mi silla de ruedas y suponen que no puedo

hablar. Creo que a veces, sobre todo los niños pequeños, me tienen miedo”. En ocasiones me pregunto cuántas cosas como esta se me pasaron por alto.

Te cuento todas estas cosas para que tú, lector, puedas hacerte una idea de cómo era la vida de Elisabeth, cómo era *ella*. Cada persona es compleja, y ella no era diferente en ese sentido. Sin embargo, vivió en nuestra casa durante treinta y cinco años, y la mayoría de las personas no ha tenido alguien con sus circunstancias físicas y mentales viviendo con ellos durante un período tan largo. Naturalmente, para la mayoría de la gente es difícil comprender lo que eso supone. Pero no puedo compartir las lecciones que aprendí de Elisabeth sin antes proporcionar algún tipo de imagen mental de estas cosas. Ella fue una ilustración viviente de verdades increíbles, y nuestra familia tuvo la suerte de tenerla bajo nuestro techo durante todos esos años. Aprendimos mucho de esa experiencia.

Sin embargo, todo el mundo puede beneficiarse de su ejemplo. Y ese es el propósito de este libro. La mayoría de nosotros no podemos sentirnos identificados con las circunstancias de la vida de Elisabeth. Pero, en cierta medida, todos tenemos dificultades. Experimentaremos la pérdida de seres queridos. Enfermaremos. Si vivimos lo suficiente, casi todos tendremos que depender de otros. Puede que perdamos nuestros medios de subsistencia o nuestros negocios. La lista es interminable. Algunos tendrán incluso más dificultades que Elisabeth. Estoy convencido de que lo que aprendí con ella puede ayudarnos a todos a superar las adversidades a las que nos enfrentamos en el presente y en el futuro.

Al hablar de ella, sin embargo, quiero que el lector sepa que no estoy tan ciego como algunos podrían concluir. Cuando describo ciertos acontecimientos de su vida, uno podría verse tentado a asumir que estoy exagerando. Al fin y al cabo, no soy un padre imparcial. A los papás a menudo se les acusa de pensar que sus pequeñas niñas son perfectas y no pueden hacer nada malo. Sería

fácil leer las palabras aquí escritas y concluir que he caído en esa trampa respecto a lo que tengo que decir sobre Elisabeth.

Admito que Elisabeth es mi heroína. Mi padre fue un soldado de carrera que estuvo en el ejército durante toda mi infancia y adolescencia. Yo mismo pasé casi treinta años en el ejército. Como resultado, he conocido a muchos héroes y sé cómo son: hombres y mujeres más valientes y mejores personas que yo.

El Congreso de los Estados Unidos concede la Medalla de Honor a los más valientes de entre los valientes del ejército: es el mayor honor que nuestra nación puede conceder a un soldado. Es una condecoración sumamente excepcional —solo hay un centenar de condecorados vivos en la actualidad— y sus historias de valor y sacrificio son verdaderamente asombrosas. La mayoría de los que han recibido la medalla lo hicieron a costa de su propia vida en combate, a menudo salvando la vida de otros. El honor es tan grande que es impropio hablar de un “ganador” de la Medalla de Honor. Se les llama “receptores” porque lo que hicieron es tan heroico, que reciben este honor de una nación agradecida como reconocimiento del país al que sirvieron.

Cuando estuve en el ejército, tuve el privilegio de trabajar con dos condecorados con la Medalla de Honor, y conocí a algunos más después de retirarme. De todos los soldados que he tenido el privilegio de conocer, ellos sin duda sobresalían.

No obstante, Elisabeth fue la mayor heroína que he conocido. Estoy seguro de que hay otros que fueron y son más grandes, pero no he tenido el honor de convivir con ellos durante más de tres décadas. Pude ver la vida de Elisabeth de cerca y en persona.

Aun así, te aseguro que soy consciente de que Elisabeth no era perfecta. Como todos nosotros, era pecadora. El apóstol Pablo quizá lo dijo mejor cuando escribió en Romanos 3:10: “No hay justo, ni aun uno”. Unos versículos más adelante, dice: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Estas palabras eran ciertas para ella, así como lo son para todos nosotros. El hecho de que fuera mi hija y de que fuera claramente mejor persona que yo —una heroína espiritual, se podría decir— no cambia lo que Pablo revela sobre todos nosotros.

Sin embargo, las lecciones de su vida no se encuentran en la verdad universal de que todos pecamos. Se encuentran en un lugar diferente. Más exactamente, se encuentran en *Alguien* diferente. Puede sonar extraño decirlo de un libro cuyo título es *Elisabeth*, pero una vez dicho todo, este libro no es en absoluto sobre mi hija.

Jesucristo es el tema de este libro. Se trata de lo que *Él* hizo en la vida de Elisabeth. El hecho de que ella era una pecadora solo magnifica lo que *Él* hizo. Magnifica Su poder y gracia. Todas sus dificultades físicas realzan aún más la maravilla absoluta de quién es *Él* y lo que ha hecho por ella. Yo simplemente fui testigo de estas cosas, y solo estoy compartiendo lo que vi con la esperanza de que pueda ser de ayuda para otros. Lo esencial es que lo que Cristo hizo por ella, lo puede hacer por cualquiera de nosotros.

Lo primero es lo primero

Para entender lo que Jesús hizo *en* Elisabeth, es conveniente empezar por la mejor cosa que hizo *por* ella. A Elisabeth, desde muy pequeña, le encantaba escuchar historias del Nuevo Testamento sobre Jesús. Era muy consciente de una promesa que *Él* había hecho, una promesa que es una buena noticia para todos nosotros. *Él* repitió esta promesa en muchas ocasiones, a muchas personas diferentes.

A un hombre religioso, Cristo dijo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”. Jesús es el Hijo de Dios que el Padre entregó al mundo. El Hijo moriría en una cruz para pagar por los pecados de todo el mundo. Como resultado, Jesús hizo una promesa: “Todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Hizo la misma promesa a una mujer sexualmente inmoral mientras hablaban junto a un pozo. Si ella tan solo creyera que Él tenía el don de la vida eterna y la capacidad de dárselo, ella también lo recibiría y lo poseería para siempre (Juan 4:10-14).

A un gran grupo de personas que lo escuchaban, Jesús prometió lo mismo. Si creían en Él para ello, tendrían vida eterna (Juan 5:24). A otro grupo, les garantizó que “El que cree en mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47).

Creo que el relato favorito de Elisabeth en la vida de Cristo fue la conversación que mantuvo con una amiga de Él llamada Marta. El hermano de Marta, Lázaro, había muerto cuatro días antes, y Jesús y Marta estaban junto a su tumba. Jesús prometió a esta amiga:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25-26).

Elisabeth entendió perfectamente lo que Jesús le decía. Estaba diciendo que cualquiera, *incluida ella*, que creyera en Él para vida eterna la recibiría de Él.

Sin embargo, ella también sabía que Él hablaba de una resurrección. Si creía en Él para vida eterna, también le prometía que un día su cuerpo resucitaría de entre los muertos. Le estaba prometiendo que su cuerpo, deteriorado por la parálisis cerebral, era solo temporal. Le esperaba la eternidad, una eternidad en la que viviría en un cuerpo totalmente distinto. Un cuerpo que no estaría afectado por el dolor y el malestar. Un cuerpo que no le requeriría depender de otros para todo lo que necesitara.

Debido a lo que el Señor había hecho por ella y a lo que Él le había prometido, Elisabeth creyó en la descripción que el apóstol

Pablo hizo de nuestros cuerpos actuales, y de cómo serán en la eternidad los cuerpos de los creyentes en Jesucristo:

“(Nuestro cuerpo actual) se siembra en corrupción (cuando va a la tumba), resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder” (1 Corintios 15:42-43).

¿Te imaginas lo que pensó Elisabeth cuando creyó en estas palabras? Sabía muy bien que su cuerpo físico era “corrupto” y se consumía. Sabía que su cuerpo terrenal solo le granjearía lástima, no honor. Esa lástima haría que la gente evitara el contacto visual y la conversación con ella, o tal vez no le hablaran porque pensaban que era “tonta”. Ciertamente, ella conocía un cuerpo lleno de “deshonra”, que ni siquiera le permitía ocuparse de los aspectos cotidianos.

Pero aquí estaba el propio Hijo de Dios, diciéndole que la amaba. Le prometía una existencia eterna con Él. Y esa existencia sería una en la que tendría un cuerpo “incorruptible” lleno de “gloria” y “poder”. En ese cuerpo, las limitaciones de la parálisis cerebral serían cosa del pasado.

Muchas personas oyen hoy tales promesas y se muestran escépticas por diversas razones, entre ellas la autosuficiencia. Si tenemos una buena formación académica, estamos sanos, fuertes, o somos tal vez ricos, a menudo es más difícil reflexionar sobre la eternidad. ¿Por qué deberíamos esperar con ansias la eternidad en el reino de Dios y un cuerpo nuevo cuando la era presente y nuestro cuerpo actual están bien?

Tal autosuficiencia también podría llevar a uno simplemente a no creer tal oferta. Después de todo, ¿realmente ofrecería Cristo un regalo tan fabuloso de forma gratuita? Sin duda alguna, una persona

debe hacer algo para ello. Como se dice a veces: “Nadie da nada a cambio de nada”. Es lógico que la vida eterna, el mayor regalo de todos, no pueda ser gratis.

Muchos incluso se preguntan si habrá algún tipo de existencia después de esta vida. Si la hay, las religiones del mundo cuentan con numerosos miembros, convencidos de que deben hacer buenas obras si quieren formar parte del reino eterno de Dios.

La Biblia nos dice que el Espíritu Santo juega un papel indispensable cuando una persona llega a la fe en Cristo para vida eterna. El Espíritu convence al no creyente de la verdad de quién es Jesús y del don que Él tiene para dar (Juan 16:7-11). Nadie puede llegar a la fe sin esta obra del Espíritu, ya que Él revela esta verdad —ilumina esta verdad— a todos los que oyen el mensaje (Juan 6:44; 2 Corintios 4:4).

Sin embargo, aquellos que oyen pueden no creer lo que el Espíritu les revela. Puede que sean reacios a creerlo (Juan 5:40). Una vez más, una razón común para esto es el orgullo humano o la autosuficiencia. Pero aquí estaba la primera gran obra de Dios que vi hacer en Elisabeth: ella no tenía ningún obstáculo de este tipo. El sentimiento de autosuficiencia no era un problema para ella porque dependía totalmente de los demás. Ella sabía que era “débil”. Cuando el Espíritu de Dios le reveló que el Hombre más grande que jamás haya existido, le dijo que viviría con Él para siempre, y que le proporcionaría un cuerpo glorificado en la resurrección, ella simplemente creyó lo que oyó. Fue completamente gratuito. Por horrible que fuera la parálisis cerebral en su vida, Dios la utilizó para ayudarla a prepararse para recibir el mayor regalo del universo.

Muchos describirían este tipo de fe como la de un niño, y eso es exactamente lo que era. Aunque algunos podrían burlarse de la sencillez de tal creencia, Jesús dijo que solo ese tipo de fe daría como resultado la vida eterna. En un conocido encuentro en el que unos niños se acercaron a Jesús, los adultos que lo rodeaban

intentaron apartar a esos niños. Pero Él tomó a los niños en sus brazos, los bendijo y recordó a los que estaban a su alrededor que es necesaria la fe como la de un niño para entrar en el reino de Dios (Marcos 10:15).

Un niño no se acerca a su padre esperando trabajar para ser aceptado, o pensando que tiene que trabajar para convertirse en hijo de su padre. El niño depende de su padre y cree lo que él dice.

Cuando el Señor dijo que solo por la fe Elisabeth recibiría vida eterna de Él y sería Su hija para siempre, ella nunca dudó. Esta es la definición misma de una fe como la de un niño.

Su buena disposición a creer fue tal que ni siquiera sé cuándo ocurrió. Ella fue educada en casa por su madre durante gran parte de su vida, y mi suposición es que primero entendió y creyó en Jesús en casa cuando mi esposa le habló de Él. Fuese cuando fuese, desde muy pequeña expresó la seguridad de que viviría con el Señor para siempre. Otra de las maravillosas obras del Espíritu en su vida fue que mantuvo esa fe como la de un niño toda su vida.

Como tuvo parálisis cerebral durante treinta y cinco años, podría decirse que fue como una niña todos esos años, viviendo su vida en dependencia de los demás. Supongo que, desde una perspectiva más humana, simplemente depositar su confianza en que el Señor cumpliría su promesa, también le era de ayuda.

Este es uno de los aspectos en los que el lector podría acusar a un padre de exagerar. Pero te aseguro que no es así. Ella *nunca* titubeó en su fe respecto a dónde pasaría la eternidad. Siempre supo que estaría con el Señor. Estoy agradecido por el papel que, en este sentido, sus dificultades pudieron haber desempeñado.

¿Qué hay de mí...?

Elisabeth, pues, sabía que era hija de Dios por la fe en Cristo. Sabía que siempre sería así. Pero en cierto sentido, ese conocimiento

podría causarle un problema. Siempre me pregunté qué pensaba cuando escuchaba historias del Nuevo Testamento en los que el Señor sanaba a personas. Ella sabía que Él tenía el poder de hacerlo. Creía en todas las historias sobre cómo Él había hecho que los ciegos vieran, los sordos oyeran y las personas que no podían caminar, como ella, caminaran. ¿Qué pensaba cuando escuchaba esos maravillosos relatos milagrosos?

Sabía que era Su hija. Sabía que Él podía sanarla y sabía que Él la amaba. Ella creía que Él había demostrado ese amor muriendo en una cruz por ella. Sin embargo, nunca se preguntó por qué no hacía por ella lo que había hecho por tantos otros en las historias que había escuchado.

En Marcos 2:1-12, un hombre que no puede caminar es bajado por sus amigos en una camilla a través de un techo para ser colocado frente a Jesús. Estos amigos quieren que Jesús sane a su amigo, pero hay una gran multitud en la casa escuchando hablar a Cristo, y no pueden acercarse a Él. Por eso practicaron una obertura en el tejado y bajaron a su amigo por el agujero. El Señor, por supuesto, ve al hombre lisiado y le dice que recoja la camilla en la que estaba tumbado y se vaya a casa. Así lo hace, ante el asombro de todos los presentes.

Elisabeth y yo teníamos una broma recurrente. Yo le preguntaba: “Cuando vayamos a estar con el Señor, ¿te parece bien que me lleve tu silla de ruedas?”. Ella soltaba una pequeña carcajada y decía: “Ese día nunca querré volver a ver esa silla”. A pesar de que ella apreciaba la ayuda que le proporcionaba la silla, ansiaba el día en que ya no la necesitara y pudiera dejarla atrás.

Entonces, ¿qué pensó Elisabeth cuando oyó la historia del hombre de Marcos 2? ¿Se preguntó cómo habría sido para ella levantarse de su silla y caminar hasta su casa frente a una multitud? La idea de dejar la silla atrás y alejarse caminando habría sido increíble para ella.

Si yo estuviera en su situación, estoy casi seguro de que a veces habría sentido resentimiento por padecer una enfermedad que me impidiera caminar. Ese resentimiento se haría más fuerte cuando oyera hablar de aquel hombre de Marcos 2 y de sus amigos. Si Jesús hizo lo que hizo por ese joven... ¿Qué hay de mí?

Puede sonar extraño, pero Elisabeth y yo nunca tuvimos esa conversación. En primer lugar, evitaba preguntarle por temor a que actuara como creo que yo actuaría en su situación. No quería que pensara en ello y se enojara o sintiera resentimiento hacia Dios. No veía ningún valor a eso.

Sin embargo, por otra razón que realmente no comprendo, ella no se planteaba esas preguntas. Nunca expresó resentimiento o enojo hacia Dios por no haberla sanado, ni siquiera cuando pasó por pruebas. Solo puedo concluir que este fue otro milagro sobrenatural que tuve el privilegio de presenciar. Cristo, viviendo a través de ella en Su Espíritu, produjo en ella un corazón que se sometió a Su voluntad para ella. Como resultado, ella simplemente aceptó que Cristo sabía lo que estaba haciendo. Si el Señor quiso sanar al hombre en Marcos 2, pero no a ella, estaba conforme con eso.

En numerosas ocasiones, sin embargo, hablamos de una cura para la parálisis cerebral. Cuando Elisabeth hablaba de esas cosas, se refería a una cura médica por parte de los médicos de este mundo. Aunque comprendía perfectamente que la parálisis cerebral no existiría en el mundo venidero, a veces mencionaba lo maravilloso que sería que los médicos encontraran esa cura en la era actual. Había pasado mucho tiempo con médicos que la habían ayudado de muchas formas diversas, y creo que siempre tenía un atisbo de esperanza de que fueran capaces de encontrar una forma de que ella pudiera caminar en esta vida.

Nunca le di muchas vueltas a esta idea. Quizá fui un mal padre, pero no quería que se hiciera ilusiones. ¿Qué probabilidades había de que descubrieran una cura? Había sido testigo del impacto que

podía tener la parálisis cerebral y no tenía muchas esperanzas de que los médicos pudieran hacer algo al respecto. Además, a medida que Elisabeth crecía, la enfermedad había afectado a gran parte de su cuerpo. No soy médico, pero sabía que sus huesos no se habían formado correctamente y que sus ligamentos se habían encogido. Incluso si curaran su cerebro para que pudiera empezar a caminar, sus huesos no podrían soportar su peso y sus ligamentos no podrían realizar su función correctamente. Aunque el mundo de la medicina descubriera cómo hacer que su cerebro se comunicara con sus cuatro extremidades, en su caso no habría servido de nada.

En estas conversaciones, yo solía decir algo como:

“¿Quién sabe? La medicina ha avanzado mucho. Pero en realidad no importa, ya que un día vas a ver a Aquel que te curará. Él ha prometido que le verás cara a cara. Ese día ya no tendrás parálisis cerebral. Es una certeza que tu curación está cerca”.

Sin excepción, la conversación terminaría con uno de nosotros diciendo: “Sabes, podría ser hoy”.

Elisabeth: Marcos 2

Ese día llegó el 14 de julio de 2020. La madre de Elisabeth, dos de sus hermanas y yo estábamos con ella en casa. Ninguno de nosotros tenía idea de lo que ocurriría ese día. En cierto momento, ella estaba hablando con nosotros. Al instante siguiente, se había ido.

Muchos lectores han experimentado una pérdida similar en sus vidas. Me entienden cuando digo que fue absolutamente devastador. Tu vida cambia y nunca vuelves a ser el mismo. Todos

la echamos de menos, e incluso hoy pasamos por delante de su habitación y olvidamos momentáneamente que no está allí.

Sin embargo, esta profunda tristeza va acompañada de una gran alegría. Aquel día, en su habitación, se produjo un milagro. No pudimos verlo con nuestros ojos, pero tenemos las palabras del propio Hijo de Dios de que ocurrió. Elisabeth “camino” hacia Su presencia. El cuerpo que quedó en la habitación con nosotros estaba deteriorado por los efectos de la parálisis cerebral, y cubierto por muchas cicatrices quirúrgicas. Pero Elisabeth no estaba allí.

El apóstol Pablo dice que estar ausente del cuerpo (es decir, cuando el creyente muere) es estar presente al Señor (2 Corintios 5:8). El alma de Elisabeth está con su Rey. Ahora solo espera el momento en que Él resucite su cuerpo en uno lleno de poder y gloria. Su alma estará unida a ese cuerpo para siempre. Aquel que no puede mentir se lo ha prometido.

Todos los creyentes tendrán una experiencia maravillosa cuando mueran y vayan a estar con el Señor, pero ciertamente existe un tipo de gozo aún más profundo que alguien como Elisabeth experimentará. A menudo pienso en lo que debió de ser para ella aquel día, el día que había estado esperando toda su vida. Durmió la noche anterior con sus dolores y molestias habituales, y esperó a que su madre o sus hermanas la levantaran, le dieran de comer y la limpiaran, sin darse cuenta de que *Él* estaba a punto de cambiarlo todo para ella. Desearía haber podido ver su rostro cuando se dio cuenta de lo que le había sucedido.

Como su padre, podría detenerme aquí. Esta es una historia sobre lo que Jesucristo hizo por mi hija. Le dio vida eterna. El 14 de julio de 2020, Él hizo lo que ningún médico en la tierra podría hacer por ella cuando la curó de su parálisis cerebral. Tal es la grandeza del Salvador de Elisabeth. ¿Qué más se puede decir?

Sin embargo, Él es tan grande, que hay mucho más que contar. En la vida de Elisabeth pude ver algo de Su grandeza. En la

Elisabeth

vida venidera veré aún más. Todos los lectores creyentes de este libro también la verán.

CAPÍTULO TRES

¿Quién pecó, Señor?

Hay un incidente bien conocido en la vida de Jesús acerca de un hombre adulto que nació ciego. En el Israel del siglo I, su aspecto debía de ser lamentable. Puesto que en aquella sociedad no había servicios sociales, se vio forzado a una vida de mendicidad para sobrevivir.

Sus padres, que desempeñan un papel en esta historia, no habrían previsto este tipo de vida muchos años atrás cuando descubrieron que esperaban un hijo. Se habrían sentido realmente felices cuando tuvieron un varón. Los hijos varones eran especialmente valorados, y él habría sido una especie de garantía para su vejez. En una sociedad sin mercado bursátil, él iba a ser su plan de jubilación. En su edad avanzada, podrían haber esperado que él cuidara de ellos.

Sin embargo, las cosas no salieron como esperaban. En lugar de ello, su hijo se había convertido en una carga financiera para ellos.

Sin duda, quienes los conocían los veían como una familia desdichada. Pero había otra carga que esta familia tenía que soportar: los líderes religiosos de su sociedad enseñaban que la situación de esta familia era el resultado de alguna rebelión por parte de los padres contra Dios. Pensaban que Dios bendecía con salud y riqueza a los que le obedecían, y castigaba con pobreza y enfermedad a los que no lo hacían. Esta familia vivía con el estigma social de que su situación era el resultado de algún tipo de pecado.

Puesto que tales opiniones formaban parte de esa cultura, podemos suponer que, al menos en algunas ocasiones, los propios padres pensaban que habían provocado este sufrimiento a su hijo. Probablemente algunos vecinos les recordaban esta forma de pensar.

Aunque tales opiniones no se expresaran verbalmente, el hombre ciego y sus padres seguramente creían que estaban siendo juzgados severamente a los ojos de sus compatriotas judíos.

La situación se complicaba aún más porque en esa comunidad pensaban que la Biblia respaldaba dicho juicio. Dios había dado a la nación leyes para regir su vida, resumidas en lo que más tarde se llamarían los Diez Mandamientos. Cuando Dios dio esos mandamientos, le dijo al pueblo que, si alguno de ellos se rebelaba contra Él, los resultados de ese pecado se harían sentir por los hijos y nietos de la persona culpable (Éxodo 20:5). ¿Es eso lo que estaban experimentando?

Al ver al hombre ciego mendigando a un lado del camino, los doce discípulos de Jesús dieron voz a esta forma de pensar. Abruptamente, le preguntaron a Cristo: “¿Quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?” (Juan 9:2). Es probable que el hombre oyera a estos hombres hacer esta pregunta. Era una pregunta y una manera de pensar ya había oído muchas veces anteriormente.

La mayoría de la gente reconoce hoy que esta pregunta es una explicación totalmente inadecuada de por qué existe sufrimiento en el mundo. Es evidente que la gente toma malas decisiones con consecuencias que pueden ser devastadoras para ellos mismos y para los demás. Por ejemplo, un conductor ebrio puede acabar matando o hiriendo a otros, incluso a niños, causando gran dolor para él mismo y su familia. Sus acciones podrían afectar incluso a sus nietos.

Sin embargo, muchas veces, quizá incluso la mayoría de veces, no podemos atribuir las dificultades de las personas a una mala decisión o a un pecado. Y ellas tampoco pueden. Además, todos conocemos a personas muy inmorales que son ricas y gozan de buena salud, y a muchas otras que son mejores personas que nosotros y que son pobres y se han visto afectadas por diversas enfermedades.

Aun así, cuando vemos sufrimiento, la inadecuada opinión de los discípulos, o al menos alguna variante de ella, puede infiltrarse en nuestro corazón. Si vemos a otros atravesar dificultades extremas, podríamos considerar la idea de que Dios está disgustado con algo que hicieron; si no un pecado, tal vez una decisión imprudente de algún tipo. Las personas que sufren tienden a veces a pensar eso de sí mismas. Se preguntan si Dios los está castigando, incluso cuando no tienen ni idea de lo que pueden haber hecho mal.

Nuestra familia pasó por eso.

Como indiqué en el capítulo anterior, Elisabeth padecía su condición desde su nacimiento. Ella y el hombre ciego tenían eso en común. Como nació prematuramente, sus pulmones estaban poco desarrollados, por lo que no podía respirar por sí misma. Esta falta de oxígeno provocó la lesión en su cerebro que dio lugar a la parálisis cerebral.

Lo que no he dicho es que Elisabeth era gemela. Su gemela se llama Amy. El embarazo de Pam fue de alto riesgo. Los médicos creen que, debido a una anomalía en los intestinos de Elisabeth durante el embarazo, mi mujer produjo demasiado líquido amniótico. Mientras los médicos trataban este problema, el líquido se infectó y las gemelas tuvieron que nacer por cesárea de urgencia.

Pam y yo teníamos veintitantos años. Como pareja joven, simplemente queríamos que nuestras hijas vivieran. Al ser tan jóvenes, no comprendíamos completamente las implicaciones que su nacimiento prematuro podía tener para todos nosotros. De hecho, no le dimos mayor importancia. Creo que nos decíamos a nosotros mismos que, si podían vivir, podríamos superar cualquier obstáculo al que nos enfrentáramos más adelante.

Pam y yo tendríamos que superar muchos obstáculos. Elisabeth permaneció en cuidados intensivos durante dos meses, y Amy durante tres. Ambas sufrieron hemorragias cerebrales inmediatamente después de nacer. Ambas tenían agujeros en los

pulmones. A Elisabeth le realizaron una cirugía intestinal a los pocos días de nacer. Amy sufrió una acumulación de líquido en el cerebro que le causó una inflamación en la cabeza. Durante su estancia en el hospital, tuvieron que extirpar uno de los pulmones a Amy.



Elisabeth con su mamá y papá, al día siguiente de nacer.

Ambas niñas salieron del hospital para volver a casa con monitores respiratorios y cardíacos. A una temprana edad, fueron operadas para corregir problemas en sus ojos. Más tarde se someterían a operaciones ortopédicas para ajustar los ligamentos de las piernas. Ambas necesitarían regularmente fisioterapia y terapia ocupacional, sobre todo en sus primeros años.

A medida que crecían, Elisabeth y Amy siguieron teniendo problemas físicos. A ambas les diagnosticaron parálisis cerebral. Amy acabó aprendiendo a andar, pero un lado de su cuerpo era más débil y pequeño que el otro, lo que le causaba problemas de equilibrio. Debido a la acumulación de líquido en su cerebro, le insertaron quirúrgicamente una derivación para liberar la presión, y

en diversas ocasiones se realizaron más operaciones para reemplazar dicha derivación. A los diez años tuvo su primera convulsión perceptible y le diagnosticaron epilepsia.

Las capacidades mentales de Amy eran diferentes a las de Elisabeth. Podía leer en voz alta con mucha más facilidad, pero no podía recordar lo que leía. Sufría una notable pérdida de memoria a corto plazo, pero podía recordar detalles, como fechas y nombres de sucesos ocurridos años atrás. Extrañamente, no tenía la capacidad de su hermana para hablar de política, de una película que había visto o de un libro que había leído. Amy tiene estas limitaciones hoy en día, y nuestra familia es bendecida de que aún viva con nosotros.

Elisabeth también tuvo problemas reproductivos que la obligaron a someterse a una histerectomía cuando tenía dieciséis años. Para aliviar el dolor asociado a la parálisis cerebral, le colocaron quirúrgicamente una bomba mecánica en el abdomen para administrar medicamentos en la columna vertebral. Esta bomba debía sustituirse cada cierto tiempo.

Cuando pienso en el ciego de nacimiento y en sus padres, no tengo forma de saber qué tipo de atención médica habrían buscado, ni siquiera si disponían de ella. Pero supongo que, como Pam y yo, los padres aprendieron con el tiempo lo que implicaba tener un hijo ciego. Había nuevos “descubrimientos” todos los días. Me imagino a la madre soportando la mayor parte de la presión de cuidar del niño en casa, mientras su marido trabajaba para mantener a la familia. Ese fue sin duda el caso de nuestra familia, ya que Pam era quien acudía a la mayoría de las citas médicas, pasaba noches en el hospital, educaba a las niñas y se encargaba de las demás responsabilidades domésticas. Además, las gemelas tenían una hermana mayor, Emily, que también necesitaba los cuidados de sus padres.

Creo que teníamos otra cosa en común con los padres del hombre ciego de nacimiento. Como pareja joven, no teníamos

mucho dinero. Afortunadamente, mi trabajo como guardia de seguridad me proporcionaba un buen seguro médico, pero ciertos aspectos del cuidado de las gemelas no estaban cubiertos, y el dinero que teníamos pronto se agotó con esos gastos. Durante los primeros años tras el nacimiento de las gemelas, nos encontramos *muy* por debajo del umbral de pobreza. Con el tiempo, nuestro seguro médico llegó a su límite máximo de cobertura. Esto nos hizo depender del apoyo gubernamental para cubrir los gastos, lo que me obligó a dejar de trabajar. Apenas conseguíamos llegar a fin de mes a pesar de los diferentes tipos de ayuda gubernamental.

Como cristianos, ¿cómo debíamos interpretar lo que nos estaba ocurriendo a nosotros y a las gemelas? Los padres del hombre ciego de nacimiento oían los murmullos de sus vecinos. Sabían lo que algunos de los líderes religiosos de la sinagoga local decían sobre sus circunstancias. Incluso fueron confrontados por personas que señalaban que, obviamente, algún pecado de su familia había traído estas cosas sobre ellos. Incluso los discípulos del Señor pensaron que ese era el caso. Hicieron su pregunta acerca de él a pesar de que estaban viajando con el mejor maestro de la Biblia que jamás haya existido. Ciertamente asumieron que la Biblia apoyaba lo que pensaban acerca de este hombre.

Debo admitir que no entiendo el argumento que sugiere que el hombre nació ciego porque *él* había pecado. ¿Cómo podría haber pecado antes de nacer? Pero esa era una posibilidad que los discípulos contemplaban cuando le preguntaron a Jesús qué le había sucedido.

En nuestro caso, esa posibilidad ni siquiera se me pasó por la cabeza. Simplemente no puedes mirar a unas gemelas prematuras, con tubos conectados por todo el cuerpo en una sala de cuidados intensivos, y concluir que sus sufrimientos son el resultado de algo que habían hecho. Ni siquiera tenían conciencia de lo que les estaba ocurriendo en ese momento.

Pero la cuestión de *mi* pecado era otra historia. Probablemente sea propio de la naturaleza humana, pero en algunas pocas ocasiones me planteé la posibilidad de haber hecho algo para provocar lo ocurrido.

No era el único dispuesto a contemplar esta posibilidad. Puedo decir al lector que, aunque procedían de una pequeña minoría de personas que conocíamos, algunos amigos cristianos nos dijeron a Pam y a mí que claramente habíamos pecado y que teníamos que confesar ese pecado.

Sin embargo, pensándolo bien, esa premisa no tenía ningún sentido. Si yo desarrollara una parálisis cerebral o epilepsia, estaría dispuesto a discutir la posibilidad de que mis acciones pudieran provocar eso en mí mismo. Podría examinar mi vida, considerando las acciones que podrían haber desagradado a Dios, en un intento de determinar la causa. Pero la idea de que esas dos niñas estaban sufriendo porque Dios me estaba disciplinando por algo que yo había hecho, iba en contra de todo mi conocimiento sobre Jesucristo. No es posible leer el Nuevo Testamento y los relatos de Cristo, y concluir que Él les haría esto a esas niñas para llevarme a confesar algún pecado que yo desconocía. El trato de Jesús con los niños era de amor y ternura.

Cuando los padres llevaron a sus hijos a Jesús, los discípulos los echaron. Pensaron que los pequeños eran una molestia. Pero Jesús reprendió a los discípulos, diciéndoles que dejaran a los niños acercarse a Él. Los tomó en sus brazos, los abrazó y los bendijo (Marcos 10:13-16).

En otro incidente, en una de las escenas más tiernas de todo el Nuevo Testamento, Jesús entró en la habitación de una niña que había muerto. La tomó de la mano, se dirigió a ella como “niña” y la resucitó de entre los muertos (Marcos 5:41-43). Tales episodios de la vida de Cristo demuestran que Él no castigaría a mis pequeñas por algún pecado que yo hubiera cometido.

Pero había otra posibilidad que yo estaba más abierto a considerar: tal vez Pam o yo habíamos hecho algo que, aunque no fuera pecado, causó que las niñas tuvieran estos problemas. Tal vez deberíamos haber elegido un médico u hospital diferente, tomado vitaminas prenatales distintas, o cambiado alguna de las miles de otras cosas posibles. Tal vez la pregunta de los discípulos podría reformularse: “Señor, ¿qué mala decisión o acción irresponsable del padre hizo que estas niñas estuvieran tan enfermas?”.

Supongo que todas las personas que se enfrentan a dificultades o sufren una pérdida significativa experimentan este proceso en alguna medida. Reflexionan, pensando que, si hubieran actuado de manera diferente, no tendrían que afrontar la situación actual. Se culpan a sí mismas y se castigan por ello. Esta manera de pensar puede, incluso, llegar a enloquecer a una persona o arruinar su salud.



Elisabeth, a los tres años, en una de sus sesiones de fisioterapia.

En este punto, afortunadamente, recibí ayuda de un anciano cristiano. Hablando sobre el tema del sufrimiento, comentó que debemos “dar espacio a la soberanía de Dios”. Su argumento era que Dios tiene el control de todas las cosas. Si Pam debería haber tomado otra vitamina por el bien de las niñas, o si deberíamos haber ido a otro médico para recibir mejor atención, el Señor podría haber compensado esas decisiones. Él es, después de todo, el Autor de la vida y el Creador de todas las cosas. Si Él deseara que mis hijas estuvieran sanas, mi ignorancia en cualquier área no anularía eso. Miles de bebés nacieron sanos en el mismo hospital donde nacieron las gemelas, siguiendo los mismos cuidados prenatales, con el mismo médico. No fue culpa nuestra.

En muchos casos, es simplemente la voluntad de Dios que Su gente pase por momentos difíciles. Puede que no entendamos todas las razones por las que Dios nos escogió para estas pruebas, pero hay dos cosas que sabemos con absoluta certeza.

La primera es que Dios nos ama. Él ama a Elisabeth (¡sí, todavía!) y a Amy. La Biblia es muy clara en este punto. Dios ama al mundo (Juan 3:16). Dios es amor (1 Juan 4:8). Jesús amó a Elisabeth de tal manera que murió en una cruz para que ella pudiera recibir la vida eterna de Él como un regalo gratuito (Romanos 5:8; 1 Juan 4:10). Fue difícil verla pasar por lo que pasó y perderla a una edad tan temprana, pero el hecho de que era amada por su Salvador, era indiscutible.

La segunda cosa es quizá mucho más difícil de creer para nosotros, pero es igual de claro en la Biblia: *Dios envía sufrimientos por el bien de Sus hijos*.

Es posible que rechacemos de plano tal idea cuando nos enfrentamos por primera vez a estos sufrimientos. ¿Cómo podrían los sufrimientos y la temprana muerte de Elisabeth ser algo positivo para ella? Sin duda, la mayoría del mundo la consideraría una figura

digna de lástima. ¿Qué posible beneficio podría surgir de lo que ella tuvo que soportar?

Ya mencioné uno de estos beneficios. Las dificultades de Elisabeth le facilitaron tener una fe como la de un niño. Esta fe agrada al Señor. Pero sus dificultades también produjeron otras cosas positivas.

Elisabeth y el hombre nacido ciego

Me encantan los paralelismos de la vida de Elisabeth con el hombre ciego de nacimiento de Juan 9. Ambos padecieron su enfermedad desde el nacimiento. Podemos suponer que el hombre, cuando fue sanado, tenía más o menos la misma edad que Elisabeth cuando ella murió, ya que sus padres aún vivían. En otras palabras, tanto Elisabeth como el hombre ciego soportaron dificultades durante aproximadamente el mismo período de tiempo. Ambos tuvieron que enfrentarse a la posibilidad de que un pecado propio, o más probablemente, un pecado de sus padres, hubiera de alguna forma ocasionado todo esto sobre ellos. Ambos entendían que al menos algunas personas de su entorno los veían de esa manera y concluyeron que merecían lo que les estaba ocurriendo.

No obstante, las palabras de Jesús al hombre ciego son como los rayos del sol que entran en una habitación oscura cuando se abren las cortinas. Lo son para mí, lo fueron para Elisabeth, y deberían serlo para todo creyente que esté experimentando sufrimiento. Cuando los discípulos preguntaron quién había provocado que aquel hombre viviera así —quién había pecado—, el Señor les dio una respuesta que no esperaban: nadie. En cambio, el hombre había nacido ciego para que “las obras de Dios se manifiesten en él” (Juan 9:3).

¡Qué profundas son estas palabras! Este hombre nació ciego para que Dios pudiera obrar en él. Dios iba a mostrar a otros lo que

podía hacer a través de él: iba a ser un anuncio ambulante del poder de Dios.

¿Cómo hizo Dios exactamente eso? La forma más evidente fue cuando Jesús sanó a este hombre de su ceguera. La gente de Jerusalén tuvo un claro ejemplo del poder de Dios obrando en Cristo. Los vecinos del hombre pronto supieron lo que le había sucedido (Juan 9:9-12). Luego, fue llamado ante los fariseos, los líderes religiosos de la sinagoga.

Aunque vieron el poder de Dios en lo que había sucedido, estos fariseos no creían que Jesús fuera el Cristo que les daría vida eterna con solo creer en Él para ello. Así pues, no es sorprendente que también tuvieran serias dudas acerca del relato del hombre sobre Aquel que lo había sanado.

Estos instruidos líderes religiosos trajeron al hombre ante ellos para preguntarle cómo había recibido la vista. Les contó que Jesús lo había sanado. Ellos le respondieron que Jesús era un pecador y que no había sido enviado por Dios. Con audacia, les replicó que ningún pecador podía hacer lo que Jesús había hecho. Después de todo, nadie había abierto los ojos de un ciego de nacimiento. En respuesta, los fariseos le recordaron que había estado ciego todos esos años a causa de su pecado (Juan 9:34).

Como ya hemos visto, no era la primera vez que este hombre oía esa acusación. Habría sido fácil para él simplemente aceptar este veredicto de personas tan poderosas y supuestamente santas y permanecer en silencio. Pero no fue temeroso al proclamar lo que Dios había hecho por él a través de Cristo. Enfurecidos, estos líderes religiosos lo expulsaron de la sinagoga.

En aquella cultura, ser expulsado de la sinagoga tenía muchas consecuencias negativas. Aunque había sido sanado milagrosamente y ahora podía ver, las acciones de estos líderes religiosos garantizaban que seguiría siendo un marginado social. Los que no podían formar parte de la sinagoga entraban en esa categoría.

Después, Jesús se acercó al hombre y le dijo que Él era el Cristo, y el hombre creyó en Él. Este hombre no solo recibió la vista física ese día, sino que sus ojos espirituales se abrieron a la verdad: Jesús era el Cristo. Y al creer, recibió vida eterna.

Qué posición tan privilegiada tenía este hombre. Aunque era pobre, sin educación y socialmente condenado al ostracismo, tuvo el honor de ser testigo del Rey de reyes. Se convirtió en un claro ejemplo de lo que Dios podía hacer. Fue capaz de presentarse en la sinagoga y proclamar estas verdades. Mostró a los líderes religiosos *su* propia ceguera. Los dirigentes no veían quién era Jesús, el don que Él tenía para dar y Su poder. Este hombre se convirtió en una lección para todos en su nación. Dios lo había usado para demostrar que Jesús era el Cristo que tanto esperaban. Al obtener la vista espiritual se convirtió en un ejemplo a seguir para todos.

Sin embargo, el lector puede hacerse una pregunta importante en este punto. ¿Valió la pena? ¿Valió la pena vivir treinta y cinco años con ceguera para ser el recipiente a través del cual Cristo mostraría Su poder? ¿Valió la pena pasar por todos los sufrimientos el poder tener el privilegio de proclamar audazmente lo que Cristo había hecho por él, y de poder señalar la ceguera de los demás y su necesidad de vista espiritual?

¿Cómo habría respondido este hombre a estas preguntas? Después de haber creído en Jesús como el Cristo y haber recibido de Él vida eterna, ¿podría siquiera decir que se *alegraba* de haber nacido ciego? Por extraño que esto parezca a algunos, la respuesta debe ser afirmativa. Estas dificultades le dieron la oportunidad de mostrar las obras de Dios, convirtiéndose en un audaz testigo del Señor. Dios incluso utilizó sus sufrimientos para ayudarlo a llegar a la fe y recibir vida eterna. Tuvo el privilegio de ser un mensajero a toda la nación. Pasó de ser objeto de lástima a ser un hombre al que todos podían emular.

Al compararlo con los líderes religiosos de la época, podemos ver cómo su ceguera le otorgaba una ventaja. Los dirigentes no estaban dispuestos a creer en Jesús porque eso significaría el fin de su autoridad. Si Jesús era el Cristo, tendrían que someterse a *Su* autoridad. Estos hombres gozaban de un estatus privilegiado entre el pueblo, estatus que perderían cuando viniera el Cristo. El hombre ciego no se enfrentaba a tantos obstáculos para creer en Jesús. Su pobreza significaba que tenía poco a lo que renunciar al creer en Él. No tenía autoridad que perder. El poder de Dios manifestado en su sanación a través de Jesús fue más que suficiente para que creyera que Jesús era el Cristo.

La transformación milagrosa que Jesús produjo a este hombre lo llevó de manera natural a proclamar públicamente lo que le había sucedido. La amenaza de ser expulsado de la sinagoga y perder su estatus habría significado mucho para la mayoría de los ciudadanos de Jerusalén, especialmente para estos líderes religiosos. Incluso los padres del hombre ciego temían hablar de lo que le había ocurrido a su hijo por miedo a lo que pudieran hacerles las autoridades judías (Juan 9:22). Pero esas amenazas no significaban nada para este hombre. Ya había pasado toda su vida como un marginado social, así que no tuvo miedo de contar a la nación lo que Jesús había hecho por él. Las amenazas de los poderosos significaban muy poco para él. Cuando los líderes dijeron que Jesús era un pecador, este hombre señaló públicamente el hecho obvio de que Jesús había sido enviado por Dios. Esta persona sanada se convirtió en un cartel ambulante que, a todos aquellos que lo contemplaban, les recordaba que nadie había abierto jamás los ojos a un ciego de nacimiento. Jesús era claramente el Cristo.

En su vida terrenal, la sanación de este hombre fue una clara demostración del poder de Dios. Pero hay una pregunta aún más importante: ¿es posible que este hombre también muestre el poder de Dios en el mundo venidero? Para tener la oportunidad de honrar

a Dios diciendo la verdad ante los líderes religiosos de la época, tuvo que pasar por años de sufrimiento. ¿Podría ser que en el reino de Cristo, se le otorgará algún tipo de recompensa por lo que soportó? En otras palabras, ¿recompensará Dios a este hombre por el precio que pagó para glorificar a Su Hijo?

No es necesario que especulemos. El Nuevo Testamento nos enseña que los creyentes que permanecen fieles al Señor en medio de las dificultades serán recompensados con creces por toda la eternidad. En las páginas que siguen, veremos lo que el Nuevo Testamento dice sobre estas cosas.

A este respecto, cabe decir que las recompensas que Dios otorgará a estos creyentes son tan increíbles que ni siquiera podemos empezar a imaginar cómo serán. Dios no escatima en generosidad. Cuando Él pague a Sus siervos por lo que hacen, ellos serán compensados con creces. Cualquier precio que hayan tenido que pagar para honrarlo, merecerá mucho la pena.

Por supuesto, no sabemos con absoluta certeza si este hombre continuó proclamando con audacia lo que Jesús había hecho por él y que había venido de Dios. ¡Pero tuvo un buen comienzo! Se enfrentó a personas poderosas que se oponían a Cristo, a pesar de que lo despreciaban. Incluso sus propios padres tenían miedo de apoyarlo. Dijo la verdad y no le importó que los que estaban en el poder le infligieran una humillación adicional al expulsarlo de la sinagoga. Cuando Cristo se encontró con él de nuevo y le dijo quién era, lo adoró, casi con toda seguridad cayendo a Sus pies en señal de gratitud.

Este hombre estará en el reino de Dios porque creyó en Cristo. Pero hay más que decir. Sería sorprendente que este hombre *no* viviera el resto de su vida sirviendo fielmente al Señor. Si es así, solo podemos imaginar cómo él será en el reino. ¡Qué ejemplo del poder y la gracia de Dios él será para toda la eternidad! Un hombre que pasó de ser un pobre mendigo despreciado a un hombre de gran

honor y autoridad en el reino eterno del Hijo de Dios. Las palabras del Señor de que “las obras de Dios se manifestarán en él” parecerán una de las afirmaciones que se quedan más cortas de todos los tiempos.

Cuando los líderes religiosos juzgaron a este hombre, lo llamaron discípulo de Jesús (Juan 9:28). Lo decían como un insulto. Si continuaba siguiendo a Jesús, seguiría experimentando dificultades debido a su asociación con Él. Seguiría siendo un marginado religioso y social. Aquel a quien seguía sería finalmente ejecutado como enemigo tanto de Israel como de Roma. Sin duda se le recordaría que Dios lo había castigado con ceguera a causa del pecado y que ser discípulo de Jesús era solo una prueba más de que estaba fuera de la voluntad de Dios. Muchos de los que lo conocieron seguirían pensando, y señalando, que era un notorio pecador.

Sin embargo, lo que los líderes religiosos entendían como un insulto, él lo tomaba como un gran cumplido. Podía ser discípulo del Rey de reyes. Visto así, no hay duda de que este hombre diría que se alegró de los treinta y cinco años que vivió con ceguera física. Se alegró de su pobreza y de la lástima de quienes lo veían mendigar. Se alegró de que sus vecinos e incluso los líderes religiosos lo acusaran de ser un pecador que merecía lo que había tenido que soportar. A la luz de las recompensas eternas que disfrutaría como discípulo de Cristo, sus sufrimientos, que nosotros consideramos insoportables, parecerían realmente livianos.

Lo mismo puede decirse de Elisabeth y de cualquier creyente que soporta fielmente adversidades por el Señor. Cuando honran a su Señor en medio de sus dificultades, saben no solamente que vivirán con Él para siempre, sino que también los recompensará más allá de lo que puedan imaginar.

Veamos lo que dice el Nuevo Testamento sobre estas recompensas.

Elisabeth

CAPÍTULO CUATRO

¿Una eternidad comunista?

Muchos cristianos tienen la errónea creencia de que pasarán la eternidad en un lugar cubierto de nubes, similar a cómo se representa el cielo en los dibujos animados, donde se ve a los creyentes con alas y arpas. No obstante, la Biblia nos dice que los creyentes morarán para siempre en una nueva tierra física, no entre las nubes en los cielos. En el último libro de la Biblia, el apóstol Juan describe la tierra nueva en la que habitará el pueblo de Dios (Apocalipsis 21:2). Es un lugar tangible con ciudades, calles, árboles y naciones. La descripción menciona incluso un río (Apocalipsis 22:1).

La idea de que estaremos flotando entre las nubes da lugar a otra falsa visión de la eternidad: la visión de que todos seremos iguales en ese día futuro. Aunque este concepto no ha funcionado en la tierra, la gente cree que Dios instaurará una utopía comunista perfecta en la que todos serán exactamente iguales en todos los sentidos.

Si pensamos en el reino de esta manera, la visión utópica tiene sentido. Es difícil imaginar por qué habría diferencias entre millones de personas si todo lo que hacen es sentarse en nubes mullidas tocando el arpa. ¡Lo máximo que podríamos llegar a decir es que quizá algunos toquen el arpa mejor que otros!

Esta falsa idea del cielo, donde todos serán iguales, parece justa para mucha gente. Ciertamente, la justicia de Dios exige un reino así, piensan: solo en ese tipo de entorno podría ser todo el mundo feliz.

No obstante, al entender que el reino eterno realmente significa vivir en una tierra nueva, y no en las nubes, nos permite

concebir la posibilidad de que existan diferencias entre los habitantes de esa tierra. ¿Podría tratarse de un reino donde existan trabajos que hacer y que diferentes personas tuvieran diferentes responsabilidades? ¿Nos atrevemos a suponer que el Señor, que será el Rey de todo, dará diferentes niveles de autoridad a diferentes personas para que puedan cumplir con esas responsabilidades?

Una vez más, muchos rechazarían de por sí tales nociones. Pero reflexionando un poco, parecen razonables. La idea de flotar en una nube para siempre suena extremadamente aburrida, como un viejo personaje de dibujos animados que vi una vez, sentado en una nube con un arpa, con la frase: “Desearía haber traído una revista”. Si alguien tuviera esa visión de la eternidad, ¿sería comprensible que no quisiera que llegara pronto!

Afortunadamente, la Biblia no describe la eternidad de esa manera. Ciertamente, el reino gobernado por Cristo será un lugar de emoción y gozo, un reino cuyos súbditos están trabajando, sirviendo a otros y experimentando cosas nuevas mientras llevan a cabo lo que el Señor quiere que hagan. Esta descripción es mucho más precisa (¡y emocionante!) que la noción de tocar un instrumento musical para siempre en un neblinoso entorno celestial.

La lógica también sugiere que habrá diferencias entre los que vivan en la tierra nueva. Todos estamos de acuerdo en que Dios es justo e imparcial, y pensándolo un poco, podemos ver que sería claramente *injusto* si en el reino de Cristo todos fueran iguales en todos los sentidos.

R. E. Neighbour, un predicador bautista del sur de principios del siglo XX, contó una historia sobre otro famoso predicador bautista de su época. I. M. Haldeman era el pastor de la Primera Iglesia Bautista de Nueva York. Un día colocó dos sillas vacías frente a la congregación. Dijo que una representaba a un creyente

que se preocupaba poco por las cosas espirituales y vivía para satisfacer sus propios deseos. La otra silla representaba a un creyente maduro que se mantenía fiel sirviendo al Señor hasta el final de su vida. Haldeman preguntó a la congregación si estos dos creyentes recibirían las mismas recompensas cuando entraran en el reino. La respuesta de Haldeman fue: “¡No mientras haya un Dios justo en el cielo¹!”.

Tanto Neighbour como Haldeman creían en la seguridad eterna del cristiano. Un cristiano nunca puede perder el don de la vida eterna. Pero también creían que un cristiano podía vivir una vida que desagradara al Señor. Tal creyente entraría en el reino de Dios, pero sufriría la pérdida de recompensas en ese reino. Ese creyente no sería prominente en ese mundo futuro. No tendría una posición de gran autoridad.

Podríamos imaginar, por ejemplo, que un mártir de la fe cristiana recibirá algún tipo de recompensa del Señor cuando entre en Su reino. Ese resultado se consideraría muy razonable y justo. Nadie sentiría envidia o resentimiento por cualquier honor que el Señor concediera al mártir. Incluso en esta vida, reconocemos que aquellos que son héroes deben recibir honores que el resto de nosotros no recibimos. Los soldados que mueren en combate por su país son recompensados por sus sacrificios de diversas maneras. Sus familias, por ejemplo, reciben compensaciones económicas especiales. Un condecorado con la Medalla de Honor debería tener privilegios y recompensas que el resto de nosotros no disfruta. Y es así.

¹ R. E. Neighbour, *If They Shall Fall Away* [Si Ellos Se Apartan] (Miami Springs, FL: Conley and Schoettle, 1984), s.p.

La misma noción, de muchas maneras diferentes, existe en el mundo caído en el que vivimos. En principio, al menos, se considera que quienes trabajan duro y obtienen ciertos beneficios y privilegios se los han ganado. Una persona que trabaja muchas horas para establecer un negocio debería disfrutar de los beneficios económicos de ese trabajo. Una persona perezosa, que solo vive para su propio placer, no experimenta tales bendiciones, ni debería hacerlo.

Por supuesto, en el análisis final, no importa lo que pensemos que es correcto o justo. ¿Qué dicen las Escrituras sobre este tema? ¿Promoverá el Señor a aquellos que le han servido fielmente cuando Él venga y establezca Su reino? ¿Experimentarán algún tipo de recompensa aquellos que sufran fielmente por Él?



Elisabeth con toda su familia a los cinco años.
Vivíamos en Hawái, en una instalación militar.

Los ángeles nos enseñan que la respuesta es sí

Tal vez los santos ángeles sean un ejemplo de cómo será el reino para los creyentes en este aspecto. La Biblia nos dice que hay una cantidad innumerable de estos seres (Apocalipsis 5:11), pero también nos dice que tienen diferentes funciones y grados de autoridad. Antes de caer en pecado, Satanás, o Lucifer, era un ángel especialmente poderoso, que evidentemente formaba parte de un orden superior de ángeles llamada querubines (Ezequiel 28:14).

En Isaías 1:5-11 se describen detalladamente otros querubines entre las filas de los ángeles. Parecen tener un papel que requiere que estén cerca del Señor. En el libro del Apocalipsis, Juan ve cuatro criaturas vivientes desempeñando tal función. Probablemente se trate de querubines (Apocalipsis 4:6-8).

El profeta Isaías describe otro tipo de ángeles, los serafines, que tienen el privilegio de estar especialmente cerca del trono de Dios (Isaías 6:2-3). Su nombre podría sugerir que son los responsables de proclamar la santidad de Dios.

Un ángel en particular es único en la Biblia. Miguel es el único ángel llamado “arcángel” (Judas 1:9). La palabra significa “ángel gobernante”. Tal vez asumió ese papel cuando Satanás cayó en pecado. También se dice que tiene el privilegio especial de servir como protector del pueblo escogido de Dios en el Antiguo Testamento, Israel (Daniel 10:13-21). Este pasaje también habla de otros ángeles que son “príncipes”. Algunos de estos ángeles parecen tener responsabilidades en los asuntos de las naciones de la tierra.

A lo largo del Nuevo Testamento encontramos que a ciertos ángeles se les asignan diferentes funciones. Gabriel tiene el honor

de anunciar el nacimiento de Juan el Bautista a su padre y el nacimiento de Jesús a María. Parece ser un mensajero especial del Señor. Algunos son lo que en cierto sentido se podría llamar ángeles de la guarda (Mateo 18:10). Al menos a unos cuantos ángeles se les concedió el alto honor de ministrar al Señor después de que ayunara durante cuarenta días (Marcos 1:13). Se dice que los ángeles ministran a los creyentes humanos de cierta manera (Hebreos 1:14). En el libro del Apocalipsis, se les asigna diferentes trabajos a los ángeles en los últimos días.

No sabemos por qué Miguel es un ángel gobernante y otros no, o por qué Dios escogió a Gabriel como su enviado especial. ¿Cómo llegaron ciertos ángeles a ocupar las elevadas posiciones de querubines y serafines, mientras que la mayoría no lo logró? ¿Por qué algunos tienen el título de “príncipe” y otros no? Aunque no contamos con las respuestas a estos interrogantes, es evidente que existen diferentes niveles de autoridad entre estas criaturas no caídas.

En el reino venidero de Dios, los creyentes serán, al menos en algunos aspectos, como los ángeles (Marcos 12:25). Como ellos, ya no pecaremos, así que no sentiremos envidia si otros tienen una posición de honor más elevada en el reino. Ciertamente, al resto de los ángeles no les molesta que ellos mismos no ocupen las posiciones del arcángel Miguel o del mensajero especial Gabriel. Como mínimo, los ángeles nos enseñan que Dios no sería injusto al establecer, en Su reino, posiciones en las que los creyentes se diferencien entre sí en cuanto a las funciones y el honor que tendrán en la eternidad.

Diferentes recompensas

El Nuevo Testamento nos enseña que en el reino de Dios Él concederá coronas a algunos creyentes, pero no a todos. Sin duda, estas coronas representan algún tipo de autoridad o privilegio en el reino del Señor. Los mártires de la fe recibirán una corona especial (Apocalipsis 2:10), al igual que los líderes de la iglesia que cumplan fielmente con sus deberes (1 Pedro 5:4). Es evidente que no todos los creyentes serán mártires. No todos los creyentes sirven en posiciones de liderazgo en la iglesia local.

Pablo dice que debemos vivir nuestras vidas como creyentes de tal manera que recibamos una corona que no todos recibirán (1 Corintios 9:24-25). Los creyentes que anhelan ver al Señor, y viven sus vidas de manera que refleja ese deseo, también recibirán una corona especial (2 Timoteo 4:8).

Además de estas coronas distintivas especiales, Jesús dijo que, en ciertos aspectos, algunos serán más ricos que otros en ese día. Mandó a Sus discípulos que se hicieran tesoros para aquel día (Mateo 6:20). Los creyentes pueden llevar a cabo acciones que conlleven una inversión para la eternidad. Incluso la más pequeña buena acción, como dar un vaso de agua en servicio a los demás, merecerá una recompensa del Señor (Mateo 10:42).

Muchos piensan que trabajar para obtener recompensas, o incluso desearlas, es egoísta. Pero Jesús *mandó* a Sus seguidores que lo hicieran. Él *quiere* recompensar a Sus hijos. Quiere que tengan posiciones de honor en Su reino. El Rey es honrado cuando Sus siervos son recompensados de esta manera. Lo que el Señor manda no puede ser egoísta. De una manera similar, incluso en este mundo, los padres disfrutan recompensando a sus hijos cuando se portan bien.

No es pecado desear recompensas en el reino de Cristo. De hecho, el autor de Hebreos nos dice que es pecado *no* desear ser recompensados por el Rey. Dice que si queremos agradar a Dios es necesario creer que Él recompensará a los que buscan las cosas que agradan a Dios (Hebreos 11:6).

Por lo tanto, no es sorprendente que una de las últimas cosas que Jesús dijo a Sus seguidores en las Escrituras es que Él los recompensará por sus buenas obras. Prometió que vendría pronto, y cuando lo haga, les retribuirá por el bien que hayan hecho. Concretamente, afirmó que cuando Él regrese, llevará consigo Sus recompensas para Su pueblo (Apocalipsis 22:12). Él no olvidará las obras que han hecho por Él.

La conclusión de todo esto es que algunos serán más grandes que otros en el reino de Dios. Los doce discípulos, quienes compartieron más tiempo con el Señor durante su ministerio terrenal que cualquier otra persona y escucharon sus enseñanzas a diario, entendieron claramente este principio. Un día, estaban discutiendo entre sí sobre cuál de ellos será el más grande. Es interesante que Jesús no los reprendiera por esa manera de pensar. De hecho, confirmó que algunos serían más grandes que otros. Sin embargo, los reprendió por tratar de obtener esa grandeza de manera equivocada (Marcos 10:35-44).

En muchas de Sus parábolas, el Salvador enseñó la misma verdad. Cuando Él regrese y reine, algunos de Sus siervos gobernarán sobre diez ciudades, mientras que otros gobernarán sobre cinco, y aun a otros no se les dará este tipo de autoridad en absoluto (Lucas 19:12-27).

Sabemos que cuando regrese, Jesucristo reinará sobre todas las cosas. Él será el Rey eterno sobre un reino que nunca tendrá fin. Por lo tanto, no es de extrañar que el grado de fidelidad y obediencia

de sus hijos hacia Él determinará hasta qué punto tendrán el privilegio de gobernar junto a Él. Esta vida está preparando a los creyentes para el papel que asumirán por toda la eternidad. Como dijo una vez uno de mis maestros bíblicos favoritos: “Esta vida es tiempo de entrenar para el tiempo de reinar”.

Ser grande en el reino de Dios consiste en ser como Cristo. Cuanto más sea un creyente como Él en esta vida, más recompensado será en aquel día. Esto cambia por completo la noción de las recompensas. El creyente que quiere ser grande en el reino está deseando ser más como Su Rey y Salvador. Es la voluntad del Padre que seamos más como Su Hijo. El creyente que es grandemente recompensado es aquel que vivió su vida de tal manera que el mundo vio a Cristo en él. Tal vida honra al Señor. En Su gracia, Él ha determinado que una vida que le trae honor y gloria redundará en una gran recompensa.

¿Qué tan grandiosa es esa perspectiva? ¿Qué mayor meta puede tener un creyente que parecerse más a Aquel que le amó y murió para darle vida eterna como don gratuito solo por la fe? ¿Qué propósito en esta vida podría ser mayor que oírle decir: “¡Bien, buen siervo y fiel!”. (Mateo 25:23). No podemos comprender plenamente el gozo que sentirá tal creyente en aquel día, cuando el Señor se glorifique a sí mismo haciendo grandes a creyentes como él en Su reino.

Sin embargo, ¿cómo se logran metas tan nobles? ¿Cómo podemos, como creyentes, ser más como el único Hombre perfecto que ha existido? Todo cristiano que sea honesto consigo mismo reconoce lo lejos que está de esta meta. Una cosa es segura: no podemos lograr ese cambio con nuestras propias fuerzas. Será necesario un milagro.

El Señor ha dispuesto un camino para que ese milagro tenga lugar: dando al creyente el Espíritu Santo en el momento de la fe en Jesús para vida eterna. El Espíritu de Dios debe llevar a cabo la obra de transformarnos a la imagen de Cristo.

Hay otra verdad aquí, no obstante, y es una verdad que es más difícil de aceptar. Si queremos ser como Cristo, debemos caminar como Él lo hizo. Él experimentó grandes dificultades en Su vida. Unos siete siglos antes de que Cristo naciera, un profeta del Antiguo Testamento dijo que Él sería un “varón de dolores”, y Uno que estaría “experimentado en quebranto” (Isaías 53:3). Ciertamente, cuando leemos sobre Su vida en las páginas del Nuevo Testamento, vemos que estas profecías se cumplieron. Nadie sufrió como Él.

En más de una ocasión, el Señor dijo a sus discípulos que, si querían ser como Él, también tendrían que pasar por grandes dificultades. Nadie quiere experimentar tales cosas, pero lo emocionante de ellas es que *Dios las utiliza para hacernos más como a Su Hijo* (Mateo 10:24; Marcos 8:34-38; Lucas 6:40; Juan 15:20; 2 Corintios 4:8-17). Si queremos parecernos más a Cristo, pasaremos por adversidades. Qué reconfortante es saber que cuando lo hacemos, estamos, a pequeña escala, caminando en Sus pasos. Si se lo permitimos, el Espíritu de Dios usará estas cosas para hacernos más como Él.

Sin embargo, debemos ser honestos con nosotros mismos. Solo un masoquista aceptaría incluso una pequeña parte de las dificultades que Cristo experimentó. ¿Cómo podríamos esperar soportar tales cosas? Sin duda, mediante el poder sobrenatural del Espíritu de Dios que mora en nosotros. No podemos hacerlo solos. Así como fuimos salvos del infierno por la gracia de Dios cuando creímos en Jesús para ese don (Efesios 2:8-9), necesitamos Su gracia

Elisabeth

para soportar las adversidades que son necesarias para llegar a ser más como Cristo.

Elisabeth me mostró ese modelo. En Su gracia, Dios usó las adversidades que ella soportó para hacerla más como Cristo.

Elisabeth



Elisabeth, en la Navidad en la que tenía 15 años.

CAPÍTULO CINCO

Su gracia basta

Para la mayoría de los estudiosos del Nuevo Testamento, el apóstol Pablo es un héroe. Soportó una gran cantidad de sufrimiento como resultado de su trabajo para el Señor, y su capacidad para hacerlo parece casi sobrehumana. De hecho, lo era.

Viajar en el siglo I era una empresa difícil y peligrosa. Sin embargo, este hombre recorrió el mundo mediterráneo a pie y por mar durante años, estableciendo iglesias allá donde iba. El mensaje que él proclamaba promovía una religión que no era legal en algunas de las regiones que visitó, y se encontraba con personas que se oponían a su labor en cada lugar donde se detenía. Su propia gente lo consideraba un traidor y un apóstata de la religión de sus padres.

Después de llevar este tipo de vida durante unos diez años, se vio obligado a defenderse ante una iglesia que él mismo había establecido años atrás. Incluso en esta iglesia, había personas que se oponían a él decididamente. En respuesta, Pablo les escribió una epístola en la que describía las adversidades que había experimentado como siervo del Señor.

La lista de estas cosas es larga e impresionante. Durante esos diez años había recibido treinta y nueve latigazos de las autoridades religiosas judías en cinco ocasiones diferentes. Me lo imagino con la espalda lacerada y sangrante, como las películas que he visto que representan a los esclavos que fueron golpeados con látigos en los Estados Unidos.

Pero eso no fue todo lo que sufrió. Tres veces fue golpeado con varas. Mientras viajaba por el Mediterráneo, naufragó tres veces, un suceso que a menudo acababa en muerte. En una de esas ocasiones, pasó una noche y un día en el agua, sin saber en ningún

momento si sería rescatado. En su primer viaje misionero, los habitantes del lugar lo apedrearon y lo dieron por muerto. Fue encarcelado en más de una ocasión.

En todos sus viajes, se enfrentaba a peligros provenientes tanto de ladrones como de sus numerosos enemigos, presentes tanto entre los judíos como los gentiles. Pasó muchas noches hambriento, sediento y expuesto a la intemperie, afirmando que a menudo corría peligro de muerte. Al principio de su ministerio, los judíos de cierta ciudad convencieron al rey local para que intentara dar muerte a Pablo, y el apóstol tuvo que ser descolgado del muro de la ciudad en un canasto y huir para salvar su vida (Hechos 14:19-20; 2 Corintios 11:24-33).

Cuando leo semejante lista, me cuesta entenderlo. No sé cómo lo hizo. Cuando escribió esta epístola a la iglesia de la ciudad de Corinto, no era un hombre joven. Probablemente se acercaba a los sesenta años, y para los estándares del primer siglo habría sido considerado un anciano. ¿Cómo pudo seguir soportando tales cosas? ¿Por qué no se retiró de su trabajo y regresó a su ciudad natal, contentándose con su contribución a la iglesia cristiana? Creo que la mayoría de los cristianos tienen la misma reacción que yo cuando pienso en la vida de este hombre. Solo una de las palizas que sufrió me habría convencido de buscar otra manera, más cómoda, de servir al Señor.

Sabemos que Pablo se dedicaba a la confección y venta de tiendas de campaña para ganarse la vida. Estoy bastante seguro de que, si yo recibiera treinta y nueve latigazos, me habría dedicado a tiempo completo a ese honorable oficio. Habría trabajado horas extras confeccionando tiendas y habría apoyado económicamente a otra persona, alguien más joven que yo, ¡para que hiciera el trabajo misionero que yo habría dejado atrás!

Si bien solo puedo admirar desde la distancia lo que Pablo tuvo que pasar, me resulta más fácil sentirme identificado con lo que

dice a continuación a la iglesia de Corinto. Habla de otra dificultad a la que se enfrentó, una con la que estaba lidiando mientras les escribía la epístola. Se refiere a ella como un “aguijón en mi carne” (2 Corintios 12:7).

No sabemos en qué consistía ese aguijón, pero la mayoría de los estudiosos de la vida de Pablo coinciden en que se trataba de algún tipo de dolencia física. Hay indicios de que no era un hombre sano (Gálatas 4:15). Las palizas que recibió durante su ministerio cristiano habrían amplificado cualquier problema físico que pudiera tener, y estas cosas podrían haber dificultado aún más sus viajes. Se podría pensar, por ejemplo, en una artritis severa. Otros han sugerido que Pablo se enfrentaba a secuelas de haber pasado la malaria, que era común en la zona del mar Mediterráneo.

Una opinión muy popular es que el aguijón en la carne de Pablo era la pérdida de visión. Probablemente las personas mayores piensen de inmediato que tenía cataratas. Tal vez sus difíciles condiciones de viaje, que conllevaban una dieta pobre, habían contribuido al avance de la enfermedad.

Esta condición sería dura para cualquiera, pero para alguien con el tipo de trabajo de Pablo, en el primer siglo, habría hecho el ministerio especialmente difícil. Supongamos que esta es la enfermedad con la que tuvo que lidiar.

Me siento identificado con la manera que respondió inicialmente al problema. Intento ponerme en su lugar, después de sufrir todo lo que sufrió por la obra del Señor, y ahora tener que enfrentarse a la perspectiva de quedarse ciego. Seguramente, pensaría, Dios querría sanarme de esta dolencia para que pudiera seguir estableciendo iglesias en el mundo romano y ser más eficaz al hacerlo. Un misionero ciego, o casi ciego, se vería gravemente obstaculizado en esa labor. Además, Pablo estaba en proceso de escribir muchos de los libros que serían parte del Nuevo Testamento. ¡Ese trabajo sería mucho más fácil si Pablo pudiera ver!

Eso parece ser también lo que pensaba Pablo. No le pidió al Señor que le quitara sus encarcelamientos, sus noches de hambre, ni siquiera sus palizas. Pero explica cómo le pidió al Señor que le quitara este aguijón en la carne. De hecho, se lo pidió en tres ocasiones diferentes (2 Corintios 12:8). ¡Eso es exactamente lo que yo habría hecho!

Pablo había sido testigo de muchas sanaciones en su tiempo de servicio al Señor. De hecho, él mismo había sanado a muchos enfermos de sus enfermedades e incluso había resucitado a un muerto (Hechos 19:11-12; 20:7-12). Sabía que Dios podía sanarlo de este “aguijón”. Creo que esperaba que lo hiciera.

También puedo imaginar la decepción inicial de Pablo cuando Dios le dijo que el aguijón en la carne permanecería. Sin embargo, sin importar lo que sintiera, Dios no lo dejó sumido en la desesperación por su condición. Sus dificultades no le impedirían hacer lo que Dios quería que hiciera. Esto era cierto tanto si se trataba de escribir epístolas como de viajar por el mundo romano para establecer iglesias. Como dijo el Señor a su siervo Pablo: *“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”* (2 Corintios 12:9).

No era la respuesta que Pablo quería. Pero la aceptó. Pablo era un hombre que proclamaba la gracia de Dios, una gracia que tenía el poder de dar vida eterna a todo aquel que creyera en el Hijo que el Padre había enviado para ese don. Era un poder que resucitó a Su Hijo de entre los muertos y que haría lo mismo para cada creyente. Era un poder que pronto traería un reino eterno de Dios.

Lo que Dios le estaba diciendo a Pablo era claro: Pablo era un mensajero de esta gracia y poder. ¿Qué mejor manera de proclamar ese mensaje que vivirlo? En su debilidad física, cualquiera que fuera ese aguijón, Dios le daría la fortaleza para hacer grandes cosas por Él. Estaba claro que Pablo no estaba haciendo estas cosas por su propio poder. Todos los que lo vieran y lo oyeran predicar verían a

un hombre que tenía un poder sobrenatural. La gracia de Dios era más que suficiente para las tareas a las que se enfrentaba Pablo. Pablo se convertiría en un cartel ambulante de ese poder y gracia. Dios tomaría a un débil Pablo haciendo grandes cosas, y así magnificaría Su fuerza. La manera perfecta de hacerlo era a través de un Pablo que tenía que confiar en esa fuerza.

Así pues, no es sorprendente la manera en que Pablo reaccionó a la respuesta que recibió de Dios sobre su aguijón en la carne. Puesto que el mayor deseo de Pablo era glorificar a Dios, ¿qué mejor manera de hacerlo que permitir que la fuerza de Dios se magnifique en su debilidad? Como resultado, Pablo dijo que alardearía de sus debilidades. Sean cuales sean sus problemas físicos, ¡estaría orgulloso de ellos!

La razón por la que podía sentirse así es porque esos problemas le permitían experimentar el poder de Cristo reposando sobre él. Debido a ese poder, solo cuando era débil Pablo era verdaderamente fuerte (2 Corintios 12:9). Pablo viviría por el poder del Hijo resucitado que moraba dentro de él.

¡Qué lección tan dura! Pablo está diciendo que el poder de Dios se ve más claramente en un recipiente humano que está atravesando dificultades. En esa persona, los demás pueden ver lo que ese poder puede hacer. Podemos fijarnos en la vida de Pablo y contemplar lo que Dios hizo con un recipiente tan débil. ¡Qué grande era su poderoso Salvador!

Ese fue ciertamente el caso de Jesús mismo. Uno no podría estar en una condición física más débil que Él en la cruz. Había sido brutalmente golpeado con un látigo. Llevaba una corona de espinas. Sus amigos lo habían abandonado. Había sido traicionado por uno de los más cercanos a Él. Había sido injustamente condenado por Su propia nación, así como por los romanos. Desnudo, fue clavado a un madero. Experimentó la más cruel de las muertes.

Sin embargo, ¡qué poder se manifestó en toda esa debilidad! En su vergonzosa muerte, el Hijo de Dios quitó los pecados del mundo. Su muerte aseguró que todo creyente en Él recibiría vida eterna, una vida que nunca podría perderse. En su muerte, venció a la muerte misma, el mayor de todos los enemigos. Tal poder y tal gracia solo podían verse a través de las adversidades que Jesús soportó, a través de Su debilidad.

Pablo llegó a entender que el poder de Dios se manifiesta más claramente cuando actúa a través de la debilidad. Es en la debilidad donde Dios realiza grandes cosas.

Pero ese era Pablo. Tenemos la tendencia a pensar que alguien como él estaba en un nivel espiritual diferente al resto de nosotros. ¿Es posible que Dios haga lo mismo con personas como yo y los lectores creyentes de este libro? ¿Podrían aquellos que atraviesan momentos difíciles transformarse en púlpitos que proclamen a viva voz la gracia y el poder de Dios?

Sin duda, la respuesta es sí. Pablo nunca diría que lo que él experimentó solo estaba disponible para personas especiales como él.

Muchos creyentes pueden dar testimonio de momentos en sus vidas cuando, en tiempos difíciles, pudieron mostrar a otros cómo la gracia y el poder de Dios los sostenían. Durante un breve periodo, mi esposa y yo formamos parte de ese grupo de creyentes. Te pido que me permitas hablar de lo que sucedió.

No es solo para Pablo

Cuando nacieron Amy y Elisabeth, nos dijeron que era muy probable que no sobrevivieran. Las primeras setenta y dos horas fueron críticas. Si lograban pasar esos tres primeros días, sus probabilidades de sobrevivir aumentaban considerablemente. Pam y yo nos centramos en ese plazo de setenta y dos horas, un objetivo a

corto plazo que queríamos alcanzar desesperadamente. Nuestras oraciones se centraban en ese objetivo. No pensamos en los problemas de salud que podrían tener las gemelas a largo plazo a causa de su nacimiento prematuro.

Las niñas, por supuesto, estaban en la UCI pediátrica. Había ciertas horas en las que podíamos visitarlas, y cada visita era una dura experiencia. Teníamos que lavarnos las manos concienzudamente y usar ropa protectora. No podíamos sostener en brazos a ninguna de las niñas, pero sí tocarlas y hablar con ellas. Tenían tubos y diferentes monitores conectados a varias partes de sus cuerpos. Había una enfermera asignada a cada bebé, y siempre estaba junto a sus camas para atender cualquier necesidad y responder a cualquier pregunta que tuviéramos.

Las niñas eran muy pequeñas. El peso de Amy llegó a bajar a aproximadamente una libra y media, y Elisabeth a dos libras y cuatro onzas.

A medida que se acercaba el final del segundo día de sus vidas, nos animaba la idea de que íbamos a alcanzar el objetivo por el que orábamos. La última oportunidad de visitarlas fue a las once de la noche. Pam había dado a luz a las niñas por cesárea, así que seguía en el hospital. Después de visitar a las niñas, subimos a la habitación de Pam y nos quedamos dormidos.

Unas dos horas más tarde, sobre la una de la madrugada, la puerta de la habitación de Pam se abrió y la luz del pasillo se coló por ella. La luz, junto con la voz de la doctora de las niñas, nos despertó. Nos dijo que teníamos que bajar a ver a Amy. En mi estado medio dormido y confuso, le expliqué que acabábamos de hacerlo, a la hora de visita programada. Supuse que ella pensaba que nos habíamos olvidado de las horas de visita y habíamos desaprovechado la oportunidad de visitarlas.

Mientras le aseguraba que todo estaba bien, me interrumpió. Dijo: “Señor Yates, Amy ha sufrido una hemorragia cerebral masiva.

No creo que sobreviva esta noche. Usted y la señora Yates tienen que venir a despedirse de ella”.

Es extraño cómo reaccioné a sus palabras, como si no me hubieran llegado. Creo que Pam reaccionó de la misma manera. Supongo que simplemente pensé que la doctora se había equivocado. Tal vez, debido a mi corta edad, no podía concebir que algo así sucediera. Y lo que era más importante, *acababa* de ver a Amy y estaba bien, a pesar de las circunstancias. Casi para aplacar a la doctora, nos levantamos y nos pusimos en marcha hacia la UCI. Pam seguía dolorida por la cesárea y tuvimos que usar el ascensor. No recuerdo haber dicho nada en ese trayecto. Estoy seguro de que pensaba que, una vez allí, todo este lío se arreglaría. Tal vez pensé que la doctora había confundido a Amy con otro bebé.

Desde la zona de desinfección no podíamos ver a las niñas. Pero después de lavarnos las manos y ponernos la ropa adecuada, Pam y yo fuimos llevados a la camita de Amy en la UCI. Cualquier intento en mi cabeza de negar lo que estaba pasando se disipó rápidamente cuando la doctora abrió la puerta de la habitación, y nos enfrentamos a la realidad. Habían retirado algunos de los tubos del cuerpo de Amy. Había sangre por toda la sábana blanca sobre la que estaba acostada. Lo más llamativo era el color de su piel, que se había vuelto de un tono que parecía negro. Debía de ser un azul muy oscuro.

La enfermera estaba cerca, y lo primero que le pregunté fue acerca del color. Me dijo que, debido a la hemorragia cerebral, la sangre de Amy no podía transportar oxígeno a todo el cuerpo. No entendí los detalles, pero simplemente acepté lo que me dijo.

Entonces le pregunté por la sangre. Me explico que para liberar parte de la presión del cerebro de Amy, tuvieron que hacerle una punción lumbar. Eso produjo que la sangre se derramara sobre las sábanas de su cama de la UCI.

Tampoco entendía los pormenores de eso. Pero sí entendí una cosa: la doctora tenía razón. Amy no iba a llegar a ese tercer día. Moriría esa noche. De hecho, no estaba seguro de que no hubiera muerto ya. Tenía un color negro y no se movía, salvo por los movimientos que le provocaban las máquinas que tenía conectadas.

Pam y yo también teníamos claro que estábamos allí para dar el último adiós a nuestra hija. La siempre presente enfermera nos dejó para que estuviéramos con Amy a solas. Había otras enfermeras en la habitación y también algunos médicos. Éramos conscientes de su presencia, pero también de que no estaban allí para proporcionar ayuda médica a Amy. Ya era tarde para eso. No podían hacer nada por ella. Se mantuvieron a distancia y respetuosamente nos permitieron tener un momento privado.

Sé que dábamos lástima. ¿Qué ser humano podría ver lo que estábamos atravesando sin compadecerse de nosotros? Antes del nacimiento de las gemelas, nunca había estado en una UCI. Desde luego, nunca había visto lo que estaba viendo con mis ojos.

Cualquier padre entenderá cómo reaccionamos Pam y yo. Estábamos de pie junto a una cama que contenía lo que creíamos que era el cuerpo muerto de nuestra hija. Clamamos a Dios para que la salvara. Estábamos llorando. Nos dimos cuenta de que estábamos completamente desamparados. No podíamos hacer nada. No había nada que nadie en aquella habitación pudiera hacer por nosotros, a pesar de que tuvieran años de formación médica. Todo ese equipo médico moderno a nuestro alrededor tampoco podía ayudarnos en nuestro dolor.

Mientras estaba junto a la cama, me sentí identificado por primera vez con los sufrimientos de Pablo. Pablo describió su debilidad al enfrentarse a su ceguera. Su ministerio lo llevó a menudo a temer por su vida. Todos los padres saben que lo que digo es cierto. Yo sufría más que Pablo en esta situación particular. Con gusto habría aceptado quedarme ciego para que Amy viviera. Con

gusto habría cambiado mi vida por la suya si hubiera tenido el poder de hacerlo. Pero no lo tenía. En ese momento, comprendí exactamente por lo que había pasado Pablo cuando le pidió a Dios que le quitara el aguijón clavado en la carne. Comprendí lo débil que se sentía.

No sé cuánto tiempo Pam y yo oramos y lloramos juntos en la UCI. Pero recuerdo muy claramente lo que ocurrió. En medio de ese dolor devastador, se produjo un cambio. Según recuerdo, ocurrió al mismo tiempo para Pam y para mí. Nuestras oraciones y lamentos se convirtieron en cantos. Ninguno de los dos tenemos inclinaciones musicales, pero empezamos a cantarle a Amy todos los viejos himnos que conocíamos y que hablaban del amor de Dios y de cómo Cristo había vencido a la muerte. Le dijimos con calma que Dios la amaba y que nosotros también. Le dijimos que, aunque la íbamos a echar de menos, nos alegrábamos por ella porque se iba con Aquel que la amaba más que nosotros. Pasamos de clamar a Dios para que no se la llevara a decirle que estaba bien que se fuera.

Mi abuelo, que había sido creyente, había muerto unos años atrás, y le pedimos que lo saludara. Le dijimos que teníamos muchas ganas de verla en el Reino de Dios, ¡y qué diferente se vería en aquel día! No habría máquinas ni sábanas ensangrentadas cuando nos volviéramos a encontrar.

Puede sonar extraño, pero pasamos de una profunda tristeza al regocijo. Ciertamente no éramos masoquistas, pero nos dimos cuenta, como Pablo, de la misma verdad: la gracia de Dios bastaba para nosotros, incluso en esta situación. Estábamos en presencia de la muerte, pero Cristo había vencido incluso a este enemigo. Tal era el poder de Dios. En nuestro momento más vulnerable, el momento más difícil que cualquier padre podría hacer frente, ese poder era capaz de sostenernos.

Pablo, en su debilidad, dijo que en esos momentos el poder de Cristo mora en nosotros (2 Corintios 12:9). ¿Es mucho decir que lo

que ocurrió en esa UCI fue un ejemplo de tal poder? Pam y yo creemos que viviremos para siempre porque hemos creído en Jesús para vida eterna. Si morimos físicamente, Cristo resucitará nuestros cuerpos muertos de la tumba. ¡Eso es poder! Nunca en nuestras vidas habíamos predicado ese mensaje más claramente que en la UCI durante esas primeras horas de la mañana. Los médicos y enfermeras que nos vieron y escucharon se dieron cuenta de que habíamos puesto nuestra esperanza en Aquel que resucitaría a Amy. Él estaba con nosotros. Gracias a Él, el horror que teníamos ante nosotros no era el capítulo final. Su poder se magnificaba en nuestra debilidad, y ese poder nos permitió responder como lo hicimos.

Nos quedamos con Amy esa mañana, sin saber qué iba a pasar. ¿Vendría alguien a decirnos que estaba oficialmente muerta? ¿Nos preguntarían si queríamos quitarle el resto de cables y tubos? En cualquier caso, eso no fue lo que ocurrió. En cambio, poco a poco, Amy recuperó su color. Llegaría al tercer día. Nos dijeron que su cerebro había sufrido daños, pero no sabían el alcance de los mismos.

Fue una noticia difícil de aceptar. Pero nosotros, como Pablo, habíamos aprendido una valiosa lección: la gracia de Dios y el poder de Cristo son más que suficientes para cualquier circunstancia en la que nos encontremos.

Desearía poder decirle al lector que siempre recordé esa lección. Desearía poder decir que siempre que me enfrenté a dificultades después de aquel día, confié en la gracia y el poder de Dios para sostenerme y guiar mi manera de ver las cosas. Lamentablemente, si dijera tal cosa, sería mentira.

Pero había alguien allí con nosotros en la UCI que vivía estas verdades de una forma mucho mejor que yo. Elisabeth estaba en la cama junto a Amy cuando ocurrió todo esto. Por supuesto, en aquel momento no era capaz de entender lo que le había ocurrido a su hermana gemela. Pero más tarde escucharía la historia. Ella

interiorizó las lecciones que Pam y yo apenas pudimos entrever. Las aprendió en su totalidad. Dado que la debilidad caracterizaría cada parte de su vida, tuvo la oportunidad de confiar en la gracia y el poder de Dios de maneras extraordinarias. Tuvo la misma experiencia que Pablo. Yo, y muchos otros, tuvimos el privilegio de ver el poder de Cristo morando en ella y transformándola. Presenciar tales cosas era ser testigo de un milagro.

CAPÍTULO SEIS

Ver cómo ocurre un milagro

Muchos de nosotros hemos intentado imaginarnos a nosotros mismos en las historias de los milagros de Jesús relatadas en el Nuevo Testamento. Solo podemos suponer cómo habríamos reaccionado al verlo caminar sobre el mar de Galilea, convertir el agua en vino o dar la vista a los ciegos.

La reacción de la gente que lo vio hacer tales cosas fue diversa. Algunos se asombraron. Algunos dieron gracias a Dios. Algunos creyeron en Él como el Cristo. Cuando echó dos mil demonios en una piara de cerdos, toda la región se llenó de “gran temor” (Lucas 8:37). Por otra parte, los líderes religiosos tenían envidia y lo acusaron de estar poseído por un poder maligno que le permitía hacer tales cosas.

Sin embargo, estoy convencido de que hubo una reacción universal, incluso entre sus enemigos. Casi puedo visualizarla. El despliegue de su poder dejó ciertamente a muchos con la boca abierta de asombro. En toda la historia, nadie había visto a un hombre hacer lo que Él hizo.

El mayor despliegue de poder en el ministerio de Cristo fue Su poder para resucitar a los muertos. En cierta ocasión, el Señor detuvo un cortejo fúnebre en el camino al cementerio, y una gran multitud presenció cómo le decía al hombre muerto que se levantara del ataúd. Es fácil imaginar toda una multitud con las bocas abiertas cuando el muerto se incorporó y habló. Lucas nos dice que el miedo se apoderó de todos ellos, glorificaron a Dios y difundieron lo sucedido por las ciudades de los alrededores (Lucas 7:11-17).

En otra ocasión, el Señor resucitó a una niña de doce años, y sus padres la vieron levantarse y andar. En una de las afirmaciones

que se quedan más cortas de todos los tiempos, se nos dice que estaban “llenos de asombro” del poder que presenciaron y de lo que había hecho por ellos (Marcos 5:42, RVR1977).

Cuando Jesús resucitó a su amigo Lázaro, que llevaba cuatro días muerto, las reacciones fueron diversas. Al ver una muestra tan clara del poder de Dios, muchos creyeron en Él como el Cristo. Algunos, aun reconociendo ese poder, por envidia, planearon matarlo a Él y a Lázaro (Juan 11:45-51).

Queda a nuestra imaginación cómo debió haber sido cuando el Señor se resucitó a Sí mismo y salió de la tumba. Se nos dice que solo la gloria del ángel, Su mensajero en la tumba, hizo que un grupo de soldados se desmayara de miedo (Mateo 28:4). Sin duda, Su propia gloria era incluso mayor que esa. Más tarde, Sus apariciones a los discípulos después de la resurrección provocaron temor, asombro y adoración.

Ninguno de nosotros ha visto nunca con nuestros propios ojos el poder que podía hacer que un cuerpo resucite de entre los muertos —solo logramos verlo a través de las palabras de las Escrituras—, pero podemos suponer que habríamos respondido de manera similar. Además, el Nuevo Testamento nos dice que el mismo poder que resucitó a Lázaro, a la niña pequeña, al hombre del ataúd y al Señor mismo, es nuestro también. Es el milagro del poder de la resurrección.

Las Escrituras dejan claro que el Espíritu Santo fue la fuente de ese poder. Cuando el Señor comenzó Su ministerio, el Espíritu descendió sobre Él en Su bautismo (Marcos 1:10). En Su primer sermón, proclamó que el Espíritu estaba sobre Él y que Su ministerio se caracterizaría por milagros realizados en ese poder (Lucas 4:18).

Los creyentes de hoy en día a menudo no son conscientes, pero ese mismo Espíritu mora en ellos. La noche en que Jesús fue arrestado, Él les dijo a sus discípulos que les enviaría el Espíritu después de morir. El Espíritu moraría en ellos permanentemente. La

doctrina de la Trinidad nos dice que Dios es Uno, pero existe en tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Jesús y el Espíritu son uno. Cuando Jesús les dice a los discípulos que les enviará Su Espíritu, les dice que Él mismo estará con ellos (Juan 14:16-18).

El Día de Pentecostés se cumplió esta promesa del Señor. El Espíritu cayó sobre los discípulos en el aposento alto en el que se encontraban (Hechos 2:1-4). Pablo escribiría más tarde que todos los que creen en Jesús para vida eterna tienen también el Espíritu (1 Corintios 12:13). Todo creyente puede proclamar que el Espíritu, y por tanto Cristo, mora en su interior (Romanos 8:9-10).

No es exagerado decir que esto significa que el poder que puede dar vida a los muertos vive dentro del creyente. Pablo lo afirma específicamente: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:11).

¿Qué está diciendo Pablo? El creyente en Cristo tiene el mismo poder que resucitó a Cristo de entre los muertos. Es el mismo poder que Cristo empleó para resucitar a otros de entre los muertos. Pero ninguno de nosotros ha levantado un cuerpo de entre los muertos. Ni siquiera lo hemos visto con nuestros propios ojos. ¿Podemos creer que ese poder vive en nosotros?

Para entender lo que Pablo está diciendo, debemos contemplar el cuerpo muerto que él dice que puede ser resucitado. Es *nuestro* cuerpo mortal. Vivimos en cuerpos que están muertos (Romanos 7:24). Obviamente, Pablo no está diciendo que vivimos en cuerpos físicamente muertos. Lo que quiere decir es que nuestros cuerpos físicos no son capaces de hacer nada que agrade a Dios. Pablo lo dice de esta manera: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Romanos 7:18). Los cuerpos físicos de los creyentes no pueden producir vida espiritual y paz por sí mismos. En términos muy sencillos, diríamos que nuestros cuerpos mortales son

incapaces de producir el fruto del Espíritu. En ese sentido, están muertos.

Sin embargo, el Espíritu de Dios, que mora en el creyente, puede producir esta vida en nuestros cuerpos “muertos”. Podemos experimentar esta especie de resurrección de entre los muertos.

Esto suena filosófico y difícil de entender, tal vez porque lo que está diciendo Pablo es difícil de creer. En términos simples, Romanos 8:11 afirma claramente que los creyentes pueden experimentar una especie de milagro de resurrección.

Muchos cristianos leen tales afirmaciones y piensan que cosas tan maravillosas no son para creyentes “comunes” como nosotros. Pero la enseñanza de Pablo es clara: Cristo, a través de Su Espíritu, vive dentro de aquel que ha creído en Él para vida eterna. El Cristo resucitado puede ahora vivir a través de cada creyente y demostrar Su poder en las obras que el Espíritu realiza en nuestros cuerpos muertos.

Otra forma de expresar esta idea es que a medida que los creyentes andan en el Espíritu, el Espíritu los hace más como Cristo. ¡Qué increíble es esta promesa! En nuestros cuerpos muertos, el Señor resucitado puede obrar y ser visto obrando en nosotros. El mundo puede ver al Cristo resucitado en nosotros mientras nos hace más como Él.

Cuando leemos la Palabra de Dios, vemos al Señor y su gloria en sus páginas. Aprendemos lo que Él desea de nosotros y, en Su ejemplo, lo que Él quiere que seamos. Nuestros cuerpos mortales muertos nunca podrían alcanzar eso, pero el Espíritu de Dios sí. En 2 Corintios 3:18, Pablo lo expresa de esta manera: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

Cuando veo la imagen del Señor glorioso en el Nuevo Testamento, soy consciente de cuán lejos estoy. ¿Cómo podría

alguno de nosotros esperar ser transformado a Su imagen y llegar a ser más como Él? Es casi imposible de creer. Pablo dice que se necesitaría el poder que resucitó a Cristo de entre los muertos para lograr una obra como esa en la vida de Sus hijos.

Al igual que cualquier creyente, puedo aceptar por la fe que tal poder de resurrección existe, aunque no he visto los milagros de resurrección de Jesús con mis propios ojos. Pero tengo una ventaja en esta área que muchos otros creyentes no tienen. Aunque nunca he visto un cuerpo físicamente muerto levantarse de la tumba, he presenciado ese poder de resurrección obrando en otro tipo de cuerpo muerto. De hecho, pude verlo durante más de treinta años.

Como todos nosotros, Elisabeth vivió en un cuerpo espiritualmente muerto. Era incapaz de producir fruto agradable a Dios. Desde una perspectiva humana, esta incapacidad era aún más gráfica en el caso de Elisabeth. Físicamente, su cuerpo era débil e incapaz de hacer lo que el mundo consideraría beneficioso. En muchos sentidos, era incapaz de hacer actividades cotidianas, no milagrosas. Pero qué milagro realizó el Señor en ella. En *ese* cuerpo, vi en acción el poder de la resurrección del Señor resucitado mientras la hacía más como Él.

De una manera muy real, sus limitaciones físicas hicieron brillar ese poder de una manera aún más gloriosa al ver lo que su Rey hizo en ella. Cuanto más débil es el recipiente, más claramente se ve el poder del Señor resucitado. Como nos dijo Pablo, la fuerza se perfecciona en la debilidad.

Elisabeth

CAPÍTULO SIETE

¿Cómo lo hizo?

¿De qué manera el poder del Señor, a través de Su Espíritu, hace que una creyente como Elisabeth sea más como Cristo? Lo hace guiando a esa creyente por caminos semejantes a los que Él transitó. Un creyente es alguien que ha creído en Jesús para vida eterna. Pero no todos los creyentes son discípulos. Un discípulo es un creyente que desea ser más como Cristo. Inherente a la palabra “discípulo” está la idea de seguir al Señor. Significa ser un estudiante. Un discípulo es alguien que aprende cosas del Señor. A medida que el discípulo camina tras las huellas de Cristo, Él le enseña las cosas que necesita saber. Él utiliza esas experiencias para hacer que el discípulo sea más como Él.

Una persona no tiene que ser un erudito de la Biblia para entender que Cristo transitó por un camino difícil, tal y como los profetas del Antiguo Testamento predijeron. Toda su vida estuvo llena de adversidades, que culminaron en su ejecución. Desde una perspectiva humana, las dificultades por las que pasó Cristo le permitieron aprender a confiar en su Padre durante esos momentos. Le enseñaron, a través de la experiencia, el coste físico de obedecer a Su Padre en esas situaciones (Filipenses 2:8; Hebreos 5:8). Aprendió a ser paciente y a ser resistente a través del dolor físico, lo que le enseñó a mirar más allá de las dificultades, hacia el mundo venidero (Hebreos 12:2). Su sufrimiento también le permitió comprender por lo que pasarían Sus seguidores cuando ellos mismos atravesaran tiempos difíciles.

No debe sorprendernos, pues, que cuando veamos a un creyente que es como Cristo, encontraremos que ha pasado por

dificultades. El Espíritu se sirvió de esas experiencias para producir esa transformación.

Pero, ¿de qué tipo de dificultades estamos hablando? ¿Qué tipo de adversidades puede usar el Espíritu de Dios para hacer que un creyente se parezca más a Cristo?

No es solo persecución

A veces, cuando pensamos en la vida cristiana, tendemos a centrarnos solo en un tipo de dificultad, que es la persecución. Admiramos a los creyentes en países extranjeros que son encarcelados o incluso ejecutados a causa de su fe. Es fácil ver que esos creyentes, que son fieles en esas circunstancias, están caminando sobre las mismas huellas de Cristo. En definitiva, Jesús fue perseguido por lo que predicaba, y ninguno de nosotros discutiría que un creyente que experimenta sufrimientos y rechazos similares será recompensado cuando Cristo regrese.

Todos hemos oído hablar de personas así. La propia Biblia está repleta de tales ejemplos. Admiramos a personas, como Esteban en Hechos 7, que fue apedreado hasta la muerte por su fidelidad al enseñar la verdad sobre el Señor, incluso en medio de una oposición tan fuerte. Pablo sufrió como misionero por predicar sobre Jesús, y también pagó por ello con su vida. El Nuevo Testamento está repleto de referencias a cristianos castigados por las autoridades gubernamentales simplemente por practicar la fe cristiana.

Los creyentes de todas las épocas han sufrido y siguen sufriendo por las mismas razones. Han sido encarcelados, torturados, separados de sus familias e incluso asesinados, especialmente en países con líderes autoritarios o comunistas. Por ejemplo, Watchman Nee, un líder cristiano en China, murió en prisión tras veinte años de cautiverio. Muchos de los que sirvieron con él tuvieron el mismo destino. Uno puede leer acerca de su vida

y ver cómo aprendió a ser paciente y resistente a través de las cosas por las que pasó. No era difícil ver a Cristo obrando en él mientras confiaba en Cristo a través de sus sufrimientos.

Pero, ¿son solo este tipo de dificultades las que el Espíritu puede usar en nuestras vidas? Muchos cristianos, especialmente en Occidente, nunca estarán sujetos a tales cosas. ¿Y qué sucede con las adversidades que atraviesa el creyente “común”? Me refiero a situaciones como la pérdida de la seguridad financiera o de la salud, la pérdida de un familiar o incluso la lucha contra deseos pecaminosos. ¿Puede el Espíritu usar estas cosas para enseñarnos a confiar en la fuerza del Señor y volvernos más como Él? ¿Podemos soportar fielmente tales cosas, dando gracias al Señor por enseñarnos lo que necesitamos saber, y agradeciendo que el Espíritu nos está haciendo más como nuestro Salvador en el proceso? ¿Qué hay de las dificultades que sufrió Elisabeth? Ella nunca fue encarcelada ni torturada por su fe, pero pasó por muchos otros tipos de dificultades.

Con solo un poco de reflexión, la respuesta a estas preguntas es obvia. Las adversidades, dificultades, pruebas y sufrimientos pueden presentarse de muy diversas formas y, sin importar cómo lleguen, brindan a los hijos de Dios la posibilidad de aprender a confiar en Cristo. Nos abren la vía para orientar nuestra atención hacia el mundo venidero, al hacernos conscientes de la naturaleza temporal de nuestros sufrimientos. Representan, además, una oportunidad para mostrar al mundo nuestra dependencia de Cristo, tal como Él dependía de Su Padre.

Afortunadamente, esto no es solo una opinión. La Biblia nos dice que las aflicciones, usadas por el Espíritu de Dios en la vida de los creyentes, pueden venir de varias maneras. En Romanos 8:16-17, Pablo habla del sufrimiento por Cristo. Más adelante, ofrece una lista de cosas que pueden causar sufrimiento: tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro y espada (Romanos 8:35).

Parece evidente que las palabras “persecución” y “espada” apuntan a los sufrimientos que los cristianos fieles experimentan en determinadas situaciones a causa de su fe, como le ocurrió a Watchman Nee en China y a Esteban y a Pablo en el Nuevo Testamento. La “espada” es una imagen del poder de los gobiernos para infligir tales castigos (véase Hechos 12:2 y Hebreos 11:37). Esta espada se ha usado para matar a creyentes fieles, y todavía se usa así hoy en día.

No obstante, las otras palabras que Pablo utiliza para describir los sufrimientos son más generales. La palabra “tribulación” es un ejemplo de esto. En Hechos 7:11, se describe lo que le sucede a la gente cuando no tiene suficiente para comer. En 1 Corintios 7:28, se dice que los creyentes casados experimentan tribulación cuando tienen que mantener a sus familias. Los líderes de la iglesia pasan por tribulación cuando hay desacuerdos en la iglesia (2 Corintios 2:4). Los creyentes que pasan por escasez financiera también (2 Corintios 8:12). Santiago dice que las vidas de las viudas y los huérfanos experimentan “tribulación” debido a sus circunstancias sociales y económicas (Santiago 1:27). Muchas mujeres estarán totalmente de acuerdo con lo que el Nuevo Testamento afirma acerca de la “tribulación” que una mujer soporta durante el parto (Juan 16:21).

Aunque tanto la persecución como la tribulación causan sufrimiento, hay una diferencia entre ellas. El Señor mismo distinguió entre un creyente que es perseguido y uno que experimenta tribulación (Mateo 13:21). Pablo está diciendo que ambas cosas pueden ser usadas para hacer al creyente más como Cristo.

La palabra “angustia” en Romanos 8:35 también describe muchas cosas que pueden causar sufrimiento en la vida del discípulo: cualquier situación estresante en la vida de una persona. En el Antiguo Testamento se usaba para describir la sensación de

enfrentarse a un peligro (Isaías 30:6). En la literatura de la época de Cristo, se utilizaba para describir una situación económica difícil o maltrato por parte de la propia familia. Es fácil ver cómo una persona que pasa por una enfermedad grave o problemas en las relaciones personales, como una mujer abandonada por su marido, experimenta “angustia”.

Una persona puede vivir en un país que experimenta “hambre” sin sufrir persecución a causa de su fe cristiana. La palabra en sí tiene el significado común de pasar hambre. Por ejemplo, el hijo pródigo, que había malgastado su dinero y no podía comprar alimentos, estaba dispuesto a comer la comida para los cerdos que cuidaba (Lucas 15:17). Jacob y su familia tuvieron que trasladarse a Egipto a causa del “hambre”, ya que había mucha más comida en Egipto que en su país de origen (Hechos 7:11).

Las palabras “desnudez” y “peligro” también pueden describir varias situaciones distintas. Por ejemplo, una persona pobre en la Biblia experimentaba desnudez al no contar con los recursos financieros suficientes para vestirse adecuadamente. Del mismo modo, uno podría estar en peligro porque se encontraba en una situación peligrosa, tal y como nos sentiríamos hoy si nos perdiéramos en una ciudad desconocida, deambulando por un callejón oscuro. Pablo empleó este término para describir el nivel de cautela que debía mantener al viajar, dado que siempre existía el peligro de cruzarse con ladrones. Cualquier persona que padeciera una enfermedad grave también estaría en una situación de peligro. Una vez más, una persona no tiene que ser perseguida por las autoridades políticas para encontrarse con dificultades.

En un capítulo anterior, vimos cómo Pablo describió sus sufrimientos por Cristo cuando experimentó un aguijón en la carne. Tales sufrimientos le permitieron disfrutar del poder de Dios obrando en él. En 2 Corintios 12:10, enumera muchos tipos diferentes de sufrimientos. Algunas de las palabras son las mismas

que las utilizadas en Romanos 8:35, pero añade otras nuevas: “debilidades”, “afrentas” y “necesidades”.

Una persona con “debilidades” pasa por un período de debilidad, a menudo debido a una enfermedad. El amigo íntimo de Pablo, Timoteo, experimentó esto debido a cierto tipo de enfermedad estomacal (1 Timoteo 5:23). En un uso interesante de la palabra, Pablo dice que llegó por primera vez a la iglesia en Corinto con sentimientos de tal incapacidad que se sintió débil debido a la “debilidad” (1 Corintios 2:3). Esto probablemente se refiere a algún tipo de dificultad física.

Una “afrenta” se produce cuando una persona pasa por cualquier tipo de adversidad. En Hechos 27, se utiliza para relatar lo sucedido cuando un barco naufragó en una isla y perdió toda su carga. También se dice que los daños que la lluvia puede infligir a la propiedad suponen una afrenta para el propietario. En términos modernos, podríamos decir que el dueño de un negocio cristiano que experimenta una pérdida financiera severa se ajusta a esta descripción.

Un creyente puede tener “necesidades” en diversas situaciones: la necesidad de buena salud, el alivio de la angustia o incluso la necesidad de paciencia para soportar las dificultades. En 2 Corintios 6:4, Pablo utiliza esta palabra para describir su necesidad de paciencia al tratar con ciertos cristianos de Corinto que se oponían a su ministerio. He aquí un ejemplo de sufrimiento con Cristo que tenía que ver con la forma en que otros cristianos trataban a Pablo, ¡no con la forma en que el mundo incrédulo lo perseguía! Era como si le dijera a Cristo: “Señor, ayúdame a servir a Tu gente. ‘Necesito’ paciencia para hacerlo”. Quizás algunos lectores de este libro hayan experimentado estas cosas al relacionarse con otros creyentes en su iglesia.

Otro libro del Nuevo Testamento también nos enseña que los sufrimientos pueden venir de muchas formas diferentes. Santiago

califica de “diversas” las pruebas por las que pueden pasar los cristianos. Lo esencial, según Santiago, es recordar que el Señor puede utilizar tales cosas para enseñarnos lo que desea para nosotros, y aquellos que permitan que el Señor les enseñe en estas circunstancias recibirán una corona del Señor (Santiago 1:2-12). Lo que Santiago está diciendo es que Cristo puede utilizar estas pruebas diversas para lograr el tipo de vida que Él recompensará.

Llegado a este punto, solo queda señalar que en Santiago 1:2, el autor nos dice que los cristianos deberían considerar las diversas pruebas en sus vidas como fuentes de gozo. Al igual que Pablo en Romanos 8 y 2 Corintios 12, estas adversidades pueden tener una influencia positiva en la vida de un creyente. Pablo coincide con Santiago cuando dice que los creyentes pueden dar gracias a Dios por sus dificultades porque Dios puede utilizarlas para producir la clase de carácter que Él aprueba (Romanos 5:3-4).

Como vivimos en un mundo caído, estamos rodeados de dificultades. Cuando nos enfrentamos a ellas, tenemos dos opciones: confiar en el poder de Dios o llenarnos de amargura. Cuando confiamos en la gracia de Dios, el Espíritu puede obrar en nosotros durante esos momentos de debilidad y hacernos más como el Señor.

¿No es emocionante?

Sin embargo, muchos cristianos, especialmente los que viven en países como Estados Unidos, pueden leer acerca de sufrir con Cristo y concluir que no tienen la oportunidad de experimentar tal cosa. En Marcos 8:34-38, Jesús dijo a Sus discípulos que iba a tomar una cruz e ir a Su muerte. Luego les dijo que hicieran lo mismo. Literalmente les estaba diciendo que siguieran los mismos pasos que Él iba a seguir. Ellos debían seguirlo a Jerusalén, donde le aguardaba ese destino. Si lo seguían, tendrían que enfrentarse a las mismas personas que le dieron muerte.

Sin embargo, ¿cuántos de nosotros estaremos cerca de vivir algo así? Pocos de nosotros experimentaremos alguna vez la persecución del gobierno o seremos torturados por nuestra fe.

¿Y qué pasa con Elisabeth?

Elisabeth a menudo sentía que sus limitaciones físicas la hacían especialmente inmune a tales peligros y limitaban su forma de servir al Señor. ¿Cómo podría seguir a Cristo con audacia y públicamente en el discipulado, cuando ni siquiera podía dar un paso por sí misma? Ella nunca podría caminar de manera literal por el sendero de sufrimiento de su Rey, ni aprender las lecciones que implica transitar por ese sendero. Ni siquiera tendría la oportunidad de mostrar su disposición de sufrir persecución por Él. Ella ciertamente no podría tomar una cruz literal y seguirlo a Jerusalén.

Sin embargo, Pablo y Santiago dejan claro que cualquier creyente puede sufrir con Cristo. El Espíritu del Señor que mora en cada cristiano puede usar muchas cosas para enseñar a un discípulo a confiar en Él, a aprender paciencia y resistencia, a anhelar el mundo venidero, y a ser transformado a semejanza del Varón de Dolores. Uno de los mayores privilegios que he experimentado fue ver cómo Él hacía eso en la vida de Elisabeth.

CAPÍTULO OCHO

El fruto del Espíritu

El fruto del Espíritu (Gálatas 5:22-23, RVR1977) describe lo que el poder del Espíritu de Dios puede producir en la vida del creyente: amor, gozo, paz, paciencia (entereza durante el sufrimiento), benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio. Los padres que han enviado a sus hijos a la escuela bíblica de vacaciones, o a un programa cristiano para niños como AWANA, probablemente reconocerán estas palabras de una canción popular que sus hijos aprendieron a cantar.

Esta lista muestra que no podemos producir estas cosas en nuestro propio poder. No podemos convertirnos en personas que se caractericen por el amor y el gozo, la benignidad o la mansedumbre. Esto solo puede ocurrir cuando Cristo nos transforma con *Su* poder sobrenatural. Cuando lo vemos a Él en las páginas del Nuevo Testamento, vemos la encarnación perfecta de todo este fruto.

Cuando hablamos de que Cristo nos hace más como Él, podemos afirmar que Él produce en nosotros el fruto de Su Espíritu. Estos dos conceptos, en realidad, hacen referencia a lo mismo. Ser como Cristo es mostrar la obra de Su Espíritu en nosotros. Otros pueden verlo. Puesto que es el propio Señor resucitado quien lo produce, otros pueden ver el poder de Su resurrección en nosotros.

Esta transformación solo puede ocurrir mientras caminamos por los senderos que Él recorrió. Él camina con nosotros, pero estos senderos implican dificultades, que son necesarias para producir el fruto del Espíritu de Cristo en nuestras vidas. Vemos en Su Palabra lo que Él pide de nosotros, y confiamos en Él para que nos convierta en lo que quiere que seamos: más como Él. Al verlo a Él en las

Escrituras —Su carácter y conducta— debemos pedir al Espíritu que produzca ese carácter y esa conducta en nuestras vidas. Esa debería ser nuestra constante oración.

A nadie le agrada pasar por dificultades de ningún tipo. Sin embargo, solo cuando el creyente comprende lo que Cristo puede conseguir a través de estas, logramos apreciarlas con la perspectiva adecuada. Podemos alegrarnos cuando pasamos por ellas, como dice Santiago, porque nuestro Señor las está usando para hacernos más como Él.

No obstante, existe otra razón por la que estas dificultades pueden ser una fuente de gozo. En el mundo venidero, Jesús reinará sobre todas las cosas. Será el Rey de reyes. Tendrá toda la autoridad. Y como se habló anteriormente, habrá diferencias en Su reino: algunos tendrán mayor autoridad que otros. La lógica nos dice que los que compartan la autoridad con el Rey serán los que más fueron como Él. El Nuevo Testamento nos enseña esto también. Los que serán grandes en el reino son aquellos que son como Aquel que es el más grande de todos.

Esto significa que cuando un creyente pasa por dificultades y le pide al Señor que use tales cosas para hacerlo más como Él, *ese creyente está pidiendo ser grande en Su reino*. Todos los creyentes estarán en el reino de Dios. Ninguno será excluido. La vida eterna no se puede perder. Pero el Señor desea que Sus hijos sean *grandes* en ese reino. Él quiere que cada hijo de Dios sea más como Él.

¿Has visto cristianos mansos y benignos? ¿Has visto creyentes que amaban a otros cristianos y soportaban pacientemente las pruebas, confiando en que el Señor cumpliera Su voluntad en ellos? Si es así, estabas viendo el poder de la resurrección del Señor obrando en ellos. Esas dificultades jugaron un gran papel en hacerlos de esa manera. Los creyentes que viven así serán grandes en el reino de Cristo. ¡No es de extrañar que Santiago diga que debemos regocijarnos cuando pasamos por dificultades!

Uno de los sermones más famosos que el Señor predicó se conoce como el Sermón del Monte. Es el primero de los sermones del Señor registrados en el libro de Mateo, y estaba dirigido a Sus discípulos. Al principio del sermón, el Señor les dijo cómo podían ser grandes en Su reino: poseyendo ciertas cualidades que reflejan Su propio carácter. Pero tales cualidades solo pueden alcanzarse a través de dificultades. La grandeza en el reino del Señor será concedida a aquellos que fueron hechos como Él a través de sus pruebas. Saber esto es la clave para entender el mensaje del Sermón del Monte.

Comienza en Mateo 5:3-12.



Elisabeth y Amy preparándose para su baile de graduación. Tenían 20 años.

CAPÍTULO NUEVE

Los bienaventurados

A menudo oímos a los cristianos utilizar la palabra “bienaventurado”. En la Biblia, tiene el significado esencial de ser feliz. Las personas que son descritas como felices son personas que han recibido el favor de Dios. El mundo, y desafortunadamente muchos cristianos, piensan que el favor de Dios se manifiesta en cosas como la salud, el éxito profesional, un buen matrimonio y una buena casa. Casi podemos escuchar a alguien decir: “Hoy conseguí un nuevo trabajo. ¡Qué bendición!”.

El predominio de esta actitud era evidente en el relato del hombre ciego de nacimiento. No disfrutaba de ninguna de las cosas mencionadas anteriormente, por lo que su comunidad, e incluso los discípulos, concluyeron que Dios no estaba complacido con él. Él o sus padres debían de haber pecado. La mayoría diría que ciertamente no era bienaventurado.

Como era de esperar, Jesús no estaba de acuerdo con esa valoración. En el Sermón del Monte, Jesús enumeró nueve cualidades, conocidas como las Bienaventuranzas, que indican que una persona está recibiendo el favor de Dios, y repetidamente afirmó que aquellos que muestran estas nueve cualidades son bienaventurados (Mateo 5:3-12). Claramente, a los que Jesús llamó felices no son los que el mundo considera felices.

En la epístola a los Gálatas, vimos que el Espíritu produce paz, mansedumbre, benignidad y bondad (Gálatas 5:22-23), cualidades sorprendentemente parecidas a las que Jesús mencionó en este

famoso sermón. Se podría argumentar que el fruto del Espíritu y las Bienaventuranzas describen, en esencia, lo mismo.

En el sermón, el Señor declaró que los apacibles, los misericordiosos y los pobres en el espíritu son bienaventurados, algo similar al fruto de ser manso y benigno. Es fácil ver cómo un discípulo benigno y manso del Señor sería uno que es apacible y misericordioso con los demás.

Según Jesús, los bienaventurados conocen el sufrimiento. No se llaman felices a los que tienen un gran trabajo o una gran casa, sino a los “afligidos” y los “perseguidos” por su fe.

Estas dos palabras (afligido y perseguido) implican que las dificultades son necesarias para producir un carácter piadoso en la vida del creyente. En el Sermón del Monte, Jesús se dirigía a los discípulos originales, que sufrirían persecución por su fe. De hecho, la mayoría de ellos acabarían siendo ejecutados por las autoridades gobernantes. Esta persecución les causaría mucha aflicción en sus vidas.

Una vez más, vemos aquí una conexión con el fruto del Espíritu: el afligido se encuentra en una situación en la que el Espíritu puede producir paciencia. Pero, como hemos visto, los cristianos pasan por otro tipo de dificultades que los llevan a la aflicción y a desarrollar el carácter descrito en el sermón.

Elisabeth es un ejemplo de ello. Y tales creyentes son tan “bienaventurados” como los discípulos originales.

Se puede decir que un creyente que “tiene hambre y sed de justicia” o posee un “corazón limpio” —cualidades mencionadas por Jesús en su sermón—, demuestra el fruto del Espíritu llamado bondad. Quizá la conexión más fácil de ver entre el fruto del Espíritu y las Bienaventuranzas es el fruto de la paz. El Señor dice que el favor de Dios descansa sobre el “pacificador”.

Incluso una lectura rápida de las Bienaventuranzas nos muestra que alguien que tiene tales rasgos es como el propio Cristo.

No es sorprendente que encontremos tales similitudes con el fruto del Espíritu, ya que solo Su propio Espíritu puede producir estas cualidades en la vida de un creyente. Ciertamente podríamos decir que una persona que es como Cristo es una persona feliz sobre la que vemos el favor de Dios.

Ser como Cristo es razón suficiente para ser llamado bienaventurado. Jesús fue el cumplimiento perfecto de todas las Bienaventuranzas. Nadie era más pobre en el espíritu que Aquel que se humilló y entró en Jerusalén montado en un pollino para ofrecerse como su Rey eterno. Él era ciertamente de corazón limpio, manso, misericordioso y justo. Sabía lo que era estar afligido y sufrir la persecución de los que tenían el poder político y religioso. Fue, como predijo el profeta Isaías siglos antes de Su muerte, “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3). Nadie fue tan manso como Aquel que dejó Su trono en el cielo y se hizo hombre para morir en una cruz. De hecho, Jesús utilizó estas mismas palabras para describirse a Sí mismo cuando dijo: “Yo soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29).

Nadie tuvo hambre y sed de un reino justo por venir como Él (Hebreos 12:2). Nadie fue tan misericordioso como Él, derramando Su sangre para que pudiéramos tener el perdón de los pecados. Nadie fue tan de corazón limpio como Él, ya que era el Hijo de Dios sin pecado. Nadie fue tan pacificador como Él, ofreciendo paz eterna con Dios a todos los que creen en Él (Romanos 5:1).

Sin embargo, las personas con estas cualidades no solo son bienaventuradas porque son como su Salvador. El Señor dice que son bienaventuradas porque serán grandes en Su reino. Como ya hemos visto, esto es lo que cabría esperar. Los que son como el Rey serán recompensados *en* Su reino. En las Bienaventuranzas, el Señor dice que esas personas no solo estarán *en* Su Reino, sino que lo *poseerán* (Mateo 5:3). No solo serán *ciudadanos en* ese reino, sino que lo *heredarán* (Mateo 5:5). Una persona que hereda algo se

convierte en dueño de lo que hereda. Para que no pasemos por alto lo que Jesús está diciendo, Él lo deja claro al final de las Bienaventuranzas. Es importante destacar que dijo que aquellos que son como Él recibirán una gran recompensa en el reino de los cielos (Mateo 5:12, RVR1995). Los que muestren las cualidades descritas en las Bienaventuranzas, los que muestren el fruto del Espíritu, serán recompensados.

La palabra “recompensa” cobra relevancia en este contexto. Se refiere a algo que una persona recibe por el trabajo realizado. Específicamente, describe el salario que se le paga a un trabajador cuando trabaja. Podría verse como el cheque que un empleado recibe a fin de mes. El Señor dice que el creyente que le es fiel será retribuido por el trabajo que desempeña para Él, al igual que un trabajador es retribuido por un trabajo bien hecho.

Este es un tema principal en el Sermón del Monte. Jesús, el maestro más grande que jamás haya existido, les estaba diciendo a Sus discípulos, en quizá su sermón más famoso, quién será grande en su reino. Específicamente, les habló de ser ricos en aquel día. En el siguiente capítulo, el Señor dijo a los discípulos:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan” (Mateo 6:19:20)

Si recordamos que Jesús estaba hablando a los discípulos, quienes ya tenían vida eterna, vemos que les estaba diciendo a aquellos que ya creían en Él, que podrían ser ricos cuando Él regrese para reinar. Algunos serán más ricos que otros. Algunos serán más grandes y tendrán más autoridad. Los creyentes tienen la oportunidad de hacerse tesoros, de invertir, en el reino venidero por

cómo viven sus vidas. Ciertamente, aquellos con mucho tesoro en ese reino serán aquellos que fueron como el Rey. Ellos hicieron lo que Él les dijo que hicieran, y el carácter del Rey se produjo en ellos. ¡Qué apropiado es llamarlos bienaventurados!

No es sorprendente que el último mensaje de Jesús a Sus seguidores incluyera el mismo mensaje que dio en el primer sermón de Mateo. El tema de ser ricos se encuentra en ambos pasajes. En Apocalipsis 22:12, el Señor le dice a la iglesia que Él vendrá pronto. Cuando Él venga, les pagará por el trabajo que han hecho:

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”.

Tenemos que recordar que nuestra salvación eterna no es el resultado de nuestras obras. Nuestra salvación eterna es un regalo (don) que no tiene nada que ver con nuestras obras. Pablo lo dice en Efesios 2:8-9:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues *es* don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (énfasis añadido).

Cuando creemos en Jesús para vida eterna, la recibimos como un regalo. Es dada por gracia. Lo que Jesús le dijo a la mujer en el pozo lo confirma. Él le dice que la vida eterna es el don de Dios y que Él puede dársela. También le dice que una vez que la tenga, nunca más tendrá sed de ella. No se puede perder nunca. Él compara creer en Él para obtener ese don con tomar un trago de agua:

“...mas el que bebiere del agua que yo le *daré*, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le *daré* será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:10, 13-14, énfasis añadido).

¡Lo que Jesús ofrece a esta mujer es la definición misma de la gracia!

Sin embargo, esto no es lo que el Señor describe en las Bienaventuranzas del Sermón del Monte. Es extremadamente difícil ser benigno con los demás, ser paciente, ser pacificador, vivir con rectitud y soportar las dificultades. Eso implica *mucho* trabajo. Pero cuando somos honestos con nosotros mismos, nos damos cuenta de que ninguno de nosotros puede hacer estas cosas por nuestra propia fuerza. Nadie puede leer las Bienaventuranzas y no darse cuenta de que necesitamos la ayuda de Dios si esperamos ser descritos en esos términos. Se necesitaría un poder sobrenatural. Cristo debe producir estos rasgos en aquellos creyentes que buscan ser como Él, y esas personas bienaventuradas muestran el carácter de Jesús en sus vidas.

¿Alguna vez has visto al Señor hacer eso en alguien? Yo he visto a una persona así con mis propios ojos. Tal y como el Señor nos enseñó, las dificultades en su vida jugaron un gran papel en lo que vi.

CAPÍTULO DIEZ

Bienaventurados los pobres en el espíritu

(Mateo 5:3-5)

Tal y como nos enseñó el Señor, dos de las cualidades que hacen bienaventurado a un creyente son que él sea “pobre en el espíritu” y “apacible”. Parece que estas dos cualidades están relacionadas. Tal vez ser pobre en el espíritu se centra en la actitud que uno tiene hacia Dios, mientras que ser apacible se centra en la actitud que uno tiene hacia los demás.

La idea de ser pobre en el espíritu suena extraña a los oídos modernos. ¿Qué quiso decir el Señor? La mayoría de los comentarios coinciden en que describe a alguien que es humilde, que no tiene un concepto demasiado elevado de sí mismo ni se considera mejor que los demás. Ser pobre en el espíritu es lo contrario de la arrogancia.

Es fácil ver cómo el Señor puede utilizar una vida llena de dificultades para producir este tipo de actitud en un creyente. Las pruebas muestran lo frágil y temporal que es la vida. Las dificultades pueden hacernos sentir empatía hacia quienes experimentan adversidades. Un cristiano que pasa por tales cosas puede llegar al punto de comprender que debe confiar en el poder de Dios y no en sus propias fuerzas. Eso es exactamente lo que Pablo aprendió cuando experimentó su aguijón en la carne.

Resulta interesante que en otra ocasión, el Señor predica un sermón similar en el que destaca que las dificultades pueden ayudar mucho a un discípulo a ser pobre en el espíritu. En Lucas 6, simplemente dice que el discípulo *pobre* es bienaventurado (Lucas 6:20). Si bien es cierto que un creyente puede llegar a ser pobre en

el espíritu sin pasar por dificultades económicas, es más probable que lo sea quien es pobre económicamente. En esos momentos difíciles, el Señor puede enseñarle a confiar en Él y no en sus propios recursos.

Esto es lo que Santiago quiere decir cuando afirma que a menudo es el creyente pobre el que es *rico* en fe (Santiago 2:5). El creyente pobre tiene el privilegio de ver cómo Cristo le sostiene en sus momentos de necesidad. Esto, a su vez, puede hacerlo pobre en el espíritu. Ciertamente, es humilde cuando considera su relación con Dios.

En algunas versiones de la Biblia en inglés, la palabra “apacible” se traduce como “amable”. La conexión entre ser pobre en el espíritu y ser apacible es obvia. Quizá podríamos ver la diferencia en que ser pobre en el espíritu conduce a ser amable. Una persona apacible y humilde es amable y considerada con los demás, especialmente con los necesitados. Esto se debe a que es consciente de su propia necesidad de depender de Dios. Esta persona tiene una comprensión innata de cuándo los demás necesitan ayuda. No se siente tan importante como para descuidar a los demás. Alguien apacible encuentra natural pensar en los necesitados y servirlos.

No creo que sea casualidad que Jesús mencione que los “afligidos” también son bienaventurados (Mateo 5:4), y que coloque esta bienaventuranza entre los pobres en el espíritu y los apacibles. Estar afligido implica sentir tristeza por alguna situación o circunstancia de la vida. Los creyentes afligidos por ciertas dificultades pueden comprender las dificultades de los demás y, como resultado, pueden ser apacibles o amables con ellos. Esto es particularmente cierto cuando recordamos que el Espíritu está enseñando y transformando a los hijos de Dios para que tengan tal empatía.

Un retrato bíblico

La conexión entre la aflicción provocada por las dificultades y la pobreza en el espíritu puede verse claramente en otro relato bíblico. Dos Evangelios narran la historia de una mujer que padeció de flujo de sangre durante doce años (Marcos 5:25-34; Lucas 8:43-48) y, como consecuencia de ello, sufrió tremendas adversidades. En esa sociedad, su condición la hacía religiosamente impura y era vista como pecadora. Cualquier persona a la que tocara también quedaría impura y tendría que someterse a un baño ceremonial. Su ostracismo social era evidente día a día cuando sus vecinos se mantenían alejados de ella y la advertían que no los tocara. Al igual que los padres del hombre nacido ciego, muchos la consideraban como alguien que estaba siendo castigada por algún pecado. Ella también era una paria religiosa.

Sin embargo, se enfrentaba a otras situaciones difíciles. Se nos dice que sufrió la ruina financiera porque había gastado todo el dinero que tenía en médicos, ninguno de los cuales pudo ayudarla. Aunque la Biblia no lo dice, podemos suponer que estaba sola. Si hubiera estado casada, es casi seguro que su marido la habría abandonado. En aquella cultura era fácil repudiar a una esposa, y su marido habría tenido muy buenas razones para hacerlo de acuerdo con la Ley. Seguir viviendo con ella habría resultado en la ruina económica y social, y además habría obstaculizado la práctica de su religión. Él habría estado en un constante estado de impureza si hubiera permanecido con ella.

Además de todo eso, la pérdida de sangre habría tenido un efecto terrible en su salud, llevándola finalmente a la muerte. En el mundo antiguo, esta mujer se encontraba en una situación desesperada. De hecho, no tenía esperanza y se habría resignado a ello. Era la imagen de alguien que tenía motivos para estar afligida.

Sin embargo, su suerte daría un giro milagroso. Oyó hablar de Jesús de Nazaret. Por los relatos, podemos concluir que creía que Él era el Cristo. El Antiguo Testamento, su Biblia, decía que cuando Cristo viniera, sería capaz de sanar a los enfermos. Ella había oído hablar de cómo Él había curado a innumerables personas de sus enfermedades. Acudió a Él.

Cuando leemos su historia, queda claro que sus adversidades, las razones para estar afligida, la habían convertido en una pobre en el espíritu. Sabía que Jesús podía sanarla, pero también sabía que no era digna de estar en Su presencia. En su mente, Él ciertamente no tendría el tiempo, ni el deseo, de ocuparse de ella de manera individual. Al igual que sus vecinos, este Enviado de un Dios infinitamente santo no querría tocarla.

Pero en su desesperación, y sin otra opción, *ella lo tocaría*. Ni siquiera pensó que Él le pondría las manos sobre ella para quitarle la enfermedad. Eso lo haría religiosamente impuro, y la posibilidad de que Él hiciera eso por ella ni siquiera se le pasó por la cabeza. Ni siquiera preguntaría.

Ella había escuchado que el contacto con Él podía sanar y que esa era la forma en que Él había sanado a muchos otros. Pero ella era diferente. Se veía a sí misma como completamente indigna de tal contacto con alguien, especialmente con el Cristo. En lugar de eso, intentaría tocar el borde de su manto. Lo haría de tal manera que Él ni siquiera sabría que estaba allí.

Esta manera de pensar no era solo producto de su incapacidad para tener contacto humano. Probablemente, también reflejaba una superstición común en el siglo I, según la cual la capacidad de sanar de un poderoso sanador se transfería a su ropa. Ella comprendía la grandeza de Cristo y veía Sus ropas como mágicas. Creía que el poder de Cristo era tal que incluso Su manto sería capaz de hacer lo que todos los médicos que ella había visitado no eran capaces de

hacer. Su creencia en ropas mágicas estaba desencaminada, pero ciertamente entendía y creía en el poder de Cristo.

Su humildad es evidente a lo largo de la historia. Si la gran multitud que rodeaba a Jesús hubiera conocido su condición, le habrían gritado que se fuera. ¿Cómo se atrevía siquiera a pensar que era digna de estar allí como miembro activo de la sociedad? Después de doce años, se había acostumbrado a esa forma de pensar y estaba de acuerdo con ella. Debía acercarse a Él en secreto. Mientras se abría paso entre la multitud, se puso *detrás* del Señor. No quería que Él supiera que estaba allí porque se veía a sí misma impura. En secreto, extendió la mano y tocó el borde de su manto. Solo podemos imaginar la adrenalina que estaba corriendo por su cuerpo al hacerlo.

Los evangelistas nos dicen que ella supo inmediatamente que había sido sanada. La respuesta natural a tal sanación milagrosa habría sido un grito de alegría y el deseo de compartir la buena noticia con los que la rodeaban. Pero incluso aquí, se ve su pobreza en el espíritu. Lucas nos dice que ella simplemente quería irse sin que nadie se diera cuenta (Lucas 8:47). Solo quería escabullirse, pasar desapercibida entre la multitud que rodeaba al Señor. El Cristo la había sanado, y para ella eso suponía más gracia de la que ella jamás podría haber esperado. Ciertamente, era más de lo que esperaba una persona pobre en el espíritu.

Pero ella recibiría aún más de Aquel que está *lleno* de gracia.

Jesús sabía que alguien había sido sanado al tocarlo. Quiso saber quién era y pidió a la persona que se identificara. Se nos dice que la mujer se acercó temerosa a Él, sin duda esperando que la reprendiera. ¿Qué diría Él cuando se diera cuenta de que una persona tan impura como ella se había atrevido a tocar a una Persona tan piadosa e importante? En su temor, pensó que tal vez Él incluso “desharía” la sanación. Él tenía el poder de maldecirla con alguna otra dolencia. Como persona pobre en el espíritu, ella

probablemente esperaba que eso era lo que merecía, especialmente después de haberlo tocado.

En lugar de eso, Jesús quería saber quién lo había tocado porque quería *hablar con ella*. Quería enseñarle. Quería hacerle saber que no era su creencia supersticiosa en ropas mágicas lo que la había sanado. Su fe en Él como el Cristo habría resultado en vida eterna para ella. Su fe en Su poder para sanarla —no en la tela de Su ropa— fue la causa de su liberación de la enfermedad.

Él no la reprendió. De hecho, la llamó “hija”, claramente un término afectuoso. ¡Qué sorprendente debió de ser eso para los oídos de esta mujer! Durante años había sido rechazada por sus vecinos, por los líderes religiosos y probablemente por su marido. Pero el Cristo quería ayudarla a comprender y discipularla. El Rey de reyes se preocupaba por alguien tan indigna como ella.

Después de este encuentro con el Señor, esta mujer desaparece de las páginas del Nuevo Testamento. Pero al menos, en algunos aspectos, podemos estar bastante seguros de lo que le ocurrió. Estoy seguro de que siguió siendo pobre en el espíritu, y me imagino que, cuando Jesús continuó enseñando en Galilea, estaría a menudo entre la multitud que escuchaba Sus palabras.

Un retrato moderno

En cierto modo, la vida de esta mujer se asemejaba a la de Elisabeth. Elisabeth tenía motivos para lamentar sus circunstancias. Las limitaciones físicas que padecía no solo le impedían hacer lo que la mayoría de las personas pueden hacer, sino que también le causaban un gran malestar y dolor. Pero fue un verdadero milagro ver cómo a través de estas cosas ella también se convirtió en alguien pobre en el espíritu y apacible.

El ejemplo más claro que recuerdo ocurrió cuando ella tenía unos quince años. Por las mañanas, Elisabeth, Amy y yo

esperábamos el autobús escolar y, cuando llegaba, yo aseguraba a Elisabeth y su silla de ruedas en la parte posterior. Amy se sentaba en el asiento en frente de ella. Había una niña, unos años más joven que Elisabeth, que también iba en la parte posterior con ella. Esta niña subía una o dos paradas antes que Elisabeth y Amy. Utilizaba una silla especial debido a que su parálisis cerebral era muy grave. Era ciega y no podía comunicarse. También me parecía obvio que no era consciente de su entorno. Era muy pequeña para su edad debido a la gravedad de su parálisis cerebral. Su cuerpo estaba prácticamente recto y completamente rígido. Creo que no podía doblar ninguna de sus articulaciones.

Una mañana, cuando Elisabeth, Amy y yo subimos al autobús, esta niña estaba gritando en lo que podría describirse como una mezcla entre dolor y miedo. Parecía que no entendía lo que estaba sucediendo. Tal vez algo le estaba doliendo. Era imposible saberlo. Estos gritos duraron todo el tiempo que estuve subiendo a Elisabeth en el autobús y asegurándola con las correas. Estábamos justo al lado de la niña y me sentía muy incómodo.

Me avergüenza admitir que me irritaba lo que estaba ocurriendo. Me molestaba que mis hijas tuvieran que sentarse junto a esa niña y oírla gritar de camino a la escuela. Me preguntaba por qué los padres de esa niña no la habían dejado en casa ese día, o por qué incluso la mandaban a la escuela. Era evidente que no entendía nada de lo que le enseñaban. Estaba bastante seguro de que en la escuela la habrían colocado en algún rincón, esperando simplemente que se callara.

También recuerdo que estaba deseando bajarme del autobús para no tener que oír los gemidos de aquella niña. Desde luego, tenía cosas más importantes que hacer.

Después de asegurar la silla de Elisabeth, me volví para salir por la parte delantera del autobús. Mientras caminaba por el pasillo, oí la voz de Elisabeth. Dijo: “No te preocupes. Seré tu amiga”. Miré

hacia atrás y la vi extender el brazo, con mucha dificultad, y tocar la mano de la otra niña. La niña dejó de gritar y se tranquilizó.

Aquella mañana, mi hija y yo tuvimos actitudes completamente diferentes en el autobús. Nuestras acciones reflejaban esas actitudes. ¿Era evidente quién de nosotros demostró el carácter de Aquel que predicó el Sermón del Monte?

Bienaventurados los afligidos. El Espíritu de Dios puede usar tales cosas para hacerlos pobres en el espíritu. Estos son los que son humildes ante Dios. El Espíritu puede usar tales cosas para hacerlos apacibles, aquellos que son amables con los demás. El Rey busca creyentes así. Ellos son los que serán grandes en Su reino. Y deberían serlo, porque son como el Rey. De hecho, se podría decir que Él estaba allí en el autobús.

CAPÍTULO ONCE

Bienaventurados los que tienen hambre de justicia

(Mateo 5:6-8)

En el Sermón del Monte, El Señor también menciona que los que tienen hambre de justicia y los que son limpios de corazón serán grandes en Su reino. De la misma forma que había una conexión entre aquellos que son pobres en el espíritu y aquellos que son apacibles, aquí también parece existir una relación. Se intuye una vinculación entre ser justo y ser de corazón limpio. Tal vez podríamos decir que ambas cosas implican amar lo que es bueno.

El Señor probablemente nos da una pista de lo que significa ser de corazón limpio. Más adelante, en el Sermón, dice: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). El de corazón limpio es el que espera la llegada del Reino de Dios. Su corazón, o afectos, no están en este mundo presente.

El corazón limpio no está contaminado por las cosas de este mundo. No vive según los estándares de este mundo. En este mundo, se valoran y envidian a los que tienen éxito, no a los afligidos. La humildad y la mansedumbre no son bienes codiciados.

Aquellos que tienen hambre de justicia son los que quieren ser más como Cristo, que era perfectamente justo. Tener hambre de justicia incluiría anhelar ver Su reino, donde el pecado ya no existirá y reinará la justicia (2 Pedro 3:13).

Aquellos que tienen hambre de justicia y los que son de corazón limpio buscan un mundo nuevo. Así como la aflicción

puede llevar a la humildad y la mansedumbre, también la aflicción puede conducir a estas cualidades. En este nuevo mundo que viene, donde mora la justicia, las cosas que causan aflicción serán cosas del pasado.

Sin embargo, el Señor profundiza más acerca de estas dos cualidades. Los que tienen hambre de justicia “serán saciados” (Mateo 5:6). He aquí una promesa maravillosa. Aquellos que quieren ser más como Cristo llegarán a ser más como Él en esta vida. El Espíritu hará a ese creyente más como Él, pero solo a través del poder del Señor resucitado.

Lo mismo es cierto para los de corazón limpio. Jesús afirma que tal creyente “verá a Dios”. Mientras que todos los creyentes estarán en el reino, aquellos que son de corazón limpio y esperan ese reino venidero “verán” a Dios obrar en sus vidas. Una vez más, verán el poder del Señor resucitado cambiándolos. Lo verán en sus propias vidas y otros también podrán “verlo” en ellos. Como resultado, los de corazón limpio encontrarán que sus mentes se vuelven más y más incontaminadas por los estándares de este mundo.

No es de extrañar que la aflicción en este mundo pueda ser utilizada por el Espíritu de Dios para producir estos milagros. Un creyente que atraviesa dificultades a menudo encuentra más fácil vivir y anhelar el mundo venidero.

Anteriormente, mencioné cómo Elisabeth a menudo hablaba de su anhelo por el regreso del Señor. Ella esperaba Su reino. Pablo dijo que habrá una corona especial para aquellos que esperan ese día. Habría sido fácil para alguien con las discapacidades y luchas de Elisabeth enojarse con Dios. Pero esas luchas también pueden tener el efecto contrario. El Espíritu de Dios puede usarlas para producir gratitud por la promesa del Señor de que tales aflicciones son temporales, ya que solo pertenecen a este mundo caído, que está pasando. Jesús prometió que Él traerá un reino justo, y cuando Él

venga, tales aflicciones ya no existirán. Los de corazón limpio esperan ese día.

Elisabeth tenía esta actitud. Poco después de convertirse en creyente, cuando tenía unos diez años, acompañó a su madre a la tienda. En el auto, Elisabeth de repente dijo: “Mamá, te voy a echar de menos”. A Pam le pareció una afirmación extraña. Después de todo, Elisabeth no podía ir a ningún sitio sin nuestra ayuda. Así que Pam le preguntó: “Libby, ¿adónde vas?”.

Incluso a esa corta edad ella mostró que el Espíritu de Dios estaba trabajando en ella. Ella dijo (y esto es casi una cita directa): “Mamá, mi cuerpo no es como el tuyo y el de papá. No voy a vivir tanto como vosotros. Pero no pasa nada. Espero el día en que vea al Señor y Él me dé un cuerpo nuevo. Solo quería que supierais que, aunque me hace mucha ilusión y estoy deseando que llegue ese día, os echaré de menos”.

A lo largo de los años, Elisabeth expresaría este mismo sentimiento. De vez en cuando, sacaba el tema en nuestras conversaciones. Me preguntaba qué decía la Biblia sobre la resurrección o cómo pensaba yo que sería en algún detalle particular. Su respuesta era invariable, incluso en su adolescencia.

Para entender cómo reaccionaba, hay que conocer una característica de la parálisis cerebral. Cuando una persona con parálisis cerebral se sobresalta o se emociona, no puede controlar sus movimientos. Es como si su cuerpo se sacudiera. Si uno de nosotros estaba dando de comer a Elisabeth y de repente alguien se acercaba por detrás, Elisabeth tenía un reflejo de sobresalto y todo su cuerpo saltaba. Muchos platos de comida se desperdiciaron de esta manera.

Cuando Elisabeth escuchaba un versículo sobre las promesas del reino venidero del Señor y lo que significaría para ella, o cuando yo le contaba lo que la Biblia dice sobre cómo será, ella respondía de esa manera. Escuchaba hablar del reino justo venidero en el que

cosas como la parálisis cerebral ya no existirían. En su emoción, todo su cuerpo se sacudía y se ponía rígido. La mejor manera de describirlo es que prácticamente saltaba en su silla de ruedas. Echaba la cabeza hacia atrás y soltaba un chillido. Y decía: “Papá, ¡qué ganas tengo!”.

Después de su funeral, la tía de Elisabeth nos contó su última conversación con Elisabeth. Fue durante el día de Acción de Gracias y las dos simplemente estaban charlando sobre la vida en general. En el estilo típico de Elisabeth, le contó a su tía lo que estaba pensando. Le dijo que realmente estaba deseando “volver a casa” y ver al Señor.

Creo que la mayoría de los lectores de este libro son como yo. Aunque sé que Jesús va a volver, no tengo ese nivel de emoción al respecto. No estoy todo el tiempo pensando en la venida del Rey justo y Su reino justo.

¿Cuántos niños de diez años conocemos que viven con esa manera de pensar? ¿Cuántos adolescentes anhelan que las cosas de este mundo pasen y sean reemplazadas por un mundo nuevo? ¿Y una mujer de veinte años? Se necesita literalmente un milagro para producir tal anhelo en el corazón de un creyente. Creo que por eso lo vemos tan esporádicamente. Pero el Espíritu puede emplear algo como la parálisis cerebral para producir tal milagro.

Yo nunca había tenido el privilegio de vivir con alguien así hasta que llegó Elisabeth. Cuando pienso en aquellas conversaciones con ella, no puedo evitar acordarme de las palabras del Señor: “¡Bienaventurados los de corazón limpio y los que tienen hambre y sed de justicia!”.

CAPÍTULO DOCE

Bienaventurados los pacificadores misericordiosos

(Mateo 5:7-9)

Cuando el Señor describió a los creyentes que son bienaventurados porque serán grandes en el reino de Dios, habló de otras dos cualidades que deben tener. Una es que deben ser misericordiosos. La otra es que deben ser pacificadores.

Aquellos que son misericordiosos recibirán misericordia (Mateo 5:7). Todos los creyentes comparecerán ante el Tribunal de Cristo. Todos los presentes en este juicio serán creyentes que ya están en el reino. Este juicio no tiene como propósito determinar si una persona “va al cielo”. Tal como hemos visto a lo largo del Sermón del Monte, su objetivo será determinar las recompensas en el reino de Cristo.

¿Quién de nosotros no querría recibir misericordia en aquel día? Al reflexionar sobre nuestras vidas, todos somos conscientes de que nos hemos quedado muy por debajo en muchas áreas. Si nuestro deseo es ser como Cristo, todos reconocemos la imposibilidad de alcanzar esa meta. Todos anhelaremos la misericordia de Jesús si buscamos su aprobación cuando nos presentemos ante Él. ¡Si esperamos ser grandes en Su reino, ciertamente necesitaremos esa misericordia!

Una vez escuché una historia real de un hombre que recibió una multa por exceso de velocidad. Debido a la velocidad a la que circulaba, se enfrentaba a una fuerte sanción económica. Con la

esperanza de reducir esa sanción, decidió comparecer ante el juez. El juez tenía mucha experiencia con personas que se presentaban ante él para librarse de pagar sus multas. Normalmente, acudían para discutir por qué sus multas eran injustas, insistiendo en que el agente se había equivocado al multarlos.

Cuando este hombre compareció ante el juez, el juez pensó que eso sería lo que iba a ocurrir. Preguntó al hombre: “¿Ha venido usted aquí en busca de justicia?”. El hombre respondió: “No, he venido aquí en busca de misericordia”. El hombre reconoció que era culpable. No quería recibir lo que merecía. Esperaba clemencia.

Cuando estemos delante del Señor en Su Tribunal y Él examine nuestras vidas, ¿cómo podemos obtener misericordia? El Señor nos lo dice. Si hemos sido misericordiosos con los demás, Él será misericordioso con nosotros. En otras palabras, la manera en que hemos juzgado a otros determinará la manera en que Él nos juzgará. Jesús lo dirá específicamente más adelante en el Sermón del Monte: “Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” (Mateo 7:2).

Entendemos, con razón, que ser misericordiosos significa que cuando otros nos hacen daño y nos piden perdón, se lo damos. Parte de la misericordia consiste en reconocer que todos pecamos. Una persona misericordiosa no impone a los demás una norma que él mismo no cumple.

Sin embargo, ser misericordioso implica algo más que perdonar a los que nos hacen mal. Implica una actitud en la que uno no se considera mejor que los demás. Una persona inmisericorde no muestra misericordia, en parte, porque se cree mejor que los demás. No perdona porque piensa que la otra persona no merece su perdón. En el nivel más básico, un creyente inmisericorde ve a la persona que necesita perdón como inferior a él. Desgraciadamente, los cristianos pueden ser, y a menudo son, poco misericordiosos.

El Señor contó una parábola para ilustrar el tipo de actitud que debemos tener si queremos ser misericordiosos. En Lucas 18:9-14, describió a dos hombres que fueron al templo de Jerusalén a orar. Uno se jactaba en su oración de ser mucho mejor que el otro, enumerando todas sus buenas obras y prácticas religiosas. Este individuo no veía su propia necesidad de la misericordia de Dios ni la necesidad de extender la misericordia a los demás. Jesús resumió la actitud de esta persona carente de misericordia, señalando que miraba con menosprecio al otro hombre (versículo 9).

La actitud del otro hombre era totalmente opuesta. En su oración, ni siquiera se veía a sí mismo digno de orar. Si duda, no se consideraba mejor que el primer hombre, que lo miraba con menosprecio. Qué hermosa es su sencilla oración: “Dios mío, ten misericordia de mí” (versículo 13, RVC). Es la clara imagen de alguien misericordioso.

En el pequeño libro de Santiago en el Nuevo Testamento, también se habla de aquellos que recibirán misericordia del Señor en el Tribunal de Cristo. Santiago afirma que la misericordia será dada a aquellos que han mostrado misericordia a otros (Santiago 2:13). Pero Santiago también se centra en la actitud de la persona misericordiosa. Esa persona no se considera mejor que los demás. Se preocupa por los pobres y los necesitados (Santiago 1:27). A la luz de las adversidades que sufrían los pobres en el mundo en el que vivía Santiago, podríamos decir que la persona misericordiosa es aquella que ayuda a los demás que pasan por aflicciones.

Santiago también dice que la persona misericordiosa no trata mejor al rico que entra en la iglesia que a un pobre (Santiago 2:2-3). Es propio de la naturaleza humana tratar mejor a las personas que pueden beneficiarnos. Una actitud misericordiosa no produce tales pensamientos o acciones.

Es fácil ver la conexión entre una persona misericordiosa y una que es amable o humilde con los demás. Como en todas las

Bienaventuranzas, las dificultades pueden servir para formar estas cualidades en el creyente. Estas dificultades nos ayudan a tener empatía y nos permiten ver nuestra propia necesidad de la misericordia de Dios y extenderla a los que nos rodean. Como ocurre con todas las Bienaventuranzas, el Señor puede usar las pruebas en nuestras vidas para transformarnos en personas misericordiosas.

Sin duda, ese fue el caso de Elisabeth. Bastaba pasar un breve tiempo a su lado para comprender que no se consideraba mejor que los demás. No miraba a los demás con menosprecio. No mostraba preferencia por la compañía de personas inteligentes, importantes o adineradas frente a quienes no lo eran. Al igual que aquel día en el autobús, cuando se topó con una niña con la que su padre no quería saber nada, ella pudo decirle: “Seré tu amiga”.

Probablemente, el lector no tendrá ninguna dificultad en aceptar esas afirmaciones al pie de la letra, basándose en lo que he escrito sobre Elisabeth. Después de todo, podría parecer más fácil desarrollar una actitud así cuando uno está en una silla de ruedas y depende de los demás para todas sus necesidades. Una vida así puede evitar que una persona se vuelva engreída.

No obstante, probablemente será mucho más difícil creer lo que voy a contar sobre su actitud misericordiosa hacia los demás. Sin duda, muchos dirán que soy ingenuo o, peor aún, que miento. Pero allá va. En treinta y cinco años, *nunca* la oí hablar mal de nadie.

Me gustaría retar al lector a que piense en cómo era la vida de Elisabeth. Piensa en las cosas crueles que la gente pudo haber dicho de ella en público o en la escuela de secundaria. Piensa en cómo los demás ni siquiera se fijaban en ella cuando estaban a su alrededor. Cómo hablaban con sus padres en vez de hablar con ella porque pensaban que no podía. Piensa cómo, mientras crecía, las chicas de su edad formaban amistades y planeaban cosas juntas, dejándola a ella siempre al margen. Piensa en los médicos que, al menos en

algunas ocasiones, no aliviaron su dolor cuando la llevamos en busca de ayuda. La lista, por supuesto, podría seguir y seguir.

Ahora, piensa en el milagro que debió de producirse para que no guardara rencor contra aquellos que la trataban de aquella manera. Cuando digo que nunca la oí menospreciar a los demás, incluso si en su opinión lo merecieran, lo digo en el sentido más literal. Algunos dirán que son solo las palabras de un padre, y puede que tengan razón. Pero muchos me han dicho lo mismo de ella. Quizá había momentos cuando Elisabeth estaba sola, en los recovecos secretos de su mente, en los que se rebelaba contra el maltrato que recibía de los demás. De ser así, solo puedo imaginar que más tarde le pediría a Dios que fuera misericordioso con ellos y, como el hombre humilde en el templo aquel día, también le pediría a Dios que fuera misericordioso con ella.

No es que esté exagerando o sea ciego en lo que se refiere al carácter de Elisabeth. Sencillamente nos resulta difícil de creer porque no estamos acostumbrados a que ocurran milagros justo frente a nuestros ojos. Después de todo, nunca hemos visto una resurrección, y eso es lo que yo presencié. Lo que intento decir es que el Señor resucitado transformó a mi hija en la persona misericordiosa que describo en estas páginas. Su poder lo hizo posible.

¿Qué es un pacificador?

Al igual que existe una conexión entre ser “pobre en el espíritu” y ser “apacible”, también hay una conexión entre ser misericordioso y otra de las Bienaventuranzas: la de ser un “pacificador” (Mateo 5:9).

Un pacificador, por supuesto, es alguien que desea la paz. En el contexto del Sermón del Monte, esto se referiría a creyentes que

necesitan reconciliarse tras algún tipo de desacuerdo. Hay que restablecer la armonía entre ellos.

Al igual que Santiago nos describe cómo es una persona misericordiosa, también nos ofrece una ilustración de lo que es un pacificador. No es sorprendente que, según Santiago, el pacificador sea aquel que es misericordioso. El pacificador es el que no tiene un concepto demasiado elevado de sí mismo. No tiene ambiciones egoístas. Es amable con los demás (Santiago 3:16-18). Cuando no hay paz entre cristianos que discuten entre sí, casi siempre es el resultado de que cada uno se siente demasiado superior en su posición o en sí mismo. Para que haya reconciliación, es necesaria una dosis de misericordia hacia el otro. El pacificador es aquel que se convierte en un modelo de apacibilidad y misericordia en su trato con los demás. Otras personas pueden emular esta actitud.

El Señor dice que los pacificadores son bienaventurados y serán llamados “hijos de Dios” (Mateo 5:9). En el Nuevo Testamento, hay una diferencia entre ser “niño” de Dios y ser “hijo” de Dios. Hay diferentes palabras griegas para describir esta distinción. En términos sencillos, un niño es un bebé, y un hijo es un niño que ha madurado. Podríamos decir que un hijo es un niño que ha crecido y se parece y actúa como su padre. Es como cuando vemos a un joven que nos recuerda a su padre y decimos: “Se nota que es el hijo de Bob. ¡Actúa igual que él!”.

Todos los creyentes son niños de Dios. Todos los que han creído en Jesús para vida eterna tienen Su vida y vivirán con Él para siempre. Pero el pacificador misericordioso cristiano ha crecido. Es un creyente maduro cuyas acciones reflejan las de su Padre celestial. Será llamado hijo de Dios. El Señor es manso y misericordioso con nosotros, y cuando tratamos a los demás de esa manera, la gente puede decir que somos como nuestro Padre celestial. En términos muy simples, cuando otros ven a un creyente así, dicen: “Veo a Cristo en él”.

Si encuentras a un creyente misericordioso, encontrarás a un pacificador. El lector no se sorprenderá en saber que Elisabeth era una pacificadora. Ella pasó su vida entre la gente de la iglesia. Debo advertirte que aquí viene otra afirmación que será difícil de creer. En todas las iglesias en las que estuvimos involucrados, y en la vida de nuestra familia, no puedo recordar un momento en el que Elisabeth instigara disensiones. Su espíritu manso y misericordioso no se lo permitía.

Cuando miro mi propia vida, y los momentos en que mi ambición egoísta me llevó a entrar en varios conflictos con otros creyentes, reconozco que Elisabeth era diferente. El Espíritu de Dios había producido en ella un carácter que yo a menudo no poseía, ni poseo. No es exagerado decir que realmente observé un milagro.

No lo digo para parecer falsamente humilde. Simplemente, Elisabeth fue un ejemplo para mí. El Señor resucitado la había hecho como a Él. Podía mirarla y decir: “Realmente veo a Cristo en ella”. Cualquiera podía pasar un tiempo con ella y pensar: Bienaventurados los pacificadores misericordiosos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Elisabeth

CAPÍTULO TRECE

El amor: La cualidad que falta

Si las Bienaventuranzas describen a un creyente que se vuelve más como Cristo, hay una cualidad notoria del Señor que falta al principio del Sermón del Monte, cuando el Señor enumera esas cualidades. Esa cualidad es el amor. Jesús dijo a Sus discípulos que, si querían ser como Él, tendrían que amarse unos a otros (Juan 13:34). Jesús era Dios hecho carne, y Juan nos dice que Dios es amor (1 Juan 4:10). Una vida transformada por el Señor resucitado que vive a través del creyente se caracterizará por el amor.

Como es bien sabido, la palabra bíblica para amor en estos versículos no es un sentimiento. Cuando dice que Cristo nos *amó*, significa que Él deseaba lo mejor para nosotros. Eso es lo que significa amar a alguien. Así que, cuando en Juan 3:16 se menciona que Dios *amó* al mundo, estamos hablando del mismo tipo de amor. Él envió a Su Hijo para que todos los que creen en Él tengan vida eterna. Este es el mayor ejemplo de desear lo mejor para los demás.

Los padres sabemos exactamente lo que esto significa. Incluso con nuestros defectos, amamos a nuestros hijos. Queremos lo mejor para ellos. La forma en que la mayoría de padres tratan a sus hijos es probablemente el ejemplo más claro de lo que la Biblia entiende por *amor*.

No es de extrañar, pues, que cuando Pablo enumera el fruto del espíritu, el “amor” es el primero de la lista (Gálatas 5:22). Si el Espíritu de Dios está obrando en un creyente, Él producirá amor en este. Un cristiano simplemente no puede ser como Cristo si no ama a los demás.

Juan nos dice que el amor a los demás jugará un papel importante en el Tribunal de Cristo. Podríamos afirmar que, cuando el Señor recompense a Sus hijos según cómo vivieron, si amaron a otros o no será el factor más importante en cuanto a lo mucho que serán recompensados aquel día. Juan dice claramente que, si el creyente no ama a sus hermanos, no ama a Dios (1 Juan 4:20-21). Si no hemos amado a Dios, ¿cómo podemos esperar ser recompensados por Él en aquel día? Si no lo hemos amado, ¿cómo podemos esperar ser grandes en Su reino? La respuesta es clara. Si no hemos amado a los demás, no lo seremos.

Una vez más, debemos darnos cuenta de que esto no tiene nada que ver con si estamos en el reino o no. Solo los creyentes estarán en este juicio. Si una persona está en el Tribunal de Cristo, ¡ya está en el reino! Este juicio se centrará en la *grandeza* en Su reino.

Aun así, ¿quién de nosotros puede pensar en ese día y no verlo con temor? ¿Qué me dirá el Señor? ¿Cómo puedo esperar ganar Su aprobación cuando Él examine mi vida? Como vimos anteriormente, ser misericordioso con los demás desempeñará un papel importante. Pero Juan afirma claramente que el amor también tendrá un papel significativo.

Juan habla del juicio que determinará nuestras recompensas. Señala lo importante que será nuestro amor por los demás:

En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros,
para que tengamos confianza en el día del juicio;
pues como él es, así somos nosotros en este
mundo (1 Juan 4:17).

Lo que Juan está diciendo es que Dios demostró Su amor por nosotros al darnos a Su Hijo. Cuando nosotros, como creyentes, nos amamos unos a otros, ese amor se perfecciona. Como muchos han señalado, la palabra “perfecto” en la Biblia a menudo significa que

algo ha madurado. Cuando un creyente ama a sus hermanos, ha madurado.

¿Por qué? Porque cuando amamos a otros, ¡hemos llegado a ser como nuestro Salvador! Si ese es el caso, podemos esperar con expectación el Tribunal de Cristo, ¡porque fuimos como el Juez! Con razón el creyente que ama puede ser audaz en ese día. Aquel que lo juzga se verá a sí mismo en ese creyente. Podemos tener audacia porque, aunque reconocemos nuestras muchas faltas, seguimos Su ejemplo de amar a otros.

Y de eso tratan las Bienaventuranzas: de volverse como Él. Pero es extraño que el amor no sea una de las Bienaventuranzas. ¿No tendría sentido que el Señor dijera: “Bienaventurados los que aman, porque ellos serán grandes en el reino”? ¿Por qué no lo dijo?

Bueno, de hecho, el Señor sí lo dijo. Apenas unos versículos después de las Bienaventuranzas, Jesús les dice a los discípulos que deben amar a los demás. De hecho, les dice que no solamente deben amarse unos a otros, sino incluso amar a sus enemigos (Mateo 5:43-44). Si lo hicieran, serían como su Padre celestial, porque así es como Él ama. Al hacerlo, serían “hijos” maduros de Dios (Mateo 5:45). El mundo los vería comportarse como Aquel que los ha hecho nacer de lo alto. Otros podrían decir que eran como su Padre celestial. No es de extrañar que Jesús afirme que un discípulo que ama a los demás recibirá una recompensa (Mateo 5:46).

Cuando examinamos las Bienaventuranzas, vemos que el amor está en la raíz de todas ellas. Los que tienen hambre de justicia y son de corazón limpio demuestran amor a Dios al desear que venga Su reino. La venida del Reino es en sí misma un deseo de lo mejor para este mundo. Aquellos que son pobres en el espíritu, apacibles, misericordiosos y pacificadores demuestran que buscan el bien de los demás. Aman a los demás.

Si estamos hablando de quién va a ser grande en el reino, todo esto tiene sentido. Si Jesús va a ser el Rey del reino venidero de

Dios, ¿quién puede esperar ser grande en Su reino? ¿No serían aquellos que son como el Rey? ¿No serían aquellos que muestran las cualidades del Rey? Si hay alguna cualidad que caracteriza a Cristo sobre todas las demás, sería la manera en que Él amó a los demás.

Sin embargo, para desarrollar cualquiera de estas cualidades, incluyendo el amor por los demás, sería necesario una obra sobrenatural de Dios. Como hemos visto, esto es cierto para todas las Bienaventuranzas. El propio Señor resucitado tendría que producir tales cosas en un creyente, y el proceso implica aflicción y pasar por dificultades, tal como describe el Sermón.

Cuando nos encontramos estas cualidades en otra persona, estamos ante un milagro. ¿No sería fácil para alguien como Elisabeth no sentir amor hacia el Señor debido a su difícil situación? Él había permitido que ella sufriera parálisis cerebral. ¿No habría sido fácil para ella desear el sufrimiento a los demás para que pudieran entender mejor por lo que estaba pasando? ¿No habría sido fácil para ella sentir envidia de lo que otros podían disfrutar en esta vida cuando ella no podía? En otras palabras, le habría sido fácil *no* amar a Dios y a los demás.

Tal proceder habría sido elegir vivir según la carne. Eso es lo que producirían nuestros deseos egoístas. Y eso sería comprensible a la luz de sus aflicciones. Sería fácil sentir amargura hacia Dios y hacia lo que ella veía como la buena fortuna de los demás.

No obstante, al mirar hacia atrás en su vida, eso no es lo que observé. Sus aflicciones produjeron algo más. Vi a una joven mujer que amaba a Dios por lo que Él había hecho por ella en Cristo. Ella amaba el hecho de que Su reino estaba por venir, entendiendo que Él iba a hacer todas las cosas nuevas.

Lo mismo sucedía cuando se trataba de otras personas. Sus propios problemas le daban la capacidad de ser amable y misericordiosa con los demás. En las numerosas oraciones que la oí

orar, siempre deseaba lo mejor para los demás. Pedía la salvación eterna de los no creyentes que encontraba. Se alegraba sinceramente cuando los demás recibían buenas noticias. En otras palabras, los amaba.

Cosas como estas, en medio de tales adversidades, solo pueden surgir en una vida por obra del Espíritu de Dios. Verlas es presenciar un milagro, un milagro de transformación. Fue un milagro del poder de la resurrección.

Un día, Elisabeth estará ante el Señor en Su Tribunal para determinar cuán grande será en Su reino. No recuerdo si alguna vez me dijo si sentía audacia, miedo o una mezcla de las dos cosas cuando pensaba en ese día. Pero hay una cosa que sí sé. Desearía que el Señor me permitiera estar en su lugar ese día.

Elisabeth

CAPÍTULO CATORCE

¿Cómo puedo servir a los demás?

Cuando observamos las Bienaventuranzas y el fruto del Espíritu, comprendemos que el Espíritu de Dios desea producir en nosotros el carácter de Cristo. Esto es cierto para cada una de las Bienaventuranzas. Como también hemos visto, una parte importante de ese proceso implica las dificultades por las que pasamos.

No obstante, si un creyente ha de ser más como Cristo, no solo es importante su carácter. También debemos hacer las cosas que Él hizo. Nuestras acciones deben imitar Sus acciones.

Por supuesto, esto tiene sentido. Si el Espíritu produce el carácter de Cristo en una persona, es seguro que esas acciones se darán naturalmente. Si un creyente es humilde y misericordioso, y desea lo mejor para los demás, ciertas acciones se harán evidentes en su vida.

Muchos han comentado que el Evangelio de Marcos describe las acciones del Señor. Relata con todo detalle lo que *hizo* Jesús. Esta característica es más notoria en Marcos que en cualquiera de los otros tres Evangelios que narran el ministerio terrenal de Cristo.

En el evangelio de Marcos, si tuviéramos que hablar de lo que hizo Jesús, utilizaríamos la palabra “siervo”. De hecho, muchos dicen que el libro de Marcos presenta a Jesús como el “Siervo sufriente de Dios”. Jesús vino a servir a otros. Eso es lo que hizo.

En cierto momento del Evangelio de Marcos, los discípulos se preguntan quién será grande en el reino de Cristo. Pensaban que esos puestos se obtendrían pasando por encima de la gente y luchando por llegar a lo más alto a costa de los demás. En uno de los puntos

culminantes del libro, el Señor corrige esa manera de pensar. Muchos creen que estos son los versículos centrales del libro, que resumen lo que Jesús enseñó a Sus discípulos:

Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:43-45).

No puede ser más claro. Si aspiras a ser grande en Su reino, debes servir a los demás. Jesús fue un siervo. Para que tú seas grande en Su reino, el Espíritu debe desarrollar esa cualidad en ti. Si esa cualidad te describe, harás lo que el Siervo Sufriente hizo. Harás el trabajo de un siervo.

¿Cómo sirvió Jesús a los demás? Sanó a los enfermos. Les dijo cómo tener vida eterna. Le enseñó a la gente como vivir una vida que resultara en las bendiciones de Dios. Les explicó cómo recibir recompensas eternas. Mostró una paciencia infinita mientras enseñaba a los discípulos en medio de sus muchos fracasos. Los amó a todos. Sorprendentemente, todo este servicio a los demás tuvo lugar mientras Él estaba en medio de terribles dificultades. El Señor era consciente de su destino en la cruz mientras servía a la gente. De hecho, siguió sirviéndolos incluso cuando fue traicionado y clavado en el madero. Continuó sirviéndolos a través de la enseñanza y el ánimo que les proporcionaba. Todas estas acciones surgieron de Su amor por ellos.

Cuando los creyentes pasan por adversidades, pueden llegar a pensar que servir a los demás no es una prioridad, o ni siquiera es posible. Si el aguijón en la carne de Pablo consistía en el riesgo de

perder la vista, resultaría comprensible que cuestionara su capacidad para servir a los demás si se quedara ciego. ¿Cómo podría ser útil a las iglesias que quería servir si se encontrara en una situación de discapacidad como esa? Pero incluso una pregunta más fundamental podría haber surgido en la mente de Pablo: ya que él se estaba quedando ciego, ¿no deberían ser otros los que le sirvieran a *él*? Tal vez su tiempo de pensar en los demás y servir a los demás se había terminado.

Cuando Elisabeth escuchaba sermones acerca de servir a otras personas, siempre se hacía estas preguntas. ¿Cómo podía ella servir a los demás cuando otros tenían que satisfacer sus necesidades más básicas? Ella sentía que la *estaban* sirviendo, y por tanto haciendo la misma cosa que Jesús dijo que *no* hiciera.

El problema con esta manera de pensar es que refleja una visión defectuosa del servicio. A menudo pensamos que solo podemos servir en la iglesia si estamos enseñando, o en un viaje misionero, o cocinando para otros o algún otro tipo de actividad física. Si tan solo esas cosas se consideran servicio, alguien como Elisabeth estaba excluida de servir a los demás.

Sin embargo, se dio cuenta de que podía servir a los demás de otras maneras. La Biblia dice que Cristo ha dado a cada creyente un don espiritual con el que servir al cuerpo de Cristo, la Iglesia (1 Corintios 12:7). Uno de esos dones es el de la fe (1 Corintios 12:9). Para mí era obvio que ese era el don de Elisabeth. Espero que, a través de lo que he escrito sobre ella, el lector de este libro pueda percibir que ese también era su don.

En medio de sus dificultades y su dolor, tenía una fe inquebrantable en que Dios era bueno. Demostró a los demás lo que significaba tener fe en Dios en medio de tiempos difíciles. Se convirtió en una fuente de ánimo para los demás. Utilizó su don convirtiéndose en un ejemplo para los demás, incluido su padre. Así era como les servía.

Aunque nunca lo expresó verbalmente, es obvio que buscaba formas en las que podía servir a la gente en su vida. A una edad bastante temprana, se dio cuenta de que podía hacerlo de una manera muy concreta: podía orar por los demás. Y siempre oraba. Si alguna vez te preguntaste cómo era su memoria, todo lo que tenías que hacer era escucharla orar. Oró por personas que yo había olvidado hacía mucho tiempo. Sus oraciones eran *largas* porque oraba *por todo el mundo*.

Cuando estaba sola, pasaba largos períodos orando. No sabía que nos dábamos cuenta, pero después de acostarla y cerrar la puerta, era muy frecuente oírla orar en su habitación. A menudo, a altas horas de la noche, cuando pasaba por delante de su puerta, la oía decir cosas. Me detenía y la oía hablar con el Señor sobre los demás.

También oraba por ciertas cosas para sí misma. Una de sus peticiones más frecuentes era que el Señor la hiciera más como Él. Como ya he dicho, tuve el privilegio de ver esas oraciones respondidas de muchas maneras.

Hubo una última forma en que Elisabeth sirvió a los demás. Después de cumplir dieciocho años, empezó a recibir un cheque por discapacidad de la Administración de la Seguridad Social. No era un cheque de una suma considerable y, como ya he dicho, ella no tenía noción del dinero. El cheque llegaba a mi nombre y ella nunca vio ninguno de ellos. No tenía idea de cuánto recibíamos a su nombre. Ni siquiera habría entendido lo que todo eso significaba, incluso si lo hubiera sabido. Mi suposición es que ella pensaba que era rica.

No obstante, sabía que recibía algo de dinero cada mes, y que era su dinero. Un día me preguntó por el cheque. Quería saber si podía donar el dinero a algún tipo de ministerio cristiano, concretamente a uno misionero o a uno para huérfanos. Me comentó que no sabía a cuál dar el dinero, pero me pidió que lo investigara. Me dijo que confiaría en mi criterio para enviarlo a alguien que lo

necesitara más que ella. Eso es lo que hizo con parte de su cheque de invalidez. Soy consciente de que pensaba que todo el dinero iba a servir para ayudar a otra persona.

Sé que algunos verían cómo Elisabeth “servía” a los demás y concluirían que no era gran cosa. Muy pocos oían sus oraciones por la noche, cuando estaba sola en su habitación. No había ostentación en lo que hacía. Ni siquiera tenía idea de lo mucho o poco que daba a los demás con su cheque. Su fe era como la fe de un niño. Su entrega y servicio a los demás, según los estándares del mundo, eran muy modestos.

Sin embargo, me gustaría retar al lector a dirigir la mirada a Cristo. Cuando lo vemos caminando y enseñando en las páginas del Nuevo Testamento, ¿qué crees que *Él* pensó de su corazón de sierva? No tenemos que basarnos en las opiniones sesgadas de un padre cuando intentamos responder a esa pregunta.

Afortunadamente, el Evangelio de Mateo nos dice lo que *Él* pensaba. Para ser grande en Su reino, uno tiene que ser un siervo. El Señor nos dijo cómo sería ese tipo de servicio. Un día, tomó a un niño, lo puso delante de Sus discípulos y les dijo:

Así que, cualquiera que se humille como este
niño, ese es el mayor en el reino de los cielos
(Mateo 18:4)

Estamos muy contaminados por los estándares de grandeza del mundo. Incluso como cristianos pensamos que un gran servicio al Señor debe ser a gran escala. Debe involucrar algún ministerio grandioso con un presupuesto enorme. Pero el servicio a los demás y seguir el ejemplo del Señor puede tener lugar en las humildes oraciones de una niña con parálisis cerebral a solas en una habitación. Puede tener lugar en el deseo de dar su cheque de invalidez a alguien que cree que lo necesita más que ella. En el caso

de Elisabeth, nunca se le ocurrió hacer saber a los demás que estaba ayudando a otros. Estoy seguro de que no quería que supiéramos que oraba por las noches por todas las personas que conocía. También estoy seguro de que le hubiera gustado poder dar ella misma su cheque de invalidez a los demás, sin tener que pedírselo a su padre.

Ser un siervo puede tener lugar cuando utilizamos los dones que Dios nos ha dado, por pequeño que el mundo considere ese servicio. Elisabeth sirvió a quienes la conocieron mostrando que cualquier creyente, incluso en medio de las adversidades, puede representar las acciones del Siervo Sufriente. El poder del Cristo resucitado en ella la convirtió en una sierva, igual que Él. Qué privilegio fue verlo a Él viviendo a través de ella y en ella.

CAPÍTULO QUINCE

Por favor, basta de fotos de vacaciones

Hace años, la gente solía bromear sobre los amigos o familiares lejanos que te invitaban a su casa al volver de vacaciones. Te daban de cenar, te proponían jugar a un juego o ver un evento deportivo en la televisión. Pero ese solo era el señuelo para que fueras. No te revelaban el motivo.

Después de cenar, sin embargo, descubrías la verdadera razón. En el salón había un proyector con una pantalla portátil. Tu anfitrión y su familia te mostraban todas las fotos de sus vacaciones. Te veías obligado a pasar al menos una hora con la familia anfitriona que reía y contaba la historia de cada foto: cómo uno de sus hijos se perdió en Disneyland o cómo otro niño vomitó en una de las atracciones. Había fotos de ellos haciendo una parada para repostar gasolina en el lugar donde se encontraba el ovillo de hilo más grande del mundo, y otras en las que aparecían sentados en la piscina del hotel. Casi todos los de mi edad hemos pasado por una experiencia similar.

Incluso recuerdo que en las comedias de televisión había escenas de este tipo. ¿Cómo se sale de esa situación? No quieres decirles a tus amigos, que acaban de darte de comer, que realmente no te importan sus fotos. No fuiste con ellos en ese viaje y no puedes entender el humor de cada broma. Estás seguro de que los hijos de tus amigos son adorables, se lo pasaron bien y guardarán esos recuerdos para siempre, pero su viaje no significa nada para ti ni para tu familia. Simplemente no puedes entender cómo los acontecimientos de esas vacaciones apuntan a lo maravillosos que son los hijos de tu anfitrión.

En los episodios de televisión, la familia anfitriona quería repetir la experiencia, y los invitados tenían que idear excusas para no ir la próxima vez que se lo pidieran. En ocasiones así, estaba permitido mentir para librarse de otro rato tan insoportable.

Hoy en día no se oyen mucho este tipo de situaciones. Quizá sea porque los proyectores y las pantallas son cosa del pasado. Amigos y familiares envían las fotos de sus vacaciones con sus teléfonos o las publican en Facebook, y tenemos la libertad de mirarlas en la comodidad de nuestra casa. Incluso podemos decidir no mirarlas en absoluto. Tenemos la opción de borrarlas de nuestros teléfonos. En este caso, las cosas que nos ha traído el mundo moderno son mejores que los buenos tiempos del pasado.

Al escribir este libro, tenía el temor de convertirme en aquel amigo que invita al lector a mi casa. He presentado una serie de “fotografías” de Elisabeth y, como dije antes, me puedo imaginar a un lector pensando que solo soy un padre orgulloso que no ve que los demás no comparten mi estima por mi hija. Aquellos fuera de la familia inmediata no vieron las cosas que describo. No se fueron de “vacaciones” conmigo.

Estaría justificado que el lector se sintiera como el invitado, pensando que Elisabeth no era tan estupenda como yo creo que era, diciendo, en cierto sentido: “¡Por favor, basta de fotos de vacaciones!”.

Todo eso es comprensible, y probablemente verdad hasta cierto punto. ¿Qué padre no cree que todo el mundo debería poder ver lo genial que es su hijo? Todos tenemos un punto ciego que nos impide entender completamente por qué los demás no quieren mirar nuestras fotos. Yo no soy diferente. Quizá la única diferencia es que Elisabeth vivió más tiempo con nosotros, mi mujer y yo, que la mayoría de los niños.

De hecho, puede que yo sea más propenso a la ceguera que muchos otros. Mi hija murió joven. Vivió una vida que la mayoría

calificaría de trágica. Su vida era tal que causaba lástima en los demás. Pero las fotos que muestro de ella son completamente lo opuesto a lo que el mundo diría de ella. Quiero que aquellos que miren las fotos vean eso. Quiero que vean que realmente era tan grandiosa como la describo. Siento la necesidad de que los demás reconozcan estas cosas, aunque no estuvieran allí. Quiero que vean que la vida de Elisabeth, su ejemplo, es algo de lo que todos pueden beneficiarse y aprender. Al mismo tiempo, reconozco que soy como el odioso anfitrión que invita a la gente a mirar mis fotos.

Al escribir sobre Elisabeth, tengo otro problema. En definitiva, no le estoy diciendo al lector lo que pienso de ella, sino lo que creo que *Jesús* piensa de ella. Cuando muestro estas imágenes de ella, estoy diciendo que Él vivió a través de ella y la hizo más como Él. Estoy diciendo que eso es lo que la hizo grande.

Pero, ¿cómo puedo saberlo? Como padre, no veía sus defectos. Corro el riesgo de decir que no podía hacer nada mal. Tal vez solo vi lo que quería ver. Puede que otros vieran que no era tan “adorable” como yo imaginaba. Tal vez en su mente, Elisabeth fue capaz de ocultar su amargura hacia Dios y su enojo hacia los demás, o tal vez yo simplemente pude ignorar esas cosas, solo viendo lo que quería ver.

Aún más importante, la Biblia misma dice que no podemos saber todo lo que el Señor le dirá a cualquier creyente cuando esté ante Él en el Tribunal de Cristo. En 1 Corintios 4:5, Pablo afirma lo mismo. Podemos engañar a otros, e incluso a nosotros mismos, con nuestras acciones y palabras. Pero solo el Señor conoce los motivos y pensamientos de nuestros corazones. Solo Él conoce nuestro carácter. Todo creyente estará en el reino de Dios. Pero todo creyente debe esperar hasta que el Rey venga para evaluar cuánto fuimos como Él, cuánto Su Espíritu nos transformó en lo que Él quería que fuéramos.

Sin embargo, no estamos completamente sumidos en la incertidumbre respecto a si nuestras vidas, así como las vidas de otros creyentes que conocemos, están complaciendo al Señor. Debemos recordar que cuando Pablo dice esto en 1 Corintios 4, está hablando de maestros fieles en la iglesia. Se está refiriendo a personas que están sirviendo a la iglesia y que, por tanto, son como el Señor, caminando como Él caminó. Pablo no argumenta que puedan ser unos completos farsantes, engañándose a sí mismos y a quienes los rodean deliberadamente. Lo que Pablo dice es que, incluso aquellos que cumplen fielmente con lo que el Señor quiere que ellos hagan, a veces tienen motivos equivocados. Todos los creyentes se quedan cortos. Todos somos pecadores. Nadie es perfecto.

No obstante, eso no debería impedirnos servir al Señor y a Su pueblo. Pablo reconoce que todos tenemos fallos, pero nuestro objetivo debería ser agradecer al Señor, y a través de Su poder, lograrlo. Cada día deberíamos desear ser más como Él. Cuando Él venga, nos revelará lo que le agradó y lo que no. No nos juzguemos entre nosotros cuando se trata de estas cosas.

El Nuevo Testamento deja claro que, de hecho, podemos percibir cuando los creyentes están madurando en la fe, haciendo lo que el Señor les llama a hacer, y siendo lo que Él les llama a ser. En Hechos 6:3, la iglesia escoge a ciertas personas que están caminando por el poder del Espíritu de Dios. Su carácter era observable para los demás.

En 1 Timoteo 3, Pablo dice que definitivamente podemos distinguir a aquellos en la iglesia que son fieles al Señor. En Hebreos 13:7 y Filipenses 3:17 se nos dice que sigamos el ejemplo de aquellos que caminan por el Espíritu y hacen lo que el Señor manda. Podemos mirar a alguien como Elisabeth y decir: “El Señor ha hecho una gran obra en ella”.

Aunque corro el riesgo de ser como el hombre que muestra fotos de sus hijos, sé que cuando todo esté dicho y hecho, el Señor determinará si lo que vi es verdad. Él será quien juzgue el carácter y las acciones de Elisabeth. Él dirá cómo le sirvió en medio de sus dificultades. Sin embargo, se nos dice que nos fijemos en aquellos que viven de una manera que honra al Señor. Como padre parcial que soy, simplemente digo que, en muchos sentidos, Elisabeth me dejó el mejor ejemplo a seguir que he visto nunca. Estoy seguro de que el Señor le dirá en ese día: “¡Bien hecho!”.

En mi defensa, si el lector me lo permite, señalaré que aquellos que mejor la conocieron estarían de acuerdo con las “fotos” que he mostrado de ella. Una de esas personas era Ellen, su mejor amiga, que la conoció durante treinta de sus treinta y cinco años. En su página de Facebook, el día en que mi familia y yo nos reunimos en el restaurante para recordar a Elisabeth, Ellen publicó las siguientes palabras:

Hoy hace un año que mi amiga de toda la vida Libby dejó esta vida. Siento su pérdida cada día. No hay forma de expresar el dolor. He intentado varias veces escribir sobre lo que la amistad de Libby ha significado para mí a lo largo de mi vida, pero no puedo. Mi tarjeta de condolencias para su familia sigue sobre mi mesa un año después. Todo lo que puedo decir es que, si paso el resto de mi vida intentando estar a la altura de su amor, seré mucho mejor. Gracias por hacerme mejor persona, mi hermosa amiga.

Otro amigo de Elisabeth de toda la vida es un antiguo compañero mío del ejército. Sus hijas crecieron con ella. Cuando supo que había muerto, compartió sus pensamientos con nuestra

familia en una carta. Hablaba de haberla conocido todos esos años y de su papel en el mundo venidero y de lo grande que será. Habiendo visto claramente el fruto del Espíritu en su vida, comentó que:

...no hay duda de que conocimos a la realeza cristiana aquí en la tierra. Podremos decir en el cielo: “Fue mi amiga en la tierra”. No es tanto para alardear, sino más bien una constatación. Creo que era el alma más dulce, amable y gentil que conocí.

Supongo que tales palabras podrían atribuirse a personas que estaban siendo amables con una familia que estaba pasando por un momento difícil. Sin embargo, estoy convencido que era algo más. Muchos otros tuvieron la misma reacción. Antes de su fallecimiento, y en su funeral, fueron muchos los que hicieron observaciones acerca de su carácter, aunque usaron diferentes palabras. Algunos destacaron su firme fe en medio de las dificultades. Otros mencionaron su gozo, perplejos de que siempre mostrara una sonrisa en medio de todos sus problemas. Hubo quienes simplemente admitieron que no habrían podido afrontar la vida con la misma actitud que ella.

Estoy seguro de que todos estos sentimientos reflejan que la gente vio a Cristo en la vida de Elisabeth. Vieron que Él vivía a través de ella. Pocos de nosotros pasaremos por las dificultades por las que pasó Elisabeth, pero sean cuales sean las pruebas que experimentemos, el Nuevo Testamento nos enseña que el Señor puede usarlas para hacernos más como Él. Su Espíritu, que vive en cada creyente, puede desarrollar Su carácter en nosotros. Tal carácter nos llevará a acciones que reflejen las acciones del Señor. Podemos tener el privilegio de ser siervos como Él lo fue.

Como dice Pablo, ninguno de nosotros será perfecto en ello. Todos cometeremos errores. Pero si le pedimos que lo haga, el milagro del Señor resucitado viviendo a través de nosotros tendrá lugar. No es la opinión de un padre parcial, es lo que nos enseña la Palabra de Dios.

Eso es lo que Elisabeth me mostró. Estoy seguro de que también se lo mostró a otros.

Elisabeth

CAPÍTULO DIECISEIS

14 de julio de 2020

A medida que Elisabeth cumplía años, los efectos de su enfermedad se agravaban. Llegó un momento en que empezó a sentir dolores en los muslos y la espalda. Como no apoyaba peso en ellos, ni los usaba como estaban diseñados para ser usados, sus huesos y ligamentos no se desarrollaron como deberían haberlo hecho. Sus ligamentos y ciertos músculos se habían contraído. Esa era una de las principales causas de su dolor. Cuando tenía que mover ciertas partes del cuerpo, por ejemplo, al vestirla, a menudo experimentaba un dolor agudo.

Sin embargo, era difícil determinar cuánto le dolía. No solía gritar cuando notaba dolor, sino que se limitaba a decir que estaba empeorando. Cuando finalmente se convirtió en un problema persistente, la llevamos a muchos médicos y probamos muchas soluciones diferentes. Elisabeth decía que ninguna de esas soluciones la ayudaba. Finalmente, un neurólogo sugirió la opción de colocar quirúrgicamente una bomba que le suministraría automáticamente morfina de forma recurrente.

Eso nunca sucedió. No nos dimos cuenta, pero su dolor, y evidentemente su preocupación de que nada ayudaría, la mantuvo sin dormir. Un día, tuvo lo que podría llamarse una ruptura con la realidad. Estaba despierta, pero no se comunicaba y no se daba cuenta de quiénes eran los miembros de su familia. Tenía la mirada ausente y una sonrisa en la cara, y de vez en cuando se reía de algo que ninguno de nosotros podía ver.

No sabíamos exactamente qué estaba pasando y la llevamos apresuradamente al hospital. La ingresaron, pero los médicos

tampoco estaban seguros. Pensaban que era por la falta de sueño, pero nos dijeron que también podía ser una infección en su cerebro. Le trataron la infección y le dieron medicamentos para dormir.

Pasó tres días en el hospital sin dormir. Su condición no cambió en absoluto. Empezamos a preguntarnos si “volvería” con nosotros. Al final, supongo que, gracias a los medicamentos, se durmió. Cuando despertó, diez horas más tarde, era la misma de siempre. Nos habló y se preguntó por qué estábamos todos en el hospital.

Un magnífico neurólogo prescribió un tratamiento para su dolor que no requería morfina. Durante el resto de su vida, le alivió un poco el dolor y le permitió dormir en su horario habitual. Fue un momento aterrador, pero sobrevivimos ese momento de miedo.

Unos meses antes de morir, tuvimos otro episodio aterrador. Una mañana, mientras la levantábamos, era evidente que algo iba mal. No hablaba. Cuando la miramos, tenía un poco de espuma alrededor de la boca. Tenía los ojos cerrados y la boca apretada. No podíamos abrirla. Le gritamos, pero no respondía de ninguna manera.

No sabía si estaba viva. Ninguno de nosotros sabía qué hacer. Pensamos que podría ser algún tipo de convulsión, pero no estábamos seguros. Pam llamó al 911 y yo intenté abrirla la boca para asegurarme de que podía respirar. Los intentos fueron infructuosos.

La ambulancia tardó unos quince minutos en llegar. Antes de que llegara, Elisabeth abrió los ojos y la boca. No estoy seguro del tiempo que estuvo en ese estado. Cuando volvió en sí, no era la misma de siempre. Podía hablar, pero no nos reconocía a ninguno de nosotros. No sabía cómo se llamaba ni dónde estaba.

La llevaron a urgencias. Después de algunas pruebas y reuniones con otro neurólogo, se determinó que efectivamente había tenido una convulsión masiva. El médico nos dijo que, a medida que

ella envejecía, su cerebro experimentaba cambios en la forma en que lo usaba. En uno de estos cambios, una parte de su cerebro que estaba dañada desde el nacimiento provocó esa convulsión. Dijo que, dada la gravedad de su parálisis cerebral, habíamos tenido suerte de que fuera su primer ataque de este tipo.

Pocos días después, Elisabeth tuvo otra convulsión, aunque no tan grave. Afortunadamente, el médico que la atendía le dio una medicación que evitó que tuviera más, al menos por lo que pudimos ver. Sabíamos por su gemela, Amy, que una persona con epilepsia puede tener pequeñas convulsiones que pasan desapercibidas.

La enfermedad de Elisabeth también estaba afectando a su capacidad para digerir correctamente los alimentos. Nos habían dicho que, a medida que se hiciera mayor, probablemente también necesitaría más ayuda en este aspecto, y parecía que iba a ser el caso. No te cuento estas cosas para hacerte un historial médico de Elisabeth, sino para ponerte en antecedentes de lo que le ocurrió.

A principios de julio de 2020, nuestra familia se vio afectada por algún tipo de virus estomacal. Todos lo contrajimos, incluida la hermana gemela de Elisabeth, Amy. Causó un poco de malestar estomacal e indigestión. Tras propagarse entre el resto de la familia, Elisabeth fue la última en contraerlo.

Al igual que el resto de nosotros, se quejó de que tenía molestias en el estómago. Ella también tenía algunos problemas digestivos. Al resto de nosotros nos había llevado un día o dos recuperarnos, por lo que asumimos que para Elisabeth también sería así.

Sin embargo, a ella le estaba costando más superarlo. No era de extrañar, ya que su parálisis cerebral le afectaba de distintas maneras. Aun así, habíamos decidido que, si al día siguiente no se encontraba mejor, la llevaríamos a ver a su médico. Pero la *COVID-19* era generalizada y los médicos desaconsejaban a los pacientes acudir a la consulta a menos que se tratara de una urgencia. Éramos

reacios a considerar la situación como una urgencia, pero acordamos que tomaríamos la decisión por la mañana.

El siguiente día era el 14 de julio. Cuando fuimos a ayudar a Elisabeth a levantarse, era evidente que no estaba mejorando. Su color estaba un poco apagado y no era ella misma. Hablamos con Elisabeth para evaluar si su malestar justificaba una visita al médico. No estaba tan habladora como de costumbre, pero dijo que sería una buena idea porque tenía molestias en el estómago.

La trasladamos de la cama a la silla donde podía ir al baño. En esa silla podíamos vestirla. Le estaba poniendo la camisa y mirándola a la cara cuando, de repente, le salió una gran cantidad de líquido por la nariz y la boca, no vómito ni comida, sino un líquido oscuro, de color marrón rojizo. Al mismo tiempo, su cuerpo se quedó completamente laxo.

Pam, Kathryn —nuestra hija menor— y yo estábamos en la habitación ayudándola a prepararse. Ninguno de nosotros tenía ni idea de lo que estaba pasando. Debido a su parálisis cerebral, el cuerpo de Elisabeth siempre estaba rígido. Ahora, ella estaba totalmente encorvada hacia adelante. Peor aún, no reaccionaba en absoluto.

El pánico se apoderó de los tres. ¿Tenía esto algo que ver con sus convulsiones? ¿Provenía el líquido de su sangre? ¿Estaba sangrando internamente? ¿Qué íbamos a hacer? En la habitación reinaba el caos. Uno de nosotros dijo que debíamos llamar a una ambulancia, pero sabíamos que la última vez tardó unos quince minutos en llegar. Si ella estaba sangrando como pensábamos, no teníamos tanto tiempo. Teníamos claro que podríamos llegar antes por nuestra cuenta al servicio de urgencias local, así que la subimos al auto y nos dirigimos rápidamente al hospital.

Es sorprendente cómo nuestro cerebro funciona en situaciones como esta. Mientras nos apresurábamos rumbo al hospital, me repetía a mí mismo que todo saldría bien. Elisabeth había

sobrevivido a cosas mucho peores. Salió adelante contra todo pronóstico cuando nació. Sobrevivió a su ruptura con la realidad tras unos días en el hospital y superó su convulsión masiva cuando yo creía que había muerto. También recordé la hemorragia cerebral que Amy sufrió unos días después del nacimiento de las gemelas, cuando los médicos nos aseguraron que no sobreviviría, lo que resultó ser incorrecto también.

Solo teníamos que llevarla al médico. Era imposible que un virus estomacal pudiera ser peor que las situaciones médicas que nos habíamos enfrentado como familia a lo largo de los años. Una parte de mi cerebro me recordaba estas cosas.

No obstante, la otra parte de mi cerebro me decía que esta vez era distinto. Cuando el líquido salió por su nariz y boca mientras la estaba vistiendo, sus hermosos ojos azules cambiaron instantáneamente a grises, y sus pupilas se dilataron. A continuación, sus ojos se cerraron. La flacidez de su cuerpo era algo que ninguno de nosotros había visto nunca.

Si lo pienso, recuerdo haber oído que a veces, cuando alguien muere, puedes notar cómo la vida se escapa de sus ojos. Los que afirman esto sugieren que Dios nos insufló vida y, cuando esa vida se desvanece, en ocasiones se hace perceptible. No sé si es cierto o no, pero lo que vi en los ojos de Elisabeth me asustó. Mientras nos dirigíamos al hospital cercano a nuestra casa, en mi cabeza se producía el mismo caos que sentí en la habitación de Elisabeth y en el auto. Me convencía a mí mismo de que se iba a poner bien, pero al segundo siguiente, recordaba lo que había presenciado unos minutos antes y comprendía que no sobreviviría. De hecho, tenía la sensación de que ya había fallecido.

Cuando llegamos a urgencias, el caos continuaba. Había una carpa en la entrada para hacer controles de COVID. Nos detuvimos en seco frente a ella. Agarré a Elisabeth y crucé la carpa corriendo. Las enfermeras intentaron detenerme, pero les grité que no podía

parar. Seguí adelante, más allá de la recepción, hasta el área de tratamiento restringida. Ni Elisabeth ni yo llevábamos mascarilla.

Apenas crucé la puerta, me encontré con una enfermera. La agarré y le expliqué que mi hija estaba inconsciente y que necesitaba que la atendieran de inmediato. La enfermera así lo hizo, llamando a un médico que estaba cerca para que la ayudara.

Pam, nuestra hija Kathryn y yo aguardamos en la sala de espera de urgencias. Nuestros pensamientos coincidían. No podíamos creer que estuviéramos allí, pero ya habíamos estado en muchos hospitales con Elisabeth y Amy. Todos esperábamos que esto fuera una repetición. Pero si pensábamos que nos iban a volver a llamar para hablar con Elisabeth, la realidad no tardaría en golpearnos y decirnos que no iba a ser así.

Tras aproximadamente treinta minutos, nos llamaron de nuevo. En una “sala para familiares”, el médico nos comunicó que Elisabeth había fallecido. Había llegado sin vida, y durante ese tiempo intentaron reanimarla heroicamente y restablecer algún signo vital en ella, y luego prepararla para que pudiéramos verla.

Como a través de una bruma, le explicamos al médico lo sucedido y le preguntamos qué había causado la muerte a nuestra hija y hermana. Nos informó que solo podríamos conocer con certeza los detalles mediante la autopsia, pero según lo que había observado, parecía que Elisabeth no había podido digerir correctamente la comida. Sin duda, esto se debió a su parálisis cerebral. Es posible que el virus estomacal también tuviera algo que ver. Algunos alimentos y líquidos habían subido y entrado en sus pulmones. Cuando eso ocurrió, su corazón también se paró. Murió de inmediato y no sintió dolor.

A día de hoy, al igual que con muchas cosas que los médicos han dicho sobre el estado de Elisabeth a lo largo de los años, sigo sin entender los pormenores. Pero cuando ese médico nos contó lo

que había pasado, supe que eso fue lo que vi cuando presencié el cambio en los ojos de Elisabeth en su habitación.

Estoy seguro de que parte de la formación de ese médico consistía en consolarnos tanto como fuera posible. En aquella habitación, pudo ver que estábamos completamente desolados. Aún recuerdo sus palabras exactas: “Estas cosas pasan. No podíais haber hecho nada. Hicisteis todo lo que pudisteis”.

Incluso en ese momento, pensé que, en su intento de ser amable con nosotros, estaba mintiendo. Pensé que decía esas palabras porque no había ningún beneficio en decir la verdad. ¿Por qué hundirnos más si de todos modos ya era demasiado tarde? Estaba seguro de que pensaba que debería haber llevado a Elisabeth al médico el día anterior. Tendríamos que haber llamado una ambulancia. Tendríamos que haberle practicado la respiración boca a boca y la reanimación cardiopulmonar en la habitación. Si hubiéramos hecho alguna de esas cosas, quizá Elisabeth seguiría viva. Supuse que pensaba esas cosas de nosotros porque esas eran las cosas que pasaban por mi cabeza.

Parece que este juego del “y si...” es común entre las personas que pierden a seres queridos. Si hubieran hecho algo diferente, no habrían visto morir a su familiar. Supongo que esos sentimientos nunca desaparecerán del todo de quienes pasan por cosas así.

No obstante, intento recordar las palabras de aquel sabio maestro de la Biblia que una vez me dijo: “Debes dar lugar a la soberanía de Dios”. Forma parte de nuestra naturaleza humana pensar que podemos controlar todos los aspectos de nuestra vida. Si nos esforzamos al máximo, podemos incluso determinar si los miembros de nuestra familia viven o mueren. Pero, en última instancia, Dios determina esas cosas. A menudo, en Su soberanía, Él hace cosas de una manera que nosotros no haríamos.

El lector quizá piense que yo aprendí esa lección desde el principio de las vidas de Elisabeth y Amy. Desde el primer día, me

sentí completamente impotente para determinar si vivirían, si podrían hablar o incluso pensar.

El 14 de julio de 2020, no era yo quien tenía el control. Quería pensar que podría haber salvado a Elisabeth, y mi tendencia a castigarme por mi incapacidad para hacerlo es comprensible a la luz de nuestra gran pérdida. Hemos perdido a nuestra hija y hermana. Era la sierva con el corazón más limpio, la más mansa, la más misericordiosa, la más amorosa y la más pacificadora que jamás había conocido. En ella, tuve el privilegio de ver cómo Cristo podía cambiar a una persona. Vi lo que Él podía hacer a través de Su poder mientras vivía en ella. Ella vivió en mi casa durante treinta y cinco años, y en este lado del reino de Dios, nunca más lo haría de nuevo. En ocasiones, podría sentir la tentación de pensar que tuve la oportunidad de cambiar eso.

Mi situación puede ser una experiencia de aprendizaje para muchos. Yo quería que Elisabeth se quedara. Pero Dios, en su soberanía, tenía otros planes.

Debido a que Elisabeth tenía hambre y sed de justicia, unos meses antes le había dicho a su tía que quería volver a casa. Su Señor dijo que había llegado el momento.

CAPÍTULO DIECISIETE

Bienvenida a casa

Cuando Elisabeth y Amy tenían cinco años, nuestra familia se fue de vacaciones a Washington D. C. Parte del viaje incluía una visita a la Casa Blanca. Nos pusimos en contacto con la oficina de nuestro representante en el Congreso de Carolina del Norte y conseguimos las entradas necesarias para la visita. Nuestro congresista incluso nos envió una carta con las entradas en la que nos decía que seríamos sus invitados personales en la visita. Por supuesto, todos los participantes recibieron la misma carta de su congresista.

A la hora prevista, nuestra familia se unió a un grupo de unas cincuenta personas en el lugar designado junto a la Casa Blanca. Una guía oficial nos recibió y se quedó las entradas. Llevaba uniforme oficial y nos comunicó que, aunque el presidente y su familia vivían en la Casa Blanca, en realidad era *nuestra* casa. El presidente solo la utilizaba temporalmente. Pertenecía a los ciudadanos de los Estados Unidos y por eso se llamaba “La Casa del Pueblo”. Nuestras entradas daban fe de quiénes éramos. Éramos algunos de esos ciudadanos. Por eso, el guía de la visita nos dijo: “¡Bienvenidos a casa!”.

Ninguno de nosotros, por supuesto, sentía que aquella fuera realmente nuestra casa. Era demasiado grandiosa. El propio recorrido confirmó nuestras sospechas. Las habitaciones, la vajilla y las pinturas indicaban que este lugar estaba fuera de nuestro alcance. El guía relató parte de la historia que había tenido lugar entre esas paredes, una historia que había cambiado el mundo.

Nosotros no vivíamos en ese lugar. Ninguno de nosotros se serviría una bebida de la nevera, se sentaría en un sofá y vería la televisión. El presidente, el hombre más poderoso del mundo, vivía

en esa casa. Era su casa y la de su familia. En aquel entonces, era George Bush, padre.

A mitad del recorrido, tuvimos que subir unas escaleras. Yo estaba empujando la silla de ruedas de Elisabeth, quien no podía subirlas. Amy llevaba un aparato ortopédico en la pierna derecha, la más corta. Podía caminar, pero le resultaba muy difícil subir escaleras. Un par de agentes del Servicio Secreto se nos acercaron y me pidieron que los acompañara, llevando conmigo a Elisabeth y Amy. Pam se quedó con Emily y Kathryn. Los agentes no nos explicaron por qué teníamos que ir con ellos, pero supuse que nos mostrarían una ruta más accesible para que Elisabeth y Amy pudieran continuar el recorrido. Nos llevaron a un pequeño ascensor, donde una mujer joven nos estaba esperando.

La joven y los agentes nos dijeron posteriormente que no querían anunciarlo en voz alta frente a los demás miembros de la visita, pero tenían una sorpresa para las niñas. No solo Elisabeth y Amy podrían usar el ascensor para continuar el recorrido, sino que alguien deseaba conocerlas. La primera dama de los Estados Unidos, Barbara Bush, iba a descender en el ascensor para darles la bienvenida a la Casa Blanca. La joven era su asistente, y los agentes estaban comunicándose por sus radios con otros agentes en otra parte de la Casa Blanca. La señora Bush se encontraba en el tercer piso y pronto bajaría a hablar con ellas.

Elisabeth y Amy eran pequeñas, pero comprendieron que estaban a punto de conocer a alguien importante. La habían visto en la televisión. Sabían quién era el presidente. Entendían que era un gran honor. Preparé mi cámara para hacer fotos de ese momento que recordarían toda su vida. La asistente y los agentes hablaban con las niñas, y las gemelas estaban muy emocionadas.

No dije nada, pero pensé que tal vez el propio presidente estaría con su esposa. Quizá ambos saldrían del ascensor y hablarían con las niñas. Tal vez incluso los agentes lo sabían, pero lo

mantenían como una sorpresa. En cualquier caso, seguro que tendríamos una historia que contar cuando nos reuniéramos con el resto del grupo.

Estuvimos atentos a las luces del ascensor, esperando que al menos la señora Bush bajara. Vimos que se detuvo un piso por encima de nosotros. Permanecimos allí entre cinco y diez minutos mientras los agentes seguían comunicándose por radio. Finalmente, el ascensor llegó a nuestro piso, pero, lamentablemente, la señora Bush nunca bajó. Los agentes explicaron que una emergencia le había impedido venir a ver a las gemelas. Qué decepción. ¡Estábamos a un piso de distancia!

Las niñas y yo pudimos continuar nuestra visita. Creo que yo estaba más decepcionado que ellas al no poder conocer a la primera dama, y tal vez incluso al presidente. Cada vez que veo la Casa Blanca, pienso en aquel acontecimiento. A veces veo fotos de dignatarios visitando la Casa Blanca, siendo recibidos en la puerta principal por la primera dama y el presidente. Aunque fue un honor visitar nuestra “casa” en Washington D. C., conocer a la primera dama y al presidente fue un honor que las niñas no recibieron.

Afortunadamente, nos espera otro regreso a casa, uno incluso más grandioso, y que no es como este.

Nuestro hogar

El Nuevo Testamento está lleno de referencias que señalan que este mundo no es el hogar para el creyente en Jesucristo. Nuestro Salvador está esperando en el cielo, pero un día regresará a esta tierra y establecerá un reino que durará para siempre. Pablo dice que incluso ahora nuestra ciudadanía está en el cielo mientras esperamos el regreso del Señor. Nuestra ciudadanía está allí porque allí es donde Él está (Filipenses 3:20). Juan dice que este mundo presente, nuestro hogar actual, pasa (1 Juan 2:17).

Pablo dice que cuando un cristiano experimenta la muerte, se ausenta de su cuerpo, pero está presente con el Señor. De hecho, Pablo afirma que, en el momento de la muerte, el cristiano está *en el hogar* (2 Corintios 5:8, NTV). Sabemos que los cuerpos físicos de los cristianos no serán resucitados hasta que el Señor regrese. Pero cuando un creyente muere, su alma va a casa para estar con el Señor.

También sabemos que el creyente recibe algún tipo de cuerpo temporal mientras espera la resurrección. Cuando está con el Señor no está flotando como un fantasma. Vemos un ejemplo de esto en el Monte de la Transfiguración. Moisés y Elías, que llevaban siglos muertos, aparecieron junto al Señor y mantuvieron una conversación con Él. Los discípulos que estaban en el monte vieron y oyeron a Moisés y Elías.

Nuestro hogar eterno estará con el Señor en la tierra nueva. Esto es lo que el Señor tenía en mente cuando dijo a los discípulos que en la *casa* de Su Padre habrá *muchas moradas*. Jesús nos ha precedido para preparar un lugar para cada uno de los creyentes. De esta manera, donde Él esté, allí estarán ellos también (Juan 14:1-5).

En pocas palabras, cuando un cristiano muere, se va a casa. La casa, el hogar, es donde está el Señor. Todo esto tiene sentido: aquellos que han creído en Jesús han recibido la vida eterna de Él y se han convertido en Sus hijos. Su hogar está con Él. Los creyentes que mueren hoy, van a casa para estar con el Señor en el cielo, y volverán con Él cuando venga a la tierra para establecer Su reino.

La cruz del Señor nos muestra una hermosa imagen de esto. A Su lado, un ladrón estaba muriendo, al igual que Él. Este ladrón creyó en Él. Mientras estaban al borde de la muerte, el Señor le dijo: “hoy estarás *conmigo* en el paraíso”. Donde está el Señor, está el paraíso. Para Sus hijos, los que forman parte de Su familia, ese paraíso es su hogar.

El Nuevo Testamento nos ofrece un gran ejemplo de lo que implica para un creyente regresar a casa.

El regreso a casa de Esteban

Más que cualquier otro libro de la Biblia, el libro de Hebreos habla sobre el hecho de que Jesús es el sumo sacerdote del creyente. Gracias a Cristo, el creyente puede presentarse ante Dios con audacia en la oración, y Cristo intercede por nosotros ante el Padre. Gracias a Él, sabemos que el Padre oye nuestras oraciones. La muerte de Cristo en la cruz fue el único y definitivo sacrificio por los pecados. Después de haber creído en Él para vida eterna, tenemos acceso completo al trono de la gracia de Dios.

Es por eso que el libro de Hebreos enfatiza que Jesús está *sentado* a la diestra de Su Padre en el cielo. La razón por la que está sentado es porque Su trabajo está terminado. No hay más sacrificios que hacer. Ahora solo aguarda el momento de su regreso para establecer Su reino en la tierra (Hebreos 1:3,13; 10:12). Qué apropiado que el Rey eterno, que ha terminado Su obra y está esperando Su reino, esté sentado.

Este trasfondo es importante cuando consideramos la muerte del primer mártir de la Iglesia, registrada en Hechos 6-7. Esteban fue uno de los primeros diáconos. No se le describe como un hombre rico o importante según los estándares del mundo. De hecho, ni siquiera se le menciona en los primeros capítulos de Hechos ni durante el ministerio terrenal del Señor.

Fue elegido diácono porque estaba lleno del Espíritu (Hechos 6:3). Era evidente para los que estaban con él que el Señor vivía a través de él. Sin duda, vieron el fruto del Espíritu en su vida y el carácter descrito en las Bienaventuranzas.

Pero no fue elegido simplemente porque su carácter reflejara al Señor. Fue elegido porque, como el Señor, era un siervo. La

necesidad de diáconos surgió porque la iglesia necesitaba siervos. Específicamente, había viudas en la iglesia de Jerusalén que necesitaban ayuda en su asignación diaria de alimentos. No era un trabajo sofisticado, pero Esteban y los otros diáconos servían a esas viudas llevándoles comida para asegurarse de que no pasaran hambre.

Cuando Lucas prosigue con la historia de Esteban en el libro de los Hechos, deja aún más claro su similitud con Jesús. Al igual que el Señor, Esteban sufrió. Fue acusado falsamente del mismo delito que se imputó a Jesús (Hechos 6:13). Como el Señor, fue juzgado ante el mismo tribunal (Hechos 6:12) y condenado a muerte. Incluso sus últimas palabras recordaban a las del Señor. Así como Jesús en la cruz, Esteban encomendó su espíritu a Dios. Finalmente, igual que el Señor, oró para que Dios perdonara el pecado de los que le dieron muerte (Hechos 7:59-60).

Lucas señala a los lectores de Hechos que el martirio de Esteban ocurrió porque Esteban era como Cristo. La Iglesia reconoció que él también era como Cristo, y por eso lo eligieron diácono. Los enemigos del Señor lo odiaban porque era como Cristo. Casi podemos oírlos decir que Esteban era igual que su antiguo enemigo, Jesús de Nazaret.

Cuando murió, se produjo una escena de gran caos. Sus enemigos gritaron y se abalanzaron sobre él como una turba para matarlo. Lo apedrearon hasta la muerte. Tras su muerte, sus compañeros creyentes lloraron por él (Hechos 7:54-8:2).

¡Qué pérdida para la Iglesia de Jerusalén! Este hombre era un siervo a través del cual el Señor vivía y obraba. No se nos revela su edad exacta, pero probablemente era joven, con muchos años por delante para ser un ejemplo para los demás y servirlos. Me gusta pensar que tenía unos treinta y cinco años, y si fuera cierto, eso sería otro aspecto en común con el Señor, que tenía una edad similar cuando fue crucificado.

Aunque la muerte de Esteban fue una gran pérdida para la iglesia, no fue una pérdida para Esteban. Ese día, Esteban se fue a casa para estar con Aquel que le había dado la vida y vivido a través de él.

Inmediatamente antes de morir, Esteban exclamó: “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está *de pie* a la diestra de Dios” (Hechos 7:56, RVR1977). Muchos han destacado el contraste aquí con Jesús en el libro de Hebreos. En Hebreos, Él está sentado. Pero con la muerte de este hombre, se puso de pie. Estaba dando la bienvenida a casa a este fiel siervo. Es una imagen conmovedora, pero significa mucho más. El Señor estaba honrando a Esteban al levantarse para recibirlo. Solo podemos intentar imaginar qué alegría llenó el corazón de Esteban cuando vio lo que vio en los cielos. Sintió tal alegría a pesar de su sufrimiento y de una muerte cruel.

Los estudiosos de la Biblia debaten sobre el significado completo de lo que vio Esteban. Todos los creyentes van a estar con el Señor cuando mueran. Pero, ¿acaso todos reciben la misma bienvenida que Esteban? ¿Se levanta el Señor y sale a su encuentro? ¿O registra Lucas lo que Esteban exclamó porque era inusual?

No lo sé. Tal vez el Señor se pone de pie para recibir a cada creyente cuando entra en Su presencia. Pero este es el único lugar en el Nuevo Testamento donde vemos tal cosa. Me inclino a estar de acuerdo con quienes sostienen que este fue un honor especial para Esteban. Había muchos otros creyentes en Jerusalén durante su ministerio. Pero él destacó. Fue un ejemplo de fidelidad para que otros lo siguieran. Soportó fielmente el sufrimiento y honró al Señor siendo como Él. Las acciones del Señor indican que no solo lo estaba recibiendo en su casa, sino que lo estaba recibiendo como a un dignatario. Esteban es el tipo de creyente que será grande en el reino de Dios.

Debemos mirar con razón a Esteban como un ejemplo de Cristo. Pero no debemos caer en la trampa de pensar que él era el único así, y que nosotros no podemos ser como él. Tendemos a hacer eso con los héroes. La Biblia deja claro que habrá muchos más como él, muchos más que serán grandes en el reino del Señor. Estoy bastante seguro de que viví con uno.

Elisabeth era como Esteban

He llegado a amar la historia de Esteban en el libro de los Hechos. Esteban es un héroe en la historia de la Iglesia, y veo muchos paralelismos entre él y Elisabeth. Es muy probable que tuvieran más o menos la misma edad. Ambos vivieron bajo el poder del Espíritu. La obra del Espíritu en sus vidas era evidente para los que los rodeaban. Para el mundo, ninguno de ellos era importante.

Ambos servían a los demás de maneras que muchos llamarían poco sofisticadas, como dar de comer a las viudas creyentes u orar por los demás durante la noche. Aunque las causas de sus sufrimientos eran distintas, ambos sufrieron fielmente en las circunstancias en las que el Señor los puso. Aceptaron esos roles, sabiendo que estaban siendo obedientes al Señor y que los sufrimientos de esta era presente eran temporales. Ambos ansiaban volver a casa. Sus difíciles circunstancias contribuían a ese anhelo.

Esteban expresó ese anhelo exclamando lo que realmente tenía el privilegio de ver. “¡Mirad lo que veo!”. El Rey de reyes, Aquel a quien servía, le estaba dando personalmente la bienvenida a casa. El 14 de julio, en su habitación, Elisabeth no vio tal cosa, hasta donde yo sé. Pero sí expresó la misma alegría con la que esperaba ese día. A su tía, unos meses antes de morir: “¡Estoy lista para irme a casa!”. A su madre: “¡Mamá, seguro que te voy a echar de menos!”. Y a mí: “Papá, ¡qué ganas tengo!”.

Hubo mucho caos cuando Stephen y Elisabeth murieron. Para quienes los conocían, fue un día doloroso con mucho llanto. Pero qué diferente escena la que ambos presenciaron. Aquel a quien amaban los estaba esperando. Sus sufrimientos terminarían en Su presencia.

Como dije, no sé si el Señor sale al encuentro de cada creyente cuando va a casa. Tal vez es como cuando Elisabeth fue a la Casa Blanca. Fue una gran visita. El guía le dio la bienvenida y le dijo a Elisabeth que era su casa. Elisabeth estuvo *a punto* de ser saludada por la primera dama y puede que incluso por el propio presidente.

Fue comprensible que no fuera así. La primera dama y el presidente son personas muy importantes y ocupadas. Algo surgió. No pueden saludar a todo el mundo. Solo tienen tiempo de hacerlo con los dignatarios. Elisabeth ciertamente no era uno de ellos ese día en Washington D. C. La familia Bush ni siquiera la conocía.

Pero las circunstancias eran distintas en su habitación el 14 de julio. No sé cómo el Señor recibe a cada creyente que muere. Pero estoy seguro de que Elisabeth recibió un saludo digno de un dignatario. No era como esperar a que el ascensor llegara al primer piso, con la esperanza de ver a alguien importante. Después de todo, el Rey había estado viviendo a través de ella durante mucho tiempo. Podías verlo en ella. Él la conocía bien. Él estaba en su casa con ella. Hablaba con Él todas las noches cuando nadie más estaba alrededor.

Ella recibiría un saludo diferente esta vez, y sería de Alguien incluso más importante que el presidente de los Estados Unidos.

En su habitación, su madre, su hermana y yo entramos en pánico. Pero en ese mismo instante, ella vio a su Salvador. En cualquier cuerpo temporal que Él le haya dado, ella dio sus primeros pasos. Sé que Él estaba de pie para recibirla cuando dijo: “¡Bienvenida a casa, Elisabeth! ¡Bienvenida a casa!”.

Elisabeth

CAPÍTULO DIECIOCHO

Grandeza en el reino de Cristo

El autor cristiano del siglo XX C. S. Lewis es probablemente más conocido en Estados Unidos por su serie infantil *Las crónicas de Narnia*. Pero también escribió varios libros para adultos en los que defendía las tesis del cristianismo empleando la lógica.

Una vez leí que cuando Lewis empezó a escribir y hablar sobre el cristianismo, no creía que hubiera diferencias entre los cristianos en el reino de Dios. Como muchos, él veía el reino eterno como un lugar de perfecta igualdad.

Sin embargo, con el paso del tiempo vio que no era así. Simplemente había demasiados pasajes en la Biblia que hablaban de recompensas por fidelidad y diferentes niveles de grandeza en el reino. Estaba claro que diferentes creyentes recibirían diferentes recompensas. Él amaba la lógica, y la lógica y la justicia respaldan de manera convincente la misma conclusión. ¿Sería justo que en el reino de Dios no hubiera diferencias entre Esteban y un creyente que vive una vida fácil, siempre temeroso de lo que los demás puedan pensar de él? Es imposible imaginar que Esteban no será recompensado de alguna manera especial.

Como resultado, Lewis cambió su parecer sobre este tema. En uno de sus libros, *El Gran Divorcio*, podemos ver este cambio. El libro es una alegoría, o fábula. En él se narra el sueño de un hombre que ve a un grupo de personas que viajan al cielo en autobús. Cuando llegan allí, realizan una visita con un guía. En este recorrido, ven a varias personas diferentes. En el cielo, la gente viste diferentes

tipos de túnicas. También hay diferentes coronas que llevan los habitantes de este reino celestial.

Destaca un encuentro. Un hombre de la visita guiada ve una procesión que se dirige hacia él. En la procesión hay seres espirituales que arrojan flores, y chicos y chicas jóvenes que cantan canciones cuyas bellas melodías superan todo lo escuchado en cualquier canción de la tierra. Los acompañan músicos.²

Siguiendo estos seres espirituales, cantantes y músicos, hay una dama. El hombre que observa esta escena ve que la procesión se hace claramente en su honor. Se da cuenta de que ella destaca por la “irresistible belleza de su rostro”. Sus ropas se diferencian de las de todas las demás personas que ha encontrado en su viaje por el cielo. Se pregunta: ¿Quién será?

Mentalmente, supone que se trata de alguien que fue muy importante en la tierra. Seguramente, fue una líder religiosa o algún tipo de autora. Hace una lista mental de mujeres famosas e intenta averiguar de cuál se trata. Lewis registra una conversación entre el hombre y el guía:

“¿Es ella...? ¿Es ella?” susurré a mi guía.

“No, en absoluto” dijo él. “Es alguien de quien nunca habéis oído hablar. En la tierra se llamaba Sarah Smith...”

“Parece que es..., digamos, una persona especialmente importante.”

“Sí. Es una de las grandes. Vos habéis oído que la fama en este país y la fama en la tierra son dos cosas completamente distintas.”

El hombre pregunta al guía por los espíritus y los niños que la

² C. S. Lewis, *El Gran Divorcio* (Madrid, España: Ediciones Rialp, 2017). La narración completa se encuentra a partir de la página 64.

acompañan. El guía le explica que los espíritus son ángeles sirviéndola y que los jóvenes que la siguen son aquellos a los que ella había servido en vida. Había sido un ejemplo a seguir para ellos y una dama misericordiosa con los demás. Todos aquellos a quienes había afectado de esta manera se regocijaban ahora con ella.

Por supuesto, se trata de un relato ficticio. No existe tal cosa como una visita guiada en autobús por el cielo. Aunque sabemos que los creyentes en Cristo serán más grandes que los ángeles en el reino, la Biblia no habla de ángeles que sigan a los creyentes lanzándoles flores. En esta fábula, los niños son una imagen del gozo que experimentarán los creyentes al reunirse en el reino. La Biblia no dice que algunos creyentes serán adultos y otros niños.

Sin embargo, una fábula puede presentar la verdad, tal y como hace Lewis con esta dama. En este relato ficticio, se dice que ella es *una de las grandes* del reino. Su vestido y apariencia la distinguen. Los que la ven reconocen estas cosas. Lewis está señalando que habrá recompensas en el reino, y algunas serán mayores que otras. El Señor dijo repetidamente lo mismo.

Aquellos que serán grandes en el mundo venidero serán a menudo aquellos que no fueron grandes según los estándares de este mundo. Incluso el nombre que Lewis da a esta mujer cuando moraba en la tierra, Sarah Smith, no podría haber sido más común. En la tierra, el hombre que hace las preguntas al guía no se habría fijado en ella. Si él se hubiera preguntado en esta era presente quién sería grande en el reino de Dios, el nombre de Sarah Smith no habría figurado en la lista.

Con esta dama, Lewis deja claros estos puntos. Aunque algunos de los detalles no se ajusten a la realidad, una fábula puede conseguir eso. Sin embargo, si nos fijamos en el Nuevo Testamento con un poco más de detalle, podemos obtener una imagen mucho más precisa, bíblicamente hablando, sobre cómo será realmente ser grande en el reino.

Recompensas en el reino

La mayoría de los lectores de la Biblia saben que en el mundo venidero se darán coronas. Lewis las menciona en *El Gran Divorcio*. Relacionado con esto está el hecho, como ya hemos visto, de que en algunas de Sus parábolas el Señor habla de algunos creyentes gobernando sobre diez ciudades y otros sobre cinco ciudades.

La idea de coronas y de gobernar sobre ciudades apunta a los diferentes niveles de autoridad que los creyentes tendrán en el reino de Cristo. Aquellos con gran autoridad serán grandes en el reino — como Sarah Smith en *El Gran Divorcio*.

En su nivel más básico, tener autoridad en el reino —ser grande en el reino— no es más que ser como el Mismo Cristo. Él tendrá la autoridad suprema. Pero en Su gracia, Él delegará autoridad a otros que fueron como Él.

Compartir el reinado de Cristo, compartir Su autoridad, implica que aquellos a quienes se les otorga este privilegio estarán más cerca de Él en Su reino. Compartirán una mayor intimidad con Él.

Hay mucho que no entendemos sobre estas recompensas y lo que significarán para aquellos que las reciban. El Nuevo Testamento describe muchos tipos diferentes de recompensas, no solo coronas y el gobierno de las ciudades. Dos recompensas específicas pueden ayudarnos a entender cómo serán: un nuevo nombre y un asiento de honor.

Un nuevo nombre

Los apodos son comunes en las familias, especialmente entre los cónyuges. A menudo, son nombres privados que nadie más usa. Es posible que, en esta relación tan íntima que es el matrimonio, los

cónyuges solo utilicen estos nombres especiales cuando nadie más está cerca. Tal vez, otros ni siquiera sean conscientes de la existencia de dichos apodos. Esta práctica de los nombres especiales se traslada a menudo a los hijos e incluso a los amigos íntimos. Esto ocurre incluso con los famosos. Por ejemplo, solo los amigos íntimos y los familiares llamaban a Martin Luther King, Jr. “Mike”. Los nombres especiales indican una intimidad entre quienes los usan.

Vemos esta práctica en la Biblia. El verdadero nombre del hombre al que llamamos *Pedro* en la Biblia era *Simón*. Cuando se encuentra con el Señor por primera vez, el Señor le dice que se llamará *Pedro* (Juan 1:42). Este nuevo apodo significa “roca”. Evidentemente, el Señor le dio este nombre especial porque sabía que en el futuro Pedro sería un líder entre los discípulos. Con el tiempo, él sería la roca que los demás podrían respetar, una roca en la que finalmente podrían apoyarse.

No fue casualidad que Jesús pusiera un apodo a Pedro. Después de todo, era uno de los miembros del círculo de discípulos más cercanos al Señor.

Jesús también puso apodos a otros dos discípulos de su círculo íntimo. A Santiago y Juan los llamó “hijos del trueno” (Marcos 3:17). Algunos dicen que este apodo es negativo, que se les dio porque tenían mal genio, pero probablemente haya una explicación mejor.

Estos dos hombres eran fervientes seguidores del Señor. Tal vez eran audaces oradores cuando Jesús los envió a proclamar las buenas nuevas. Esta explicación encaja con su historia. Del grupo original de doce discípulos, Santiago fue el primero en ser martirizado por su fe. Sin duda, esto le sucedió porque predicó sin temor a Cristo en una nación que lo había ejecutado.

El hermano de Santiago, Juan, proclamó fielmente a Cristo en medio de mucho padecimiento durante unos sesenta años después de convertirse en discípulo de Cristo. Incluso fue desterrado a una

isla desierta por difundir las enseñanzas de Cristo. Ambos hermanos fueron “bujías”, es decir, hijos del trueno, para el Señor.

Creo que podríamos decir sin temor a equivocarnos que Pedro, Santiago y Juan realmente apreciaban el hecho de que el Señor tuviera un apodo para cada uno de ellos. Uno puede imaginarse a Simón diciéndole a un amigo que el Señor mismo se refería a él como “roca” y que por eso prefería el nombre de *Pedro* al de *Simón*. Cuando Juan reflexionó sobre su vida y vio cómo le había costado aprender las cosas que el Señor le enseñaba, debió de emocionarse al pensar en cómo lo llamaba Jesús. Desde el principio, Cristo había sabido que, como un trueno caído del cielo, Juan proclamaría en voz alta y con audacia las enseñanzas del Señor a los demás. Le gustaba ser conocido como hijo del trueno.

En el último libro del Nuevo Testamento, el Señor envía una epístola a una iglesia de un lugar llamado Pérgamo. La iglesia estaba pasando por tiempos difíciles, y al menos uno de sus miembros fue martirizado. Jesús anima a los creyentes de Pérgamo a permanecer fieles a Su nombre, pues quienes lo hagan recibirán diversas recompensas en el reino, entre ellas un “nombre nuevo” que nadie conoce, excepto el Señor y quien lo reciba (Apocalipsis 2:17). Una promesa similar se hace a la iglesia en Filadelfia en Apocalipsis 3:12. En pocas palabras, Jesús dice que el creyente que sea fiel a *Su nombre* en tiempos difíciles recibirá un nombre nuevo.

¿Qué significará recibir un nombre especial del Señor en Su reino? No se nos dice exactamente. Algunos han sugerido que la persona será invitada a ciertos eventos como huésped de honor del Señor. Sea lo que sea, está claro que este tipo de apodo indicará una relación más estrecha con el Rey. Incluso en la tierra ese fue el caso. El Señor tuvo muchos discípulos durante Su ministerio que eran creyentes y estarán en Su reino, pero el Nuevo Testamento nos dice que algunos eran más cercanos que otros. Pedro, Santiago y Juan

fueron los tres discípulos más cercanos que tuvo el Señor. Como hemos visto, cada uno de ellos recibió de Él un nuevo nombre.

Cuando hablamos de quién será el más grande en el reino venidero, es lógico que serán aquellos que estén más cerca del Señor. Él compartirá Su reinado especialmente con aquellos que fueron como Él, y por toda la eternidad los llamará por nombres que tienen un significado especial. Solo ellos y su Señor usarán esos nombres en sus interacciones con Él. Será algo similar a los nombres especiales que se dan entre las personas más íntimas en la tierra, como un marido y su esposa. No es sorprendente que aquellos con estos nuevos nombres tendrán otra recompensa: un asiento de honor.

Un asiento de honor

En Estados Unidos, se dice que quienes son elegidos como nuestros líderes han ganado un “asiento” en el Congreso. El líder de la Cámara de Representantes se sienta en el “asiento” del presidente de la Cámara. Quizá la imagen más clara del poder del presidente es cuando lo vemos sentado en el escritorio presidencial del Despacho Oval. Un rey se sienta en un trono, que es el símbolo más evidente de la autoridad del gobernante en su reino. Desde el trono, el rey dicta sus decisiones.

El Nuevo Testamento nos dice que Jesús se sentará en Su trono cuando regrese y establezca Su reino. Será un trono de “gloria”, que indica poder. En Su caso, significará la máxima autoridad (Mateo 24:31). Cuando el ángel le dijo a María que daría a luz a este Rey venidero, le dijo que Él se sentaría en este trono para siempre (Lucas 1:32-33).

Al igual que en otros reinos, el Señor no gobernará por sí Mismo. En Su gracia, compartirá Su gobierno y autoridad con otros. Habrá otros asientos de autoridad. Por ejemplo, Él les dijo a los discípulos que ellos mismos se sentarían en doce tronos cuando Él

se sentara en el Suyo. En esos tronos, ellos también ejercerán los privilegios de los que están en el poder (Mateo 19:28).

Los discípulos comprendieron que el Señor recompensaría a algunos con autoridad en Su reino, y esta autoridad implicaría dónde uno podría sentarse. Dos de ellos le preguntaron a Jesús si les permitiría “sentarse” a Su izquierda y a Su derecha cuando llegara ese día (Marcos 10:37). ¡Era una petición audaz! Usamos la expresión “la mano derecha del jefe” para referirnos a la segunda persona más poderosa de una organización. Estos discípulos estaban pidiendo ser los dos hombres con más autoridad en el reino eterno de Dios, sin contar el Señor mismo. El trono de Jesús estaría en el centro, mientras que sus tronos estarían a cada lado del suyo. Se imaginaron a los tres sentados juntos de esta manera.

El Señor no los reprendió por pensar que existirán tales asientos de poder. De hecho, Él dijo que estos asientos de autoridad serán dados cuando Él venga a gobernar (Marcos 10:35-45). El problema que tenían estos dos discípulos era que no se daban cuenta de quién se sentaría en estos tronos. Estas posiciones serán dadas a aquellos que fueron siervos como el Señor, no a aquellos que creyeron que podían obtener estas posiciones simplemente porque conocían a Jesús, o porque las pidieron antes que cualquier otro. Estas dos posiciones serán dadas a los que fueron más como el Rey siervo.

Jesús tendrá, en efecto, un hombre a su derecha y a su izquierda en Su reino. Pero también habrá otros asientos de honor. En Su carta a los creyentes de la iglesia en Laodicea, Él dijo que el que le sirva se sentará con Él en Su trono (Apocalipsis 3:21). Su trono simbolizará la autoridad en Su reino, pero Él compartirá esa autoridad con *todos* los que fueron como Él. No todos los discípulos fieles se sentarán a su izquierda o a su derecha. Solo habrá dos posiciones de ese tipo. Pero habrá muchos otros creyentes que gobernarán con Cristo. Todos los discípulos fieles compartirán, en

diferentes grados, ese gobierno, y en ese sentido, ellos también se sentarán en Su trono.

Sin embargo, los puestos de honor no solo se dan en el gobierno. Las personas también son honradas por el lugar donde se sientan en ocasiones especiales, como en una boda o en una cena de celebración importante. A menudo usamos la frase “la mesa principal” para describir tales situaciones.

Cuando era militar, asistí a muchas cenas oficiales. Muchas de ellas eran lo que llamamos *eventos de gala*. Siempre había una mesa principal, donde los invitados de honor se sentaban con el comandante. En tal entorno, el comandante siempre tenía a su mano derecha y a su mano izquierda, que también se sentaban con él. La autoridad y el poder de una persona determinaban en qué mesa se sentaba. Cuanto más poder tenían las personas, más cerca se sentaban de la mesa principal.

Del mismo modo, en el banquete de una boda donde se celebra la unión de una pareja como marido y mujer, hay una mesa principal en la que se sientan las personas más cercanas a la pareja. Cuanto más cercana sea la relación de una persona con el novio o la novia, más cerca de esa mesa se sentará.

En una de Sus parábolas, el Señor habló de esta costumbre. Dijo a Sus discípulos que, cuando fueran invitados a una cena, debían sentarse en el último lugar. Eso permitiría que el anfitrión de la cena viniera y los invitara sentarse en un asiento más arriba, un asiento con más honor (Lucas 14:7-11).

La Biblia nos enseña que cuando el Señor regrese para establecer Su reino, tendrá lugar una cena como esa. En el Apocalipsis, Juan se refiere a ella como la cena de las bodas del Cordero (Apocalipsis 19:9). Jesús es el novio y la iglesia es la novia. Jesús describió el inicio de Su reino como un banquete organizado por un rey (Lucas 14:15-24) y dijo a los discípulos que terminaría la

Cena del Señor con ellos cuando regresara (Mateo 26:29). Sí, ¡habrá comida en el reino de Dios!

En este banquete en particular se celebrará el hecho de que Cristo ha regresado y Su reino ha comenzado. Será la cena de mayor gala de todos los tiempos. En esa cena, entonces, habrá asientos de honor. Ciertamente, los que se sentarán a la derecha y a la izquierda de Cristo estarán en cualquiera que sea la “mesa principal”. El Señor se refirió a este acontecimiento en su encuentro con el centurión, a quien distinguió como un hombre poseedor de “*tanta* fe”. Comentó que personas como aquel hombre se sentarían en una mesa de honor con otros hombres de *tanta* fe, como Abraham, Isaac y Jacob (Mateo 8:10-11). ¡Imagínate sentarse a esa mesa!

El autor de Hebreos cita el Salmo 45 cuando escribe sobre la venida del Rey. Es un salmo sobre la celebración de una boda real, en la que el Rey contará con aquellos que están particularmente cerca de Él. Se les llama Sus “compañeros” (Hebreos 1:9), o compañeros íntimos. El Nuevo Testamento deja claro que estos compañeros son creyentes que fueron como Él. Se les otorgará asientos de honor en la cena de las bodas del Rey.

Todos los creyentes estarán en este banquete. Todos los creyentes estarán llenos de gozo al celebrar el comienzo del reino de Dios. Pero algunos estarán más cerca del Señor que otros. Estarán sentados más cerca de Él, y Él tendrá un nuevo nombre para cada uno de ellos. Aunque ninguno de nosotros puede entender plenamente cómo será, creo que podemos tener una imagen más clara de la que Lewis tenía en la alegoría *El Gran Divorcio*.

CAPÍTULO DIECINUEVE

¿Quién es esa majestuosa mujer sentada allí?

Antes de la venida del reino, los cuerpos de todos los creyentes serán resucitados de sus tumbas. Estarán en cuerpos glorificados, no sujetos al pecado, la enfermedad o la muerte (1 Corintios 15:35-50). Estos son los cuerpos que los creyentes poseerán para siempre. Reemplazarán la forma temporal de existencia que los creyentes tienen ahora cuando mueran y entren en la presencia del Señor.

Después de esta resurrección, los creyentes comparecerán ante el Tribunal de Cristo. Aquí, el Señor los recompensará por lo que hicieron durante sus vidas terrenales. Es aquí donde las diferentes coronas serán entregadas. Es aquí donde nuevos nombres serán dados a aquellos que honraron el nombre del Señor. Es aquí donde los puestos de autoridad en el reino serán asignados por Aquel que tiene toda la autoridad. En sus cuerpos resucitados y glorificados, los creyentes participarán en el festín que marcará el comienzo de la eternidad.

Al igual que los invitados en una cena militar oficial llevan sus uniformes, mostrando sus condecoraciones militares e insignias de rango, los creyentes en la cena de las bodas del Cordero —que se producirá después del juicio del tribunal de Cristo— tendrán la oportunidad de ver las recompensas que cada uno ha recibido del Señor. Las recompensas que el Señor haya entregado a cada creyente, como las coronas, serán evidentes para todos, incluso si ahora no comprendemos cómo se verán.

Simplemente nos es imposible alcanzar a comprender cómo será. Para empezar, el tiempo será diferente para nosotros en ese día. ¿Cuánto durará esta celebración? ¿Una semana? ¿Un mes? Habrá tanto que compartir con todos los asistentes. ¡Imagina las cosas que se dirán!

Imagina también cómo será para aquellos que serán grandes en el reino de Dios. Estos son los que soportaron fielmente el sufrimiento por Cristo. Esteban fue declarado culpable en un tribunal terrenal y condenado a muerte. Ante el tribunal del Señor, será recompensado con creces. En el libro de los Hechos, la última imagen que tenemos de él es la de yacer en el suelo, muerto, tras haber sido rechazado por los líderes de su nación. En ese día futuro, el Rey eterno le dará un asiento de honor.

Algo parecido ocurre con el ciego de nacimiento de Juan 9. También él fue tratado con desprecio por un tribunal humano. Fue expulsado de la sinagoga. Sufrió toda su vida. Si sus acciones el día que el Señor lo sanó sirven de indicio, él también será altamente exaltado cuando esté ante el Señor.

Ambos hombres eran considerados insignificantes por la gente de su tiempo. En el caso del ciego de nacimiento, el Señor dijo que padecía de esa manera no porque sus padres hubieran pecado, sino para que se manifestaran en él las obras de Dios (Juan 9:3). Estas obras ciertamente incluían el hecho de que Cristo lo sanó — nadie había sanado jamás a un ciego de nacimiento. Pero hay otras formas en las que las obras de Dios se manifestarían en él. En Cristo, recibió vida eterna. En Cristo, su cuerpo resucitará de entre los muertos.

Sin embargo, las obras de Dios incluyen aún más cosas que estas increíbles realidades. En Cristo, este hombre gobernará y tendrá gran autoridad en un reino eterno. Piensa en la magnitud del poder de Dios que hace esto posible. Un hombre que había mendigado toda su vida. Un hombre que fue despreciado por

aquellos en el poder en la tierra. Un hombre a quien sus vecinos veían como maldito por Dios. Un hombre como ese, exaltado y a quien se le ofrece un trono eterno, un asiento de alto honor. Eso sería todo un despliegue de la grandeza del poder y la gracia de Dios. ¿Quién, en sus sueños más descabellados, podría imaginar un futuro para alguien así cuando lo vieron mendigando en las calles de Jerusalén? En otras palabras, el poder del Señor se ve más claramente cuando exalta a los débiles. ¡Y qué exaltación será!

Por supuesto, la misma realidad era cierta para Esteban. Un hombre que sirvió comida a las viudas y terminó yaciendo en un charco de sangre no fue visto como un gran hombre en su día. Pero el poder de Cristo lo llevará a que él sea un hombre de grandeza en ese futuro reino eterno. Esteban era tan grande a los ojos de Cristo que Él se levantó de Su asiento a la derecha de Su Padre para recibirlo.

Estoy convencido de que lo mismo puede decirse de Elisabeth. ¿Quién, durante su vida, podía imaginar que sería una gran reina en el reino eterno de Cristo? Ni siquiera podía caminar por sus propios medios. Como en el caso del ciego de nacimiento, solo el poder de Cristo podía producir tal exaltación y tal cambio de estatus.

En las experiencias de mi vida, la ilustración más cercana que he visto de algo así proviene de mi etapa en el ejército. Cuando los condecorados con la Medalla de Honor reciben su medalla por sus acciones, ellos y sus familias son los invitados especiales del presidente en la Casa Blanca, e incluso pasan allí la noche. Durante el resto de sus vidas, reciben dinero extra del gobierno. Reciben una medalla única que llevan colgada del cuello, incluso en ropa civil. Cuando viajan, tienen una consideración especial. Sus hijos pueden asistir a cualquier academia militar, como West Point, sin tener que pasar por el riguroso proceso de admisiones que siguen los demás. Son convocados para ser los invitados de honor en numerosos desfiles y cenas. En todos los casos, se les da el asiento de honor.

También se les da un nuevo nombre. Siempre se les llamará “Receptor de la Medalla de Honor”.

Cristo tendrá Sus receptores de la Medalla de Honor en Su reino. Habrá asientos de honor para ellos.

No estoy seguro, exactamente, como será en ese día. Ninguno de nosotros lo está. Pero basándome en lo que nos enseña el Nuevo Testamento, creo que se parecerá a cómo me lo imagino. Cuando el Señor regrese y comience la celebración, cada creyente será parte de los gozosos acontecimientos. La autoridad que uno tendrá en el reinado de Cristo determinará lo cerca que se sentará del Rey.

No soy tan ingenuo como para creer que Elisabeth estará sentada a Su izquierda o derecha. La historia de la iglesia de Cristo es extensa, y ha habido muchos hombres y mujeres que han servido a otros y soportado adversidades y persecuciones por Él. El Señor determinará cuán grande será cada creyente en Su Reino. Pero sea cual sea el asiento que ocupe Elisabeth en ese día, no me cabe duda de que estará sentada más cerca del Señor que yo. Habrá otros creyentes a mi alrededor. Finalmente, alguien mirará a Elisabeth y hará la misma pregunta que el hombre de la fábula de Lewis le hizo a su guía.

¿Quién es *esa* dama? La pregunta se referirá a la dama que está sentada tan cerca del Señor. Estará sentada en una de las mesas del reino reservadas para los receptores de la Medalla de Honor del Rey. No habrá ni rastro de los estragos que la parálisis cerebral le infligió en su vida anterior. Como la mujer de la historia de Lewis, alguien comentará la “irresistible belleza de su rostro”. Por su ubicación, por su vestimenta y por cualquier otro indicio, será obvio que pertenece a la realeza. Es una de las grandes.

A menudo me he preguntado hasta qué punto nos conoceremos al principio del Reino. Otros me han hecho esa pregunta con frecuencia. No estoy seguro. Ciertamente conoceremos a los creyentes que conocimos en la tierra, y sé que

llegaremos a conocer a otros creyentes a medida que nos encontremos con ellos en el reino. Por ejemplo, llegaremos a conocer a las personas de las que hemos leído en la Biblia. Pero llevará tiempo. No conoceremos a todos automáticamente tan pronto como comience el reino. ¡Pero tendremos mucho tiempo para ello!

Alguien a mi alrededor sabrá quién es ella. Tal vez la conocieron durante su vida terrenal. Tal vez la conocieron antes de que ella compareciera en el Tribunal. En cualquier caso, dirán que se llama Elisabeth. Se dirá que Elisabeth es un nombre apropiado para una mujer tan majestuosa. Así se llamaba la madre de Juan el Bautista, el profeta más grande que haya existido antes de la venida de Cristo. Lucas nos dice que fue elegida para este honor porque su manera de vivir agradaba al Señor (Lucas 1:5-6). Me imagino a alguien en la mesa comentando que Elisabeth es un nombre elegante. Tal vez alguien señalará que en la versión de la Biblia King James se escribía con “s”.

Supongo que, como en el caso de todos los que se sientan cerca del Señor, la gente se preguntará cómo la llama el Señor. ¿Qué nombre especial le dio a Elisabeth? Se hable de ello o no, ninguno de nosotros conocerá ese nombre.

Espero con impaciencia ese día. Ya sé lo que voy a decir, sin importar como se desarrollen todos los detalles. Comentaré que, como los demás, no sé cómo la llamará el Señor por toda la eternidad. Simplemente, todos sabremos que será un apodo apropiado, igual que con Pedro y los hijos del trueno.

Así pues, les diré que todos la llamen Elisabeth. Pero yo la seguiré llamando Libby.



Elisabeth, un año antes de volver a casa.
Lleva su preciado collar de Romanos 8:18.

CAPÍTULO VEINTE

Homenaje de una hermana

Cuando pienso en la vida de Elisabeth, y cómo vi a Cristo en ella, Soy consciente de que mostraba a Cristo de muchas maneras que eran fáciles de pasar por alto. Su hermana Kathryn me recordó una de esas maneras. Para entenderlo, el lector necesita un poco de contexto.

Cuando Elisabeth hacía uso de una silla de ruedas eléctrica, dado que no tenía un buen control de sus manos, solía golpear accidentalmente a la gente con la silla. Esta se desplazaba hacia adelante o hacia atrás de manera inesperada para quienes estaban a su alrededor. A veces, eso implicaba pasar por encima del pie de algún familiar. Otras veces, las partes de la silla que sostenían sus piernas golpeaban nuestras espinillas. La silla era bastante pesada y esos golpes causaban un dolor agudo. A menudo, Elisabeth tenía una bandeja en su silla, y dicha bandeja podía golpear a personas cercanas en partes del cuerpo por encima de las piernas, especialmente si estaban inclinándose. Lo mismo ocurría incluso cuando la empujábamos en su silla manual. La persona que empujaba podía no ver a los demás y golpearlos accidentalmente. Si pasabas mucho tiempo cerca de Elisabeth, habría señales de su presencia en tu cuerpo.

Sin embargo, Elisabeth tenía más marcas que cualquiera de nosotros. Muchos lugares no están contruidos para sillas de ruedas grandes, y si ella giraba en una esquina, a menudo se golpeaba con uno de sus pies en la pared. Lo mismo ocurría si la empujábamos en una silla manual.

También había otro tipo de accidentes. Si utilizaba una silla manual, en algunos vehículos ella no iba tan firmemente sujeta como nos hubiera gustado. Podíamos asegurar la silla, pero los cinturones que llevaba alrededor de su pecho en esos asientos no eran tan firmes y podían deslizarse si se producía un giro muy brusco o un frenazo repentino. A veces, como no tenía fuerza en el torso, esto ocurría y se deslizaba de la silla y caía al suelo del vehículo. Los que estaban sentados a su lado intentaban con los brazos amortiguar la caída. Pero estas caídas también la dejaban con marcas.

Una de las cosas más asombrosas de Elisabeth era la buena actitud que tenía con todas estas cosas. Mientras estaba tumbada en el suelo de cualquier vehículo, siempre se reía. Parece bastante obvio que desarrolló una gran tolerancia al dolor.

Tras la muerte de Elisabeth, Kathryn plasmó sus pensamientos sobre estas experiencias con su hermana mayor. Incluso en estos acontecimientos cotidianos, las palabras de Kathryn muestran desde otra perspectiva cómo veíamos a Cristo en Elisabeth:

Moratonos

Los moratonos son mi escudo de familia.
Una insignia tácita que todos portábamos en el pecho,
piernas,
brazos,
y cuellos.

Entre las ruedas
y las bandejas
y los angostos pasillos,
nadie veía, salvo nosotros.

Moratones, eran inevitables.

Cuando tenía diez años,
en una de un millón de mudanzas,
en una atestada habitación de hotel,
coloqué su bandeja en su silla, como un millón de veces
antes...

Pero la palanca de control recibió un golpe
y me aplastó contra la pared.

Mis espinillas aquel otoño,
lucían como las tuyas, por una vez.

Si hubiese un registro
de todas las veces que se golpeó los dedos del pie,
podríamos alinearlas una tras otra
y rodear el mundo.

Una vez, volviendo a casa,
al tomar una curva pronunciada,
se cayó de su silla.

Retorcida, atrapada,
y su rostro en suciedad,
se rio todo el camino a casa.
Su pie estuvo negro durante semanas.

Estos...
son mis recuerdos,

con los que me tropiezo,

que me dejan amoratada y dolorida.
Los sensibles recordatorios de su impacto,

la evidencia de un choque colosal
que una vez... hicimos contacto.

El día que ella murió
en mi muslo izquierdo,
mientras mi padre y yo
la subíamos a la furgoneta,
me hice mi último moratón a causa de esa silla...
y ella también.

Cuando empecé a escribir estas palabras,
eran sobre ella.

Pero como siempre lo hizo su vida...
su muerte también apuntó a Él.

Porque los moratones son mi escudo de familia...
Él los llevó en Sus manos,
brazos,
y pecho...

Y aunque no pueda ver...
Sé que ella está de pie junto a pies horadados por clavos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Conclusión

En sus pruebas físicas, Pablo aprendió que la gracia de Dios era suficiente para él. Cuando parecía que Amy, la gemela de Elisabeth, se iba a morir, también tuve la oportunidad de experimentar lo mismo. Pero el testimonio más claro que he presenciado personalmente sobre la suficiencia de la gracia de Dios fueron los treinta y cinco años de la vida de Elisabeth.

En el caso de Amy, comprendimos la magnitud de la gracia de Dios cuando pudimos descansar en la promesa de la vida eterna en el momento más oscuro de nuestras vidas. Pero en el caso de Elisabeth, aprendí que la gracia de Dios puede llevarnos mucho más allá.

Dios nos extiende su gracia en medio de adversidades de varios tipos. Es una gracia que permite al que sufre regocijarse en las pruebas que está experimentando, porque descansa en la promesa de Dios de que Él está usando esas dificultades para hacerlo más como Cristo. ¿Qué mayor privilegio puede tener una persona que experimentar a Cristo viviendo a través de ella? Al igual que Jesús sufrió en la tierra, Él puede vivir a través de los sufrimientos de una mujer con parálisis cerebral como Elisabeth. Él puede vivir en nosotros y a través de nosotros también.

En la medida en que el creyente es como Cristo, será grande en el reino de Cristo. El creyente obediente puede creer que mientras Cristo lo está transformando a través de sus sufrimientos, Él está preparando a ese creyente para un papel glorioso para toda la eternidad. Elisabeth tenía esa clase de fe.

G. H. Lang, un escritor cristiano del siglo XX, comentó acerca del sufrimiento extremo que muchos cristianos experimentan. Dijo que, en estas cosas, Dios está “proporcionando a estos futuros gobernantes la rigurosa formación que es indispensable para prepararlos para tales responsabilidades de gran importancia y altas dignidades.”³

No es de extrañar que el versículo bíblico favorito de Elisabeth fuera Romanos 8:18. Su madre encargó un collar especial con las palabras inscritas en él. Nunca se quitaba ese collar. Después de hablar de cómo los creyentes fieles que sufren con Cristo reinarán con Él, Pablo escribe:

Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente *no son comparables* con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.
(énfasis añadido).

Viene un reino glorioso. El Rey de gloria lo gobernará. Pero Él compartirá esa gloria con los creyentes en la medida en que sean fieles en sufrir con Él. Elisabeth aceptó humildemente su condición física, creyendo lo que su Salvador le dijo. Creyó en Su bondad a pesar de que permitió que ella viviera en el cuerpo que tenía. Ella le sirvió en todo lo que pudo porque Él le prometió que la recompensaría por hacerlo. Él le dijo que su recompensa —la gloria que Él le daría— sería mucho mayor que sus aflicciones en esta vida. Por grandes que fueran sus problemas, y por difícil que cueste creerlo, ¡Pablo dice que es ridículo incluso comparar esos problemas con las recompensas que Cristo le otorgará!

Esa es la maravillosa gracia del Señor.

³ G. H. Lang, *The Epistle to the Hebrews: A Practical Treatise for Plain and Serious Readers* [La Epístola a los Hebreos: Un Tratado Práctico para Lectores Corrientes y Dedicados] (Londres, EN: The Paternoster Press, 1951), 52-53.

Ese es el tema de este libro. Por esta razón se escribió. Elisabeth dejó un testimonio de lo que la gracia y el poder de Cristo pueden conseguir en la vida de una persona.

Para el no creyente, esa gracia ofrece la vida eterna como un don gratuito solo por la fe en la promesa que Jesús hizo. Todos los que creen en Él para vida eterna la recibirán y vivirán con Él para siempre.

Para el que ya ha creído, Su gracia se extiende aún más. Él ofrece el poder de Su vida resucitada viviendo a través de nosotros. Si confiamos en ese poder, Él nos transformará milagrosamente en alguien que se parece cada vez más a Cristo. El creyente necesita pedir al Señor que le cambie de esta manera a través del Espíritu Santo que vive en él. Por la noche, Elisabeth oraba a menudo pidiendo eso. Claramente, Él respondió esa oración.

Todos experimentaremos dificultades en esta vida. Vienen en muchas formas diferentes. La lista es prácticamente interminable. La inmensa mayoría de nosotros no tendrá que pasar por las persecuciones de Pablo o Esteban, ni soportar los sufrimientos que conlleva la parálisis cerebral. Pero todos pasaremos por otros tipos de adversidades. Pueden ser otras enfermedades, la muerte de seres queridos, dificultades económicas, cónyuges que abandonan a la familia o la pérdida de conocidos a causa de la fe cristiana.

Estas dificultades, en cualquiera de sus formas, son una parte importante del proceso a través del cual Cristo puede transformar a Sus hijos. Nos enseñan a confiar en Él y en su gracia. Cuando Él fortalece al creyente que sufre de esta manera, ese creyente experimenta una intimidad con Él a través de la ayuda que Él le proporciona. El creyente que sufre también tiene el privilegio de saber que está caminando tras las pisadas del Varón de Dolores. Finalmente, el creyente que es fiel a través de estas adversidades verá el carácter del Rey formado en él. Ese creyente experimentará el milagro del Señor resucitado viviendo a través de él. Y tal vida

dará como resultado oír al Rey decir “¡Bien hecho!” cuando Él regrese.

Qué reconfortante es saber que este poder y estas bendiciones no solo se ofrecen a los ricos y poderosos. De hecho, a menudo son los débiles y pobres, las *Sarah Smith* del mundo, quienes con más frecuencia las experimentan. En el reino de Cristo, estoy convencido de que la mayoría de Sus “Medallas de Honor” serán otorgadas a ese grupo. Elisabeth me lo ha demostrado. Quizás, por la misma razón, ella pueda ser una motivación para algunos que lean este libro.

Esa es la clase de Salvador que es Jesús. Él da vida eterna como un don (regalo). Él ofrece el gozo de que Él viva a través de nosotros —intimidad con Él— en esta vida. Él ofrece gloriosas recompensas eternas por la fidelidad. En Él, incluso las pruebas más difíciles de esta vida pueden resultar en el bien de Sus hijos. Las dádivas que fluyen de Él desafían la imaginación. En este libro, he intentado describir lo que estas cosas significan para alguien como Elisabeth. Ha sido un débil intento. Sé que la realidad será aún mayor de lo que puedo concebir.

¡Jesús es un dador generoso! Como Dios infinito y Rey eterno, sería imposible que fuera de otra manera. La maravillosa noticia es que las recompensas que Él ofrece están disponibles para todos Sus hijos. No son solo para los sanos, los fuertes, los sabios y los que consideramos importantes en este mundo. De hecho, a menudo es todo lo contrario.

¿Has notado que la mayoría de las veces en la Biblia, las personas que atraen la atención del Señor, las que reciben su elogio, son precisamente aquellas a las que el mundo suele considerar insignificantes? Ya lo hemos visto en el caso de un ciego de nacimiento, que se vio obligado a mendigar para sobrevivir. Lo mismo ocurrió con una pobre mujer, con hemorragias de sangre y despreciada por sus vecinos. Esteban fue otro ejemplo. Incluso los discípulos originales del Señor, los que llegarían a ser sus amigos

más íntimos, fueron despreciados por los ricos y poderosos de la época. Todos estos hombres sufrirían mucho a causa de su asociación con Él.

Pero hay muchos más. Los que estudian el libro de Marcos señalan que una de las figuras centrales es un hombre llamado Bartimeo (Marcos 10:46-52). De todas las personas a las que Jesús sana en el libro, Bartimeo es el único que se nombra. Al igual que el hombre ciego de nacimiento, Bartimeo es pobre y un marginado, un hombre cuya vida está llena de dificultades.

Estas pruebas, sin embargo, han contribuido a hacer de él un hombre que confía en la misericordia de Dios. Cuando oye que Jesús está cerca de él, clama repetidamente por esa misericordia. Sabe que Cristo puede sanarlo.

Otros en el libro de Marcos han creído que Jesús es el Cristo. Bartimeo también. Pero él es único entre esos creyentes. Es el único en el evangelio de Marcos que llama a Jesús por un título particular. Grita que Jesús es el “Hijo de David”. Este era un título de gran dignidad y poder. David fue el rey más grande del Antiguo Testamento y el Mesías era descendiente de David. Bartimeo reconoce la majestad de Jesús de Nazaret de una forma que no declara nadie más en este evangelio. Esta es una profunda afirmación de Bartimeo. Jesús va camino de Jerusalén para morir en una cruz cuando este ciego grita que Él es el poderoso Hijo de David.

Cuando Bartimeo clama al Señor, la multitud le dice que se calle. Seguramente pensaron que Jesús no quería ser molestado por alguien tan insignificante como él.

Sin embargo, este ciego no escapa a la atención del Señor, a pesar de que había una gran multitud que ansiaba estar cerca de Él y buscaba Su atención. El Señor se fija en él. Lo llama para que se acerque a Él. Bartimeo salta de alegría al ir a Su presencia. Después de que el Señor lo sana, lo sigue a Jerusalén.

Este es un recurso literario: una imagen. Bartimeo reconoce la majestad de Jesús. Está dispuesto a recorrer el mismo camino que Él, aunque sea un camino que conlleva un intenso sufrimiento. Marcos quiere que sus lectores observen a Bartimeo y perciban en él a un hombre que el lector puede emular.

Lo mismo podría decirse de otra persona “insignificante” en el Evangelio de Marcos. Jesús está un día en el templo, con miles de personas deambulando por ahí. Pero solo una le llama la atención. Se trata de una pobre viuda solitaria (Marcos 12:41-44). Nadie más se fija en ella, ni siquiera los discípulos. Pero Jesús dice que de todas las personas que estaban en el templo ese día, esta mujer, con sus problemas como constante compañía, es más agradable a Dios que cualquier otra persona de la multitud. Esto incluiría a los ricos, que habían dado grandes sumas de dinero.

Su humildad es asombrosa y, como en el caso de Bartimeo, sus aflicciones desempeñaron un papel importante en producir esa cualidad en ella. Cuando dio su pequeña ofrenda, debió de parecer completamente insignificante, aunque nadie se hubiera fijado en ella. Sin duda, ella se sintió de la misma manera. Podemos imaginarla tratando de desaparecer entre la multitud, casi avergonzada de que sus dos pequeñas monedas fueran todo lo que tenía para dar al Señor. Pero le sirvió con lo que poseía. Como humilde sierva, ella también es un ejemplo para todos los que la ven.

Debo admitir que siempre que leo sobre la viuda en el templo ese día, pienso en Elisabeth y su cheque de invalidez. Ella no quería que nadie lo supiera, solo quería dárselo a otra persona porque eso era lo que pensaba que el Señor quería que hiciera.

Hay creyentes que el mundo no ve. A menudo, incluso en la iglesia pasan desapercibidos. Personas como Elisabeth. Es cierto que Cristo ama a todo el mundo (Juan 3:16). Él da vida eterna a cada creyente como un don gratuito solo por la fe. No rechaza a nadie (Juan 6:37).

Sin embargo, hay personas a las que el Señor mira de una manera particular (Juan 14:21, 23). Las ve entre la multitud, cuando otros ni siquiera se dan cuenta de que están allí. Casi siempre, como Él, están familiarizadas con las dificultades. Pero también son las que magnifican Su gracia y Su poder, porque Él también se ocupa de hacer grandes tales hijos en Su reino.

La buena noticia es que cada lector creyente de este libro puede ser como ellos.

No es de extrañar que otros hayan visto que estas cosas también son ciertas. Algunos incluso han puesto tales verdades en canciones. Annie Flint fue una de esas creyentes. Después de quedar huérfana a una edad muy temprana, y de sufrir intensos dolores durante la mayor parte de su vida como resultado de diversas dolencias físicas, escribió un himno sobre la gracia y la bondad de Cristo que experimentó en sus dificultades:

Él da más gracia cuando las cargas crecen más,
Él envía más fuerza cuando los trabajos aumentan;
A la aflicción añadida Él añade Su misericordia,
A las pruebas multiplicadas Su paz multiplicada.

Su amor no tiene límite, su gracia no tiene medida,
Su poder no tiene límites conocidos por los hombres;
Porque de sus infinitas riquezas en Jesús
Él da, y da, y vuelve a dar.⁴

El estribillo favorito de Elisabeth era de otra canción que habla de dificultades. Pero el estribillo no se centraba en sus problemas, sino en Aquel que le había hecho tantas promesas maravillosas. Gracias a Él, ella sabía que sus sufrimientos eran temporales y que

⁴ “He Giveth More Grace” [Él da más gracia], de Annie Flint.

un día serían olvidados. De hecho, podrían ser utilizados en su vida de una manera que daría lugar a grandes recompensas cuando este mundo haya pasado. Desearía que cada lector hubiera podido oír lo alto que cantaba este estribillo cada vez que tenía la oportunidad de hacerlo. Todavía puedo oírla cantar la letra:

Vuelve tus ojos a Jesús
Mírate de lleno en su maravilloso rostro
Y las cosas de la tierra crecerán extrañamente tenues
A la luz de su gloria y gracia⁵

⁵ “Turn Your Eyes Upon Jesus” [Vuelve tus ojos a Jesús] de Helen H. Lemmel.

Elisabeth

En *Elisabeth: Receptora de la medalla de honor de Cristo*, Ken Yates, padre de Elisabeth y capellán retirado del ejército, escribe sobre el impacto que su vida y su muerte tuvieron sobre él. Describe cómo la gracia y el poder de Cristo deberían hacernos ver la vida de una forma completamente inesperada. Las lecciones aprendidas de ella son lecciones de las que cualquier creyente puede beneficiarse, especialmente aquellos que están atravesando momentos difíciles. Ken es el editor de la revista de la Sociedad Evangélica de la Gracia.

